



UNA BODA IMPERFECTA

Dina Reed

UNA BODA IMPERFECTA

DINA REED

©Dina Reed, septiembre, 2021

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images iStock.com/franz12

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Max Harper es representante de deportistas y sabe que la única manera de conseguir un contrato más ventajoso para Jeff Bristol, una estrella del fútbol y uno de sus mejores amigos, es que siente la cabeza.

O, al menos, que lo finja.

Jeff es una figura del deporte, guapo y *sexy*, pero también mujeriego y juerguista. Y no piensa cambiar.

Por eso, cuando su representante le propone una boda por interés, para limpiar su imagen y conseguir un fichaje multimillonario en un club francés, ni se lo piensa y acepta casarse con la chica que elija Max.

Max no tiene ni idea de dónde va a encontrar una novia para Jeff, hasta que recibe una llamada de su hermana Gwen.

Su padre acaba de cortarle el grifo y está desesperada. Gwen no ha trabajado en su vida, no tiene experiencia más que en gastar y en irse de fiesta y necesita un cambio de aires y dinero con tanta urgencia que, cuando su hermano le cuenta que busca una novia para el insoportable de Jeff Bristol, ni se lo piensa.

Ella siempre ha querido vivir en París y tiene la intuición de que allí va encontrar su sitio en el mundo, así que se propone como candidata a novia, a cambio de una cantidad importante de dinero y de vivir en una mansión enorme junto al Sena, en la que no tenga que cruzarse con su marido de pega.

A Max le parece un despropósito, pero le cuenta a Jeff que su hermana está dispuesta a casarse con él en esas condiciones y él acepta sin dudar.

Gwen le odia tanto que jamás cometería el error de enamorarse de él y viceversa. Primero, porque él no cree en el amor y, segundo, porque jamás tendría nada, absolutamente nada, con la irritante, caprichosa y tocapelotas de Gwen Harper. O eso cree.

Porque en París descubrirán que lo que parece ser odio, esconde atracción, deseo, fuego y algo tan fuerte que podría cambiar sus vidas para siempre...

Capítulo 1

Aquella mañana de mediados de mayo, Max se despertó con la llamada de Vivian, su asistente:

—Vivian, ¿qué pasa? —preguntó Max porque sabía que tenía que pasar algo para que su asistente le llamara a las seis de la mañana y más cuando la noche anterior había estado en una

fiesta hasta las tantas.

Fiesta en la que, por cierto, había acabado enrollándose con una modelo que estaba durmiendo a su lado, una tal Alison o Alice ¿o era Meadow?

El caso era que la tenía metida en su cama y que lo que menos quería era que despertara.

Así que saltó de la cama y se encerró en el cuarto de baño mientras que Vivian se excusaba:

—Disculpa que te llame a estas horas. Imagino que anoche te acostarías tarde, pero es que esto es importante.

Max se sentó en el confortable sillón blanco del lujoso baño de la suite presidencial del hotel más caro y elegante de Nueva York, apretó las mandíbulas y respondió:

—Dispara.

—La prensa deportiva europea abre hoy con las imágenes de Jeff Bristol de vacaciones en Ibiza.

Max resopló, se pasó la mano por la cara y replicó temiéndose lo peor:

—¡Mira que le advertí que fuera discreto! ¡Hoy los de la prensa vuelan drones en cualquier sitio! ¿Y cómo le han cazado? ¿Follando? ¿Borracho? ¿Practicando deportes de riesgo? ¿Haciendo...?

Vivian trabajaba con su jefe desde hacía diez años y le conocía tan bien que le interrumpió, antes de que siguiera trepándole la bilis hacia la garganta:

—Le han pillado en un barco, metido en un *jacuzzi* con cuatro bellezas exóticas, dándoles de beber champán de la botella y luego untándoles protector solar en el cuerpo.

Max, que ya solo podía pensar en la bronca que le iba a pegar al irresponsable de su representado, inquirió:

—¿En el cuerpo?

—Las chicas estaban desnudas y Jeff sale en las fotos con las manos en los traseros y en los pechos.

Max bufó porque se imaginaba el escándalo que estarían siendo las fotos en Europa:

—¡No quiero ni imaginarme los titulares!

A Vivian, para quitarle hierro al asunto, solo se le ocurrió decir:

—Ni los comentarios en las tertulias de la televisión. Pero es verano y estas noticias se toman con cierto cachondeo. Quiero decir que no estamos ante una tragedia. Y ya sabes cómo son estas cosas, Max, dan que hablar el primer día, pero luego se olvidan rápido.

—¿El presidente del club que está dispuesto a pagar una cantidad indecente de dinero por el loquito de Jeff va a olvidar que es un juerguista, un pendón y un tarambana en el que no se puede confiar en absoluto? —bufó Max que estaba que se subía por las paredes.

—No te pases, Max. Jeff es un buen chico. Ha trabajado muy duro este año y necesita desconectar y divertirse. Tampoco ha hecho nada malo...

—No, qué va, ¡dejarse retratar en un entorno de sexo, alcohol y seguramente drogas es algo de lo más sensato y prudente cuando estamos negociando el contrato del año! —gritó Max, sin tenerle sin cuidado si la tal Alice, o Britney o como diablos se llamara, se despertara y saliera pitando de allí.

Al contrario, deseaba que lo hiciera porque no había nada que le diera más pereza que la típica conversación mañanera, después de un polvo de una noche.

—¡No exageres tampoco! No había drogas por ninguna parte, solo esa botella de champán y el protector solar.

—¡Me figuro las bromitas que estarán haciendo a costa del protector solar de las narices!

—Helen Black, la reina de las mañanas, ya sabes, dice que Jeff Bristol ha protagonizado, sin proponérselo, la mejor campaña de prevención del cáncer de piel.

Max, a pesar de que estaba que rabiaba, no pudo evitar reírse, pues lo de su asistente no tenía remedio:

—¡Espera que todavía voy a tener que llamarlo para felicitarle por su buena acción!

Vivian, que por supuesto que sabía lo que se estaban jugando y solo quería que salieran del entuerto de la manera más airosa posible, afirmó:

—La situación se ha vuelto un tanto delicada, pero estoy segura de que tiene arreglo. Por eso, y aun sabiendo que te iba a despertar, te he llamado...

Max lo único que sabía era que tenía que plantarse delante de ese inconsciente para cantarle las cuarenta:

—Voy a tomar el primer vuelo que pille para España. Necesito hablar con Jeff. No puede seguir así. ¡Tiene que dejar las mujeres y las fiestas de una maldita vez!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Encerrarle en un monasterio? —replicó Vivian con guasa.

A Max le cabreó la bromita de su asistente, pero al momento se le pasó por la cabeza una idea que hizo que entornara los ojos y murmurara:

—O hacer que siente la cabeza por narices...

Vivian, perpleja por las palabras de su jefe, preguntó ansiosa por saber qué estaba tramando:

—¿Cómo que por narices?

—Que a este no le puedo meter a monje cartujo porque tiene que entrenar y jugar los partidos, pero como que me llamo Max Harper que yo a este tío lo caso.

Vivian soltó una carcajada, pues para nada pensaba que su jefe fuera a salir con algo parecido:

—¡Estás de broma! ¡Solo puedes estar de coña! ¡Es que no puedo creerlo!

Max estaba tan cabreado que, con la vena hinchada del cuello y el ceño fruncido, activó la cámara del teléfono móvil para que Vivian le viera:

—¿Esta es la cara de un tío que no está hablando en serio? —inquirió a su asistente.

Y Vivian al ver que su jefe estaba como Dios le había traído al mundo, solo pudo tragar saliva

porque aquello era un auténtico espectáculo.

Max Harper era sin duda el tío más bueno que había visto en su vida. Y mira que ella estaba acostumbrada por su trabajo a ver a tíos buenos a diario. Max era representante de deportistas y por la agencia pasaban auténticos dioses griegos, pero Max era otra cosa.

No solo tenía un cuerpo para perder el aliento, porque hacía mucho deporte y lo marcaba todo... Es que era guapo como él solo, castaño, de pelo abundante, peinado con raya al lado, tenía unos ojos enormes de un verde salvaje, la nariz recta, la boca en su justo grosor, el mentón marcado, la sonrisa perfecta... Aunque bueno, ¿había algo que no fuera perfecto en Max?

Pues hasta eso que no había podido evitar mirar de refilón lo tenía increíblemente bien, tanto que masculló:

—¡Madre mía!

Sin embargo, Max se lo tomó por otro lado y replicó:

—¡Pues eso mismo! No voy a permitir que Jeff Bristol se arruine la carrera y que de paso pisotee mi prestigio y mi reputación. Mañana mismo me plantaré en Ibiza y le exigiré que corte con su faceta de vividor y mujeriego. El presidente del club que le quiere fichar es un tipo estricto, serio y riguroso al que no creo que le haya hecho ninguna gracia ver a su próximo fichaje estrella hacer el mamarracho en un barco.

Vivian, que por mucho que dijera su jefe seguía pensando lo mismo, insistió:

—Hace lo que cualquier joven soltero que...

Vivian, de repente, se calló porque escuchó a una voz femenina muy melosa decir:

—Max, cielo, ¿vuelves a la cama? Está gata en celo tiene ganas de mucho más...

Vivian tuvo que morderse los labios para no partirse de risa y Max en cambio gruñó:

—¡Cierra la puerta, por favor! ¡Estoy trabajando! Y no tengo tiempo de nada más. Coge tus cosas y vete, si eres tan amable...

La gata en celo le miró alucinada de estar escuchando aquello y replicó enroscándose un mechón de pelo rubio en el dedo índice:

—Estas vacilándome, ¿verdad? Porque te recuerdo que soy Ada Brandon, el sueño de medio mundo.

Ada. Se llamaba Ada, pensó Max, que solo tenía ganas de perderla de vista para siempre.

—No dudo de que seas el sueño de medio universo, pero yo tengo que trabajar —le habló Max, haciéndole gestos con la mano para que se fuera.

Sin embargo, Ada, que estaba desnuda y con el pelo cayéndole en cascada sobre los pechos, replicó:

—Los hombres tan ocupados me ponen muchísimo. Te dejo mi tarjeta en la mesilla. Sé que vas a tardar muy poco en llamarme.

Luego, se pasó la lengua por los labios, se pellizcó los pezones con ambas manos y se marchó

dando un portazo...

Capítulo 2

Max se olvidó completamente de Ada hasta que su asistente se la recordó cuando iba en el taxi de camino al puerto de Ibiza:

—Vivian no paro de llamar a Jeff y no me coge el teléfono. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —le preguntó mosqueado.

—Hace un rato. Te está esperando. Le habrás pillado haciendo algo...

—Solo espero que no se le haya ocurrido ponerse otra vez a untar protector solar a diestro y siniestro —dijo Max mientras se ponía sus gafas de sol de aviador.

—No seas duro con él. Además, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra —replicó Vivian porque la verdad era que Jeff le caía genial.

Y bueno...

También había algo más.

Y no era exactamente que estuviera celosa, porque sabía que su jefe jamás iba a fijarse en una chica como ella, pero le daba mucha rabia que perdiera su tiempo con mujeres como Ada Brandon.

Max se revolvió en el asiento molesto, pues su asistente no tenía ninguna razón:

—Yo puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana. Soy soltero y no estoy a punto de firmar un contrato con un club que está dispuesto a pagar lo que sea por tenerme.

—Eres el representante y también tendrás que dar una imagen de seriedad y rigor. ¿No crees?

Max admiraba muchísimo a Vivian, llevaban trabajando juntos desde el primer día en que montó la agencia, pero a ratos era una verdadera mosca cojonera:

—Yo soy un tío discreto, que no va por ahí dejándose retratar a la luz del día haciendo cosas indecorosas.

—¡Ay, por favor, hablas como si fueras mi abuelo! —exclamó Vivian divertida.

—Hablo como un tío sensato y con cabeza...

—Tanta que te lías con Ada Brandon —le recriminó Vivian en un tono tan duro que cualquiera hubiera dicho que estaba celosa.

—No sé quién es, si te digo la verdad. La fiesta era un aburrimiento, de pronto apareció esa chica, hablamos, tampoco era que tuviera una conversación muy estimulante, pero...

—Ya, tiene unas piernas interminables, pechos abundantes, cintura de avispa, un culazo de impresión, melenón rubio... —aseguró Vivian con un deje de rabia un tanto extraño.

—Pues sí, tiene todo eso. ¿Y?

Vivian pensó que lo que sucedía era que ella no podía ser más normal y corriente, medía 1,60

m, era pelirroja, un poco entrada en carnes, de pechos pequeños y culo normal tirando a plano... y en la vida su jefe se fijaría en ella.

Eso era lo que pasaba.

Y lo llevaba bien.

Y a ratitos fatal.

Pero en general le tenía cogido el tranquillo a la cosa y sufría lo justo y necesario.

Ahora bien, como eso a su jefe no le importaba para nada respondió:

—Que sí, que es una preciosidad, la modelo con los que todos suspiran...

—Yo no suspiro por esa chica. Los dos decidimos pasar un rato agradable y nada más — precisó Max, que lo tenía todo clarísimo.

Vivian sonrió, respiró aliviada y replicó con total sinceridad:

—Me alegro porque no te pega para nada. Esa chica es tan frívola y superficial que no sé cómo puedes perder tu tiempo con personas así.

Max arqueó una ceja y murmuró porque la verdad era que le costaba entender que tuviera que explicar algo así:

—Necesito mis momentos de esparcimiento y diversión. Como imagino que tú los tendrás y no serán siempre con catedráticos en Filosofía y cosas semejantes.

Vivian pensó que hacía un montón que no tenía ni rollos porque en su corazón solo había sitio para una persona:

—Yo es que no soy de rollos. Soy de enamorarme y... —le aclaró.

—¡Y no lo haces desde hace mil años! —le interrumpió Max—. Puesto que no te he conocido ni un novio en este tiempo. ¿O es que te niegas a que los conozca?

—¿Por qué iba a hacer eso? No. No ha surgido, pero estoy genial así. Me va muy bien. Estoy de maravilla... —mintió porque a veces le daban unas llantinas tremendas.

Unas llantinas que eran una mezcla de pena por estar enamorada de alguien que jamás iba a corresponderle y de rabia por no poder librarse de ese sentimiento que la tenía carcomida.

A Max le gustó saber que su asistente no estaba con nadie, era algo un tanto absurdo y también ilógico, porque a él le tenía que dar lo mismo. Pero los novios siempre descentraban y así estaba volcada a tope en el trabajo. Era un pensamiento un tanto cabrón y egoísta, pero él no era perfecto.

Y en esas estaba cuando el taxista por fin se detuvo, por eso habló:

—Lo celebro, Vivian. Y ahora voy a cortar que ya he llegado a mi destino. Hablamos. Adiós.

Max pagó la carrera del taxi, se apeó y accedió a través de un elegante pantalán hasta el yate de impresión que había alquilado su amigo.

Una vez allí, preguntó a un marinero que dónde estaba Jeff Bristol y le respondió que le estaba esperando en cubierta.

Max se subió al yate que era el colmo de la sofisticación y del lujo y efectivamente en cubierta le esperaba Jeff con bañador turbo, gafas de sol de pasta negra y un daiquiri en la mano.

—¡Bienvenido al paraíso, Max! —le saludó Jeff alzando su bebida.

Max torció el gesto porque no estaba para bromitas y masculló:

—No me toques los cojones, Jeff, que me tienes contento.

Jeff se acercó a su amigo, le abrazó porque le quería como al hermano mayor que no había tenido y luego se justificó:

—Estábamos en el quinto pino, en el mar, y esos mamones me cazaron con un puñetero dron.

—Te lo advertí una y mil veces, pero tú solo vas a lo tuyo —le regañó en un tono que sonaba perfectamente a la típica bronca de hermano mayor.

Y es que en el fondo casi que lo era...

Max tenía treinta y cuatro años y Jeff veintiséis, se conocían desde con dieciséis le descubrió en las categorías juveniles de un club inglés y desde entonces llevaban trabajando juntos y mucho más.

Porque a esas alturas eran amigos y casi que también familia. No en vano, con quien Jeff pasaba las Navidades y demás fechas señaladas era con Max, entre otras cosas porque no tenía absolutamente a nadie.

Su madre le abandonó en un orfanato cuando era un bebé y desde entonces estuvo en distintas casas de acogida hasta que, gracias a estar tocado por la fortuna para el fútbol, pudo fichar por un club inglés y a partir de ese momento su vida cambió para siempre.

Jeff se puso triste al escuchar aquello, ya que si había una persona en el mundo a la que no quería decepcionar esa era Max Harper:

—Joder, tío, lo siento. Los dos vamos en el mismo barco. Yo jamás haría nada que fuera en tu contra.

Max tragó saliva, pues sabía que las palabras de Jeff eran sinceras. Y es que si algo tenía ese chico era un corazón de oro, y no podía ser más noble, pero le perdían demasiado las fiestas y las mujeres y esta vez la había pifiado a lo grande. Por eso se puso muy serio y aseguró:

—Pues lo has hecho, campeón. Tú sabes lo que nos estamos jugando. Conoces bien cómo es el presidente del club con el que llevas toda la vida soñando. ¿Qué crees que habrá pensado al verte retratado tocándole el culo y las tetas a esas tías?

Jeff bajó la vista al suelo, avergonzado, negó con la cabeza y le recordó:

—Salgo untándoles protección solar. No me las follé en el *jacuzzi*. En eso fui muy cuidadoso, por si me tomaba alguna foto alguien de a bordo. No soy tan estúpido, aunque lo parezca, Max. Tomé mis precauciones y me encerré con esas cuatro chicas en mi camarote. Ahí sí que pasaron cosas, pero en cubierta solo fue la chorrada del champán y del protector solar porque en Ibiza no veas cómo pega el sol. Por cierto, ¿qué haces así vestido, con traje y corbata? Imagino que

habrás traído bañador, ¿quieres cambiarte y nos damos un paseíto? ¡Este yate es un desfase!

Max contrarió el gesto porque ese chico parecía que no estaba entendiendo nada:

—Jeff, no he venido a pasar unos días de vacaciones locas contigo. He venido a decirte que eres un pedazo de irresponsable y de insensato y que tienes que enmendar la pifia ya.

Jeff, sintiéndose una mierda, se apretó el puente de la nariz y replicó cariacontecido:

—Claro, Max. He alquilado el yate por una semana, pero si quieres hoy mismo lo devuelvo y me encierro en casa a entrenar duro con máquinas y tal...

—Entrenando duro en casa no vas a limpiar tu reputación de golfo y sinvergüenza. Necesitamos un golpe de efecto mucho más potente. Y yo tengo el plan perfecto...

Capítulo 3

Max, que estaba asado de calor, se quitó la chaqueta y la corbata, se sentó en una tumbona a la sombra con un vaso bien grande de agua con hielo y limón, y le exigió a su representado que estaba sentado en frente de él:

—Tienes que sentar la cabeza.

Jeff le miró atónito porque si había alguien que pudiera entenderle ese era Max Harper que presumía de que jamás en la vida iba a contraer matrimonio ni a tener nada serio.

—Tú mejor que nadie entenderás que yo...

Max se revolvió en el asiento, ya que él no estaba ahí para entender absolutamente nada, y refunfuñó:

—¿Tú quieres firmar por el club de tus amores? ¿Quieres engordar tu cuenta como jamás te atreviste a soñar? Pues ¡déjate de milongas y escucha! Y ni se te ocurra compararte conmigo porque yo no soy como tú.

—Max, por favor, que nos hemos ido de fiesta muchas veces juntos y sé cómo te las gastas...

Max apretó fuerte las mandíbulas porque ese chico le estaba empezando a tocar demasiado las narices y replicó:

—Me gusta pasarlo bien. No hago daño a nadie. Conozco a mujeres que saben lo que hay. Y disfrutamos. No hay más. Pero tú sí que estás poniendo en peligro una operación muy importante y ya sé que no puedo pedirte que te comportes como un santo, pero sí que finjas que lo eres. ¿Estamos?

Jeff dio un sorbo a su daiquiri y asintió con una pequeña sonrisa porque aquello sonaba mejor, todo lo que fuera fingir estaba genial:

—Fingir es mejor que ser un santo. ¡Dónde va a parar!

Max le apuntó con el dedo índice, le clavó la mirada y le dijo muy serio:

—Pero fingirlo bien. Que todo el mundo crea que eres el mejor esposo del mundo. Un marido devoto y fiel.

Jeff, que casi se cayó de la tumbona al escuchar aquello, preguntó temiéndose lo peor:

—¿Me vas a organizar una boda?

Max apuró su vaso de agua y asintió porque no había más salida que esa:

—No me has dejado otra opción. Desde que Vivian me ha enviado las bochornosas fotografías, no he dejado de darle vueltas al asunto y en el vuelo he terminado de redondear el plan. Tienes que casarte. Tienes que fingir ser un amantísimo esposo y acabar de una vez con la imagen que proyectas de mujeriego y de juerguista empedernido.

Jeff, muy nervioso, preguntó tras pestañear a toda velocidad:

—¿Casarme cuándo?

Max apretó fuerte los puños y respondió rotundo, puesto que no había otra:

—Ya.

Jeff sabía que si quería ese contrato iba a tener que pasar por el aro, pero había algo en el plan que hacía aguas:

—Nadie se va a creer que de repente me enamore tanto como para casarme. Quiero decir que ayer estaba con cuatro bellezas en el yate y al día siguiente no puedo estar enamorado hasta las trancas de vete a saber quién...

Sin embargo, Max tenía ese punto perfectamente atado y le explicó:

—Tengo amigos en la prensa del corazón. Sé perfectamente a quien filtrar que llevas saliendo un tiempo con una chica, que rompisteis hace poco, si bien, después de invitarle a tu yate estos días, te has dado cuenta de que es la mujer a la que quieres. Y como estás harto de juergas y de mujeres que no te llenan ni te aportan nada, le has pedido matrimonio porque tú lo que siempre has deseado es tener un hogar, una estabilidad y una familia. Lo que nunca has tenido.

Jeff se quedó muerto, pues aquello sonaba tan bien que le entraron hasta ganas de llorar:

—¡Joder, Max, me has dado donde más duele! —masculló bastante tocado.

—Siento haberte recordado lo de tus orígenes, pero es algo que todo el mundo sabe y con lo que te has ganado la simpatía de muchísima gente. Tenemos que utilizarlo para revertir la situación a nuestro favor. Todo el mundo entenderá que has llevado una vida disoluta porque estabas perdido, pero ahora que está ella, tu chica, vas a luchar por ser feliz y tener lo que siempre has deseado: una familia maravillosa.

Max sonrió de oreja a oreja ya que el guion desde luego que le parecía que no podía estar mejor urdido. Sin embargo, Jeff respiró hondo y confesó lánguido porque ese tema le afectaba muchísimo:

—No estás diciendo ningún disparate. Me encantaría tener una familia como la que nunca tuve. Tener una esposa, hijos y perros a los que darles todo y amarlos hasta que me quede sin fuerzas. Pero, desgraciadamente, el amor no es para mí. Ni mi madre me quiso. Así que ¿cómo va a haber alguna mujer que me ame?

A Max le dio mucha pena que ese chico hablara así, ya que era un tío increíble:

—¡No digas chorradas! ¡Tú eres digno de amor! ¡Eres un insensato, pero eres un gran tío! El amor no es para ti porque eres un golfo y punto.

Jeff negó con la cabeza porque él sabía muy bien lo que le sucedía:

—De verdad que, si un día apareciera alguien que me quisiera, dejaría esta vida de mierda que llevo.

Max le miró pasmado porque era la primera noticia que tenía:

—¿No te gusta la vida de canalla que llevas?

—Me gusta la fiesta y me gustan las mujeres. Pero también es cierto que muchas veces me gustaría tener a alguien a quien querer, a quien cuidar, a quien entregarle todo. Aunque sé que eso no va a pasar porque ya te digo que no creo que el amor exista. Al menos no para mí.

A Jeff se le hizo un nudo en el estómago horrible y Max vio a su amigo tan tocado que le aseguró:

—La vida siempre sorprende, Jeff. Y a lo mejor te tienes que tragar tus palabras una a una.

—Ojalá. Pero de momento no he encontrado a una mujer que me haga sentir ese deseo de dárselo todo, de consagrar mi vida a ella, y si te soy sincero ni creo que exista. Así como tampoco creo que exista una mujer que pueda amarme. Y no quiero que pienses que me estoy victimizando, tan solo estoy siendo realista.

Max batió las manos y volvió a insistir porque era algo en lo que creía firmemente:

—Y yo te repito que la vida siempre te sorprende. Pero mientras lo hace tenemos que buscarte una novia de pega.

Jeff expulsó el aire que le quedaba en los pulmones y replicó al no tener más salidas:

—Está bien. Pagaré lo que haga falta. ¿Has pensado en alguien?

Max se echó el pelo hacia atrás y negó con la cabeza:

—No, ese punto todavía está sin atar. Pero imagino que no será difícil encontrar a una buena chica dispuesta a hacerse con una cantidad de dinero jugosa a cambio de vivir dos años en París.

Max abrió los ojos como platos y replicó sorprendido:

—¿Tienes previsto que dure el matrimonio dos años?

—Me parece lo más sensato y lo más creíble. Llegado el momento, diremos que ella no se adaptó a la vida de París y punto. Lo importante es que ya tendremos firmado el contrato de tu vida por cinco años y que, a partir de ese momento, no volverás a pifiarla.

—No, tranquilo, que lo del protector solar no se va a volver a repetir. Ni nada parecido.

—Más te vale —le advirtió Max.

—¿Pero de veras crees que va a ser tan fácil encontrar a una chica que quiera casarse conmigo en esas condiciones y que sea de fiar? —preguntó Jeff, que no le parecía que fuera pan comido.

—El silencio se puede comprar por contrato. Eso lo he hablado con mis abogados y se puede cerrar bien. El problema es que la elegida se acabe creyendo el cuento y se enamore. Eso es un peligro.

Si era por eso el recelo de Max, Jeff lo tenía clarísimo en ese aspecto:

—Tranquilo que eso no va a pasar.

—O tú te podrías enamorar de ella...

Jeff se echó a reír porque aquello sí que era ya de lo más gracioso:

—Jamás me he enamorado y dudo mucho que alguna vez lo haga. Ya te digo yo que ni creo en

el amor ni creo que haya nadie para mí.

—No crees, pero te gustaría tener una familia. ¿No lo ves un tanto contradictorio?

—Yo no encuentro que lo sea. Es como me pasa con Dios, no creo que exista, pero me gustaría que hubiera un ser allí arriba. ¿Lo pillas?

Max asintió, se levantó porque tenía mucho trabajo por delante y repuso:

—Perfectamente. Y no sabes cómo me alegro de que hayas entendido que necesitamos que te cases con tanta urgencia que voy a buscarte a la novia más ideal del mundo.

—Una novia ideal para un matrimonio imperfecto —dijo Jeff, con un deje melancólico

—¿Matrimonio imperfecto? —preguntó Max frunciendo el ceño.

Jeff se encogió de hombros y respondió con una sonrisa:

—Sí, porque le faltará siempre lo principal: el amor.

Max dio un manotazo al aire y concluyó porque él siempre tenía la cabeza bien fría:

—Y mejor que así sea por el bien del plan, porque el maldito amor en el que no crees lo fastidia siempre todo...

Capítulo 4

De nuevo en el taxi que le llevaba rumbo al aeropuerto con destino final a Londres, llamó a Vivian para que empezara desde ya a ponerse con la búsqueda de la novia de pega:

—¡Hola de nuevo! Salgo de reunirme con Jeff y te llamo porque necesito una novia para él con carácter de urgencia.

Vivian se quedó atónita y repuso, pues su jefe no podía estar proponiéndole semejante cosa:

—¿No estarás pensando que Jeff y yo...?

Max se echó a reír, ya que aquello no podía ser más gracioso. ¿Cómo iba a estar pensando en ella, si él la necesitaba a su lado como el aire que respiraba?

Y no exageraba. Vivian era su asistente, su mano derecha, su persona de confianza y su todo. Sin ella estaba perdido. Sin ella su negocio se iría directamente al traste. Sin ella nada tenía sentido.

Vivian era la persona que no solo lo conocía todo sobre su trabajo, sino también sobre él.

Vivian lo sabía todo. Y lo mejor era que a pesar de que había conocido lo peor de él, su peor rostro, sobre todo en esos días de estrés y de mucha ansiedad en los que había perdido los papeles, ella siempre había estado ahí.

Porque Vivian siempre estaba a su lado, para lo bueno y para lo malo.

Con ella podía celebrar cada éxito del negocio y con ella también podía analizar cada fracaso. Con la suerte, además, de que Vivian le decía siempre la verdad.

Vivian no era de las que doraba la píldora, al contrario, ella siempre decía lo que debía, aunque doliera. Y eso lo agradecía tanto que por supuesto que no se iba a arriesgar a perder un tesoro así por conseguir el contrato de su vida.

Además, la sola idea de que aquello pudiera suceder, de que su Vivian, porque la sentía como suya, aunque sonara muy primitivo, pero es que la quería como alguien de su familia, se casara con Jeff aun cuando fuera de mentira, le ponía de los nervios.

¡Y solo faltaba que con la tontería ella acabara enamorada de él!

No, gracias, pensó.

Él la quería solo para él. Como asistente, como amiga y como nada más...

Y no porque Vivian no fuera su tipo, al revés. A él siempre le habían gustado las pelirrojas con curvas, bonita sonrisa y carácter fuerte y decidido.

Pero no tenía tiempo ni energía para dedicarle al amor. Él vivía centrado en el trabajo y no había sitio para nada más en su vida.

Así que, a pesar de que Vivian podía haber sido perfectamente su tipo, prefería que las cosas

siguieran como estaban.

Aparte de que estaba seguro de que Vivian pasaba de él completamente y que estaba esperando a alguien muy especial.

Tan especial que llevaba un montón de tiempo sola.

Pero mejor para él que así podía seguir teniéndola para él solo.

Porque lo cierto era que Vivian estaba disponible para él a todas horas, de lunes a domingo.

Y solo deseaba que fuera así por mucho tiempo.

Y no era que fuera un jefe tirano y despótico, es que ella era la que, de repente, lo llamaba a altas horas de la noche con una idea genial o le enviaba un informe sobre una promesa del deporte un domingo a las doce de la mañana.

Era incansable. Y se entregaba tanto en el trabajo que muchas veces tenía que obligarla a que se tomara un respiro.

Por todo esto respondió a la pregunta de su asistente con rotundidad y guasa:

—Tú eres mía. Y te quiero toda para mí.

Vivian escuchó esas palabras y sintió que le daba un vuelco al corazón. Y es que, aunque su jefe estuviera hablando de coña, a ella esas palabras le llegaron directamente al corazón.

Y suspiró.

Suspiró y farfulló algo indescifrable que sonó como:

—*Fjksifjalkf...*

Max se echó a reír y no pudo replicar nada, ya que le entró un wasap de su hermana Gwen que ponía:

SOS. Ayuda urgente. ¡¡¡Te necesito, hermano!!!!

Y, acto seguido, recibió una llamada de ella, que a saber en qué lío estaría metida.

Algo ridículo y sin importancia, de eso estaba seguro, pero con todo se excusó con Vivian:

—Voy a tener que colgarte. Me está entrando una llamada de la petarda de Gwen, que hace un instante me ha escrito un SOS.

—¡Cógele ya el teléfono! Espero que no sea nada grave —aseguró Vivian preocupada.

—Algo tan grave como que se ha quedado sin cita en su peluquero o que se le ha roto una uña de porcelana.

A Vivian no le gustaba que Max hablara así de su hermana, porque a ella no le parecía una chica tan frívola ni tan alocada como él decía. Ella había tenido la suerte de tener bastantes conversaciones profundas con Gwen y le parecía una chica la mar de interesante.

—Si te tomaras la molestia de conocer a tu hermana, no dirías esas cosas. Pero como solo vives para el trabajo...

—Y eso me lo reprochas tú, que tengo que obligarte a coger vacaciones —le recordó Max, divertido.

—¡Atiende a tu hermana, anda! Y que no sea nada...

Max colgó a Vivian y aceptó la llamada de su hermana que le susurró agónica:

—Maxi, ya sé que estás muy ocupado, pero te llamo porque estoy en una situación desesperada.

Max se frotó la cara con la mano, convencido de que la cosa no iba a ser para tanto y replicó:

—¿Dónde estás?

Gwen bajó más aún el tono de voz y respondió con un hilillo de voz:

—En Versace.

Max convencido de que no había escuchado bien, porque su hermana de verdad que no podía ser tan frívola, es que se negaba a creerlo, preguntó:

—¿Cómo?

—Estoy en Versace, escondida en un probador.

Max empezó a cabrearse porque su hermana no podía hacerle perder el tiempo de esa manera:

—Mira, Gwen, no todo el mundo llevamos una vida ociosa y absurda. Por tu culpa he tenido que cortar una llamada de trabajo muy importante, ¿y me sales con esta chorrada de mierda?

—¿Chorrada? Pero si aún no has escuchado lo que me pasa. Resulta que he venido a comprarme unas cuantas cositas, he ido a pagar y ¡ninguna tarjeta me funciona! ¡Papá me ha bloqueado todas las cuentas!

Max se echó a reír puesto que la verdad era que no le pillaba por sorpresa la noticia:

—Y ha tardado demasiado en hacerlo... Desde que terminaste la carrera de Derecho hace dos años, papá te exigió que te incorporaras a su bufete.

—¡Yo no quiero ser abogada! ¡Estoy harta de decirlo!

—Pero tendrás que hacer algo con tu vida. ¿O pensabas que papá iba a tenerte el grifo abierto a perpetuidad?

Gwen resopló y le dijo a su hermano muy agobiada:

—No creo que este sea el momento de que te pongas a echarme la bronca. Estoy metida en una buena. Y como ninguna tarjeta me pasaba, he fingido que me probaba otra prenda y he venido corriendo a llamarte. Ayúdame, te lo ruego, hazte cargo de la cuenta y después me echas toda la bronca que quieras.

Max arqueó una ceja y replicó a la caprichosa de su hermana:

—¿Y no es mejor que lo devuelvas todo?

—Venga, Maxi, que lo estoy pasando muy mal y tú tienes pasta de sobra. Son cuatro cositas.

Max para acabar cuanto antes con el tema, repuso bastante mosqueado:

—¿A cuánto asciende la broma?

—Siete mil dólares —respondió Gwen sin darle importancia.

Max puso el grito en el cielo y replicó porque lo de su hermana no tenía remedio:

—¡Tienes que hacer algo con tu vida ya, Gwen Harper! ¡No puedes seguir así, solo gastando y yendo a fiestas absurdas!

—¡Tú también vas a fiestas! ¡Te he visto en el Instagram de Ada! —replicó Gwen a la defensiva.

A Max no le hacía ninguna gracia que colgaran fotos tuyas en las redes, pero decidió no darle importancia y replicar:

—Voy a fiestas para desconectar un poco del trabajo duro que tengo...

—Desde luego, el gilipollas de Jeff Bristol te tiene que dar muchísimo trabajo. Ayer cuando le vi en esas fotos tan patéticas con esas tías me quedé horrorizada. Pero ¿qué pretende? ¿Demostrar al mundo que es el macho más alfa de todos? ¡Por Dios, si es que no me puede dar más asco! —aseguró Gwen hablando con muchísimo desprecio.

—Ni me lo recuerdes —farfulló Max—. Pero creo que hemos encontrado la manera de arreglar la pifia.

Gwen, que estaba convencida de que lo de Jeff Bristol era imposible de enmendar, replicó intrigada:

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? Porque yo lo veo imposible.

Max resopló y, ansioso por finalizar de una vez con la conversación, respondió:

—Hay que limpiarle la imagen. Tan solo tenemos que encontrarle a alguien que quiera casarse con él por puro interés. No sé aún dónde encontraremos a esa chica, pero la encontraremos. Y, ahora, facilítame los datos de esa maldita tienda...

Gwen, feliz de que como siempre su hermano le sacara las castañas del fuego, replicó porque de repente tuvo una idea genial.

Y es que cuando estaba estresada siempre las tenía...

—Cuando dices puro interés, ¿de cuánta pasta estamos hablando exactamente?

—Todavía no lo hemos pensado. Ya te digo que aún ni tenemos candidata a novia.

Gwen sonrió de oreja a oreja, pues acababa de ver la luz al final del túnel. Su padre le había cortado el grifo, pero su hermano le acababa de brindar la oportunidad de no solo ganar un buen dinero, sino de empezar una vida nueva en Europa.

—No tenías hermanito, pero ya la tienes —aseguró orgullosa de la idea tan brillante que acababa de tener.

—¿Cómo? —preguntó Max, alucinado.

—Lo que oyes. ¡Ya tienes novia! ¡Estoy dispuesta a convertirme mañana mismo, si hace falta, en la esposa del cretino de Jeff Bristol!

Capítulo 5

Max se pasó el vuelo a Londres dándole vueltas a la propuesta de su hermana y solo tenía una palabra en los labios para definirla: despropósito.

Es que no encontraba otra...

¿Cómo iba a permitir que su hermana para salir airosa de una situación económica lamentable se casara con Jeff Bristol?

Así no arreglaban los adultos sus lamentables situaciones financieras.

Gwen tenía que tomar las riendas de su vida de una vez, encontrar un trabajo y ganarse la vida como todo el mundo, dejar esa espiral de gastos y fiestas en el que estaba inmersa y empezar a vivir como una adulta.

Nada de atajos. Nada de aferrarse a un clavo ardiendo. Nada de dinero fácil.

Aunque bien pensado, tomar la decisión de encerrarse en una jaula de oro no era algo que fuera realmente fácil. Y era más consciente que nadie que iba a ser complicado encontrar a una candidata ideal dispuesta a hacerlo, que fuera discreta y de su absoluta confianza.

Pero la encontraría.

Con Vivian al lado, claro que la encontraría.

Por eso en cuanto llegó a su despacho en el distrito financiero de Londres, en uno de los edificios más caros y elegantes de la ciudad, lo primero que hizo al verla, además de constatar que le sentaba muy bien el vestido rojo que llevaba, fue preguntarle:

—¡Hola, Vivian! Menudo día de mierda que os hace en Londres. Aunque no sé de qué me extraño. Y ahora dime ¿tenemos a la candidata perfecta?

Vivian sonrió al volver a reencontrarse con su jefe, que estaba como siempre espectacular con su traje sastre de corte impecable.

Llevaban un par de semanas sin verse, porque él había estado de reuniones por medio mundo, y le hacía tanta ilusión reencontrarse con él que se había puesto un vestidito rojo muy mono que se había comprado para él.

Pero él ni se había dado cuenta de que estrenaba vestido, ni nada de nada. Como no podía ser de otra manera.

Con todo, sonrió feliz de tenerlo en frente, con ese aroma suyo tan varonil y replicó:

—Adoro el clima de Londres. Ya lo sabes. Y en cuanto a la candidata, siento decirte que la cosa está bastante jodida. Porque necesitamos a alguien que reúna las virtudes de la discreción, el coraje, la fuerza y la paciencia y que a su vez tenga una necesidad urgente de dinero.

—Te recuerdo que el novio es Jeff Bristol, el futbolista de moda al que las tías se lo rifan.

—Ya, pero te recuerdo que estamos buscando a una novia de pega. Una novia que no debe enamorarse de él, una novia que tendría que cambiar de vida completamente, una novia a la que, aunque se le pague bien, se le va a exigir un sacrificio muy grande.

Max pensó que Vivian se estaba poniendo demasiado intensa:

—¡No exageres tampoco! ¿Tener una vida regalada te parece un sacrificio muy grande?

Vivian le clavó la mirada un tanto molesta, porque el asunto le tocaba demasiado la fibra y respondió:

—No todo es dinero en la vida, Max. La chica que decida aceptar, tendrá que renunciar a algo tan grande como es el amor verdadero. Esa chica durante dos años no podrá tener una vida sentimental normal. Y eso, qué quieres que te diga, no tiene precio.

Max resopló porque si alguien sabía de renunciadas de ese tipo era él:

—Entiendo que tú seas una romántica, pero te garantizo que se puede vivir perfectamente renunciando al amor. Yo es lo que hago en pro del trabajo y mírame, estoy perfectamente.

Vivian pensó que sabía también lo que era renunciar a todo porque estaba enamorada de un hombre que jamás se iba a fijar en ella. Pero decidió en su lugar decir:

—Estamos ante algo muy complicado, Max. He hecho un listado de candidatas, pero lamento decirte que nada puede asegurarnos que no se enamorarán de Jeff. Y viceversa... Esa variable no se puede cuantificar y estamos seriamente jodidos.

Max se revolvió el pelo con la mano, se aflojó el nudo de la corbata y exclamó un tanto abrumado, porque si Vivian, que era la mujer más resolutiva del planeta, lo veía tan chungo es que la cosa estaba fatal:

—Joder, tiene que haber en el planeta una mujer que odie a Jeff con todas sus fuerzas y viceversa.

—Eso garantizaría el éxito de la operación. Pero he tanteado a unas cuantas chicas discretamente y en cuanto escuchan el nombre de Jeff Bristol se vuelven loquitas perdidas. Es un hombre con un éxito increíble con las mujeres. Es guapo, es rico, es canalla, es divertido, es generoso, es...

Max no sabía por qué, pero no le hacía ninguna gracia que su asistente estallara en elogios hacia Jeff, por eso le cortó y le dijo:

—Vale, lo pillo. Pero alguna mujer habrá que piense que es...

Max no pudo acabar la frase, ya que su teléfono móvil sonó y comprobó que era su hermana. La plasta de su hermana Gwen.

Bufó, aceptó la llamada y le pidió en un tono de lo más antipático:

—Gwen, estoy trabajando. Algunos lo hacemos. No me toques más las pelotas.

Gwen sonrió y replicó a su hermano sin que le afectara lo más mínimo sus malas pulgas. Pues le conocía de sobra y sabía que era un trocito de pan:

—Te llamo por trabajo. ¿Te has pensado ya lo mío?

A Max se le inflamó la vena del cuello, apretó las mandíbulas y luego soltó cabreadísimo:

—¡Por supuesto que sí! ¡He pensado que debes hacerte responsable de tu vida de una maldita vez como una persona seria y madura!

Gwen, sin perder los nervios, repuso a su hermano encantada de poder ayudarle:

—Por supuesto que sí. Por eso como una persona seria y madura que soy, me ofrezco para librarte del marrón que tienes encima.

Max estalló en cólera y replicó a su hermana entre gritos:

—¿Esa es la forma que tienes de tomar las riendas de tu vida? ¿Te parece maduro y sensato casarte con un tío al que odias con todas tus fuerzas por mero interés?

Al escuchar aquello a Vivian se le iluminó la mirada puesto que estaban salvados...

—¡Ella es perfecta! —exclamó Vivian con una sonrisa enorme.

Max miró a su asistente que no entendía por qué estaba tan contenta:

—¿Qué? ¡No entiendo nada!

—¿Cómo dices, hermanito? —preguntó Gwen con una voz cantarina.

—¡Cierra el pico, Gwen, le estoy diciendo a Vivian...!

—¡Saluditos de mi parte! Dile que la adoro —replicó Gwen.

—La mentecata de mi hermana te manda saludos y dice que te adora. Aunque bueno, ella adora todo lo que no entrañe esfuerzo y trabajo —le habló Max a su asistente.

—Dile que yo también la adoro y que creo y confío en ella. Es la novia de pega perfecta y en París podrá hacer realidad sus sueños —aseguró Vivian convencida de que todo iba a salir de maravilla.

Max, estupefacto con la reacción de Vivian, replicó cabreadísimo:

—¿Los sueños de pulirse las tarjetas de crédito comprando sin parar?

—Tu hermana tiene sueños. Si te hubieras sentado un rato a charlar con ella sin prejuicios ni presiones, lo sabrías —le reprochó Vivian.

Y Gwen, que estaba escuchando, opinó convencida de que Vivian era la hermana mayor que le habría gustado tener:

—Dile a Vivian que tú nunca vas a hacer eso. Tienes la cabeza cuadrada. Tu mente es demasiado estrecha...

Max bufó y le dijo a su hermana para dejarle bien claras las cosas:

—Yo soy todo lo que tú digas, pero tú vas a buscarte la vida como todo el mundo. ¿Estamos?

Vivian negó con la cabeza, porque su hermana tenía razón, era un terco de mucho cuidado, y había que tener una paciencia tremenda para que diera su brazo a torcer.

Pero siempre lo hacía. Con ella al menos lo hacía. Por eso le dijo:

—Sé lo que tu hermana significa para ti. Sé que deseas lo mejor para ella. Pero, créeme, que

casarse con Jeff puede ser muy beneficioso para Gwen. Cambiaría de aires. Tendría tiempo de sobra para desarrollar sus proyectos.

—¿Proyectos? ¿Mi hermana tiene proyectos?

—¡Claro que los tiene! A ella le encanta París. Allí podría ser muy feliz. Y desde luego no hay ningún riesgo de que se enamore de Jeff porque le detesta.

—¡Y él a mí! El odio es mutuo —le recordó Gwen, que estaba escuchando lo que decía su hermano a través del teléfono.

—Ella es perfecta, Max. No lo pienses más. Gwen está en un momento en que necesita tiempo para desarrollar sus talentos, le gusta París, detesta a Jeff y es discreta y leal. Jamás te traicionaría. Es ella, Max.

—Pero mi hermanita también es voluble y caprichosa. ¿Qué pasa si, de repente, se enamora de otro y nos deja con el culo al aire?

—¡Quiero centrarme en mí! ¡No tengo pensado enamorarme en los próximos tres años! —aseguró Gwen.

—Como si fuera algo tan fácil de controlar... —masculló Max, que tenía la cabeza a punto de estallar.

—¿Acaso no lo controlas tú? Pues yo también puedo hacerlo... ¡Claro que sí! —repuso Gwen que estaba dispuesta a todo.

Max sintió que aquello no podía ser más descabellado...

¿Cómo iba a permitir que su hermana se casara por interés como si fuera una novia medieval?

¿Cómo iba a casar a su hermana como si fuera un reyezuelo despótico y tirano para lograr una buena alianza con el reino de al lado?

Pero el caso era que, bien pensado, era la propia Gwen la que le estaba pidiendo hacerlo. La que estaba ofreciéndose encantada para entregarse a ese destino.

Claro que también era la opción más fácil: dinero rápido y vida de lujos en una de las ciudades más maravillosas del mundo.

Aunque si era sincero, renunciar al amor no era algo fácil. Él llevaba muchos años haciéndolo, pero no era fácil.

No. Era duro tener a Vivian enfrente y acallar las ganas que tenía de decirle que era estupenda y que con ella al lado sentía que todo era posible.

—Gwen es la novia que buscamos, Max. No le des más vueltas —insistió Vivian, en tanto que él estaba con esas divagaciones.

Max soltó el aire que tenía en los pulmones y empezó a considerar por fin que a lo mejor era cierto que tenían a la candidata ideal...

Capítulo 6

Ya por la noche, tras una jornada intensa y una cena improvisada con las pocas cosas que tenía en el frigorífico, Max se tumbó en el sofá y al poco recibió otra vez la llamada de su hermana:

—¡Buenas noches, Maxi! ¿Te has pensado ya lo de mi boda?

Max no había hecho otra cosa más que darle vueltas y más vueltas al asunto, si bien respondió a su hermana:

—Si encauzaras esa energía hacia objetivos más adecuados, no dudes de que triunfarías en lo que emprendieras.

—¿Y qué te crees que es lo que pienso hacer? —replicó Gwen con un deje de orgullo.

—No creo que casarse por interés pueda llamarse emprender —le recordó Max, que no sabía qué iba hacer con esa criatura.

—Es que el matrimonio de pega va a ser solo un medio para llegar a mi objetivo final.

Max se quedó atónito porque no tenía ni idea de lo que se traía entre manos:

—Ilústrame, por favor.

—Quiero ser escritora —aseguró Gwen, con un convencimiento absoluto.

Max soltó una carcajada, pues lo de su hermana era para partirse de risa:

—¿Desde cuándo? ¿Hace dos horas?

A Gwen le dio igual que se tomara sus proyectos a cachondeo, ya que ella sabía perfectamente lo que quería, por lo que replicó:

—Desde que tengo uso de razón. Llevo toda la vida escribiendo a escondidas. Es mi vocación, mi sueño y mi deseo. Y no voy a parar hasta que lo consiga.

Max lamentó ser duro con su hermana, pero tenía que espabilar como fuera:

—¿Escribiendo qué? ¿Diarios en los que cuentas tus dramas del primer mundo? Y dime la verdad, ¿piensas comer con eso?

—Max, hablo en serio. Empecé de niña escribiendo cuentos, luego seguí con textos más largos y con quince años terminé mi primera novela. Ahora con veintiséis tengo bastantes escritas y sobre todo tres tan trabajadas que solo debo darles el pulido final y empezar a moverlas.

Max, que desconocía totalmente esa faceta de su hermana puesto que, cuando no estaba de compras o de fiestas, se pasaba el día leyendo novelas románticas, preguntó:

—¿Y en qué momento has escrito? Yo jamás te he visto hacerlo...

—Siempre saco tiempo para escribir, pero lo hago a escondidas. Una vez cometí el error de contárselo a papá y me dijo que no perdiera el tiempo con chorradas. Así que a partir de ahí decidí vivir mi vocación de escritora de novela romántica en secreto.

Max se llevó la mano a la frente y replicó porque aquello ya era el remate:

—¡Y encima escribes romántica!

—Sí, con mucho picante.

A Max casi le dio algo porque no sabía cómo lo hacía que Gwen siempre le sorprendía:

—Pero escribir novelitas rosas es un pasatiempo. No es algo serio. Cuando hablo de proyectos me refiero a ganarse la vida con una profesión que te permita pagar facturas, comprarte una casa... No sé si me entiendes.

Gwen le entendía tanto que le recordó a su hermano:

—Hay muchas novelistas románticas que viven de sus novelas. Y yo también voy a hacerlo. Mis historias son buenas. Sé que pueden enamorar y hacer suspirar. Y sé que se van a convertir en grandes éxitos comerciales, pero necesito tiempo. Necesito tener mi espacio, necesito dedicarme a la escritura a tiempo completo y alejarme de las presiones y los agobios de papá.

Gwen sonaba muy convincente, tanto que le planteó a Max una duda:

—Si tan fuerte es tu vocación, ¿por qué no empezaste antes a tomarte en serio la escritura?

—¡Siempre me la he tomado en serio! De hecho, en todo este tiempo, además de gastar y de salir de marcha, no he parado de escribir. Mi idea era empezar a mover las novelas por el circuito editorial próximamente. Pero si me voy a París y dispongo de todo el tiempo para mí, si tengo al fin que dejar de fingir que no escribo, porque con papá no he hecho otra cosa, podré conseguir mi objetivo mucho antes. Por eso es tan importante para mí esa boda, Maxi. Es el pasaporte a mi felicidad y al cumplimiento de mis sueños. Casarme con el cretino de Jeff me permitirá centrarme a tiempo completo en el trabajo y París seguro que me inspira para escribir muchísimas más novelas. Es la ciudad del amor...

A Max eso último le inquietó bastante y le recordó:

—Si vas a París, tendrías prohibido enamorarte al menos en los próximos dos años.

—¡Se enamorarían mis personajes! ¡No yo! Yo sé muy bien que ahora mismo tengo que centrarme en lograr mi objetivo. No te preocupes por eso. Y confía en mí. Lo haré muy bien, Max, Y a cambio, lo único que pido es la cantidad que acabo de enviarte a tu correo electrónico y una mansión a la orilla del Sena, lo suficientemente grande como para que jamás me encuentre con mi maridito.

Max se quedó tan patidifuso que se incorporó de un respingo, consultó el correo electrónico en el iPad que tenía sobre la mesita auxiliar y solo pudo farfullar:

—¡La madre que te parió!

—Jajajajajaja. Jeff tiene dinero suficiente para pagar eso y más. A mí me parece una cantidad más que razonable para la tremenda misión que tengo.

—¡Este tema me tiene desbordado! —repuso Max, que no daba crédito.

—Tranquilo, Maxi. Todo va a salir a pedir de boca. Ya lo verás. ¿El petardo de Jeff ya sabe

que me he postulado a novia de pega?

Max se frotó los ojos porque estaba que no podía más y contestó:

—Todavía no tengo decidido que esto sea lo más conveniente para ti.

—Max, de verdad, no lo hagas más largo. Soy la persona idónea. Ahora solo tienes que transmitirle al cretino de Jeff mis condiciones y ya está. ¡En menos de cuatro semanas nos casamos! Hay que darse prisa para que consigas ese contrato tan jugoso. ¡No puedes dejar pasar la oportunidad de conseguir el mejor contrato de tu vida!

Max tenía la cabeza que le iba a estallar, sin embargo, cuando fue a replicar algo le entró la llamada de Jeff.

—¡Joder! ¡Y ahora me está llamando Jeff!

—¡Perfecto! Cógele la llamada y suéltale la bomba. ¡El negocio es lo primero! ¡En cuanto antes diga sí, antes podrás formalizar el contrato!

Max, alucinado, farfulló porque su hermana estaba irreconocible:

—¿Y desde cuándo te han interesado los negocios? ¡Hasta ahora solo has manifestado una afición desmedida por derrochar!

—Porque estaba deprimida. Como no podía dar rienda suelta a mi vocación, me refugiaba en las compras y en las fiestas. Más que nada para no pensar en lo desgraciada que era.

—¿Desgraciada?

—¡Caray, Maxi! Llevo escribiendo a escondidas toda la vida porque mi padre quiere que sea abogada. ¡De hecho me obligó a estudiar esa carrera cuando yo quería estudiar Literatura! Tú sabes bien cómo es papá. Por algo te fuiste en cuanto acabaste la carrera a Londres y empezaste con tu agencia de representación de deportistas.

Max pensó que tenía razón, le faltó tiempo para alejarse de su padre porque le tenía programado un futuro que no era para él.

Su padre quería que se incorporara a su bufete de abogados y él quería otra cosa.

Primero, intentó ser futbolista, pero un accidente de moto le destrozó la rodilla y frustró su carrera deportiva para siempre.

Fue una prueba de la vida muy dura. El palo más grande. Pero decidió no hundirse y seguir adelante. Y así determinó que, si no podía ser futbolista, estaría lo más cerca posible de ese mundo y fue cuando optó por convertirse en representante.

Y con mucho éxito...

Porque diez años después era uno de los mejores representantes del mundo y ahora estaba a punto de hacer historia con el contrato supermillonario de Jeff Bristol.

—Yo luché por lo que quería, trabajando duro. Muy duro. Bien enfocado. Porque no hay otro camino...

—Ya lo sé. Por eso quiero encerrarme en esa mansión de París y pelear de la misma manera.

¿No lo entiendes, Maxi? Casándome con el gilipollas ese nos ayudamos mutuamente. ¡Es perfecto! Así que te dejo para que hables con ese cretino y ya me cuentas... ¡Espero tu llamada!

Gwen colgó y Max aceptó la llamada de Jeff que soltó sin más, así a bocajarro:

—¡Buenas noches, *repre!* ¿Tenemos novia?

Max cayó desplomado en el sofá, puesto que en la vida pensó que iba a verse en una de esas...

Capítulo 7

Luego, clavó la vista en el techo y decidió que lo mejor era ser sincero con su amigo:

—La cosa está complicada. Como comprenderás, necesitamos a alguien que cumpla demasiados requisitos: una chica leal, discreta, dispuesta a hacer grandes renunciaciones durante dos años y que te odie lo suficiente como para no correr el riesgo de enamorarse de ti. Y viceversa...

—Ya, tío, y eso es algo imposible porque en cuanto dices mi nombre: ¡todas se derriten de puro gusto! —bromeó divertido.

—Todas no —le interrumpió Max con un tono de preocupación que a Jeff le agobió bastante —, hay una que te odia con todo su ser y que además estaría encantada de casarse contigo por interés.

Jeff se quedó de piedra, se revolvió en la hamaca desde donde estaba contemplando el cielo estrellado y preguntó:

—¡Joder! ¿Y quién es esa chica que me odia tanto como para casarse conmigo?

Max resopló, porque estaba atacado, y respondió sin dejar de pensar que aquello era una locura:

—Mi hermana.

Jeff pensó que solo podía ser una broma, por lo que soltó una carcajada y repuso:

—¡No me vaciles, tío! ¡Dime quién es la candidata!

Max alzó el tono de voz y, bastante borde, replicó a su amigo:

—Es Gwen Harper. Mi hermana. Ya sé que suena a broma, pero no lo es. Le conté el lío en que estaba metido y se ha ofrecido para hacer de novia.

Jeff que no daba crédito solo pudo farfullar la verdad:

—Pero si me odia...

—Ya te lo he dicho —insistió Max.

—Y yo es que no la trago. Es tan caprichosa, tan voluble, tan superficial, tan frívola, tan tocapelotas, tan...

—¡Para tío, que es mi hermana! —le exigió Max, que sabía perfectamente cómo era Gwen.

—La respeto, pero no la soporto. Bueno, ni ella a mí. Cada vez que nos encontramos en fiestas y demás nos pasamos todo el rato picándonos y dándonos por saco. Nos repelemos a lo bestia. Somos el perro y el gato. El agua y el aceite...

Max lo sabía todo, pero tenían un serio problema y había que solventarlo como fuera:

—Lo sé, Jeff. Pero se ha ofrecido a casarse contigo...

—¿Y eso? ¿Se ha dado cuenta de que es la mejor forma de putearme o qué? —dijo Jeff, medio

en guasa, medio en serio.

—No seas tan egocéntrico, tío. No le importas tanto...

—Le importo una auténtica mierda —reconoció Jeff.

—Lo que sé es que está sin blanca, mi padre le ha cortado el grifo y...

A Jeff se le escapó una carcajada sarcástica y exclamó:

—¡Ahora lo entiendo todo! ¡Ha dejado de chupar del bote de papá y ahora quiere chupar del mío!

A Max no le gustó que Jeff hablara así de su hermana, aunque en el fondo tuviera razón:

—No es así. Ella tiene planes, proyectos, sueños... y cree que París sería el lugar perfecto para llevarlos a cabo.

Max se partió de risa otra vez, porque aquello le hizo muchísima gracia:

—¿Qué proyectos? ¿Arrasar con todas las tiendas de la Avenida de los Campos Elíseos?

Max entendió perfectamente que dedujera tal cosa, dados los antecedentes de su hermana, pero deseaba tanto creer que ella de veras iba a tomarse en serio su vocación de escritora que repuso:

—Ella quiere empezar una nueva vida en París. Sueña con ser escritora.

—¡No me jodas! ¡Eso es nuevo! —exclamó Jeff, convencido de que era el último capricho de Gwen.

—No, por lo visto es una vocación que tiene desde siempre y que ha llevado en secreto, debido a la oposición de mi padre a que se dedique a nada que no sea la abogacía. Por eso aceptaría contraer matrimonio contigo y...

Max se calló porque ahora venía la parte más dura de la negociación.

Y a Jeff le faltó tiempo para preguntar, pues intuía por dónde venían los tiros:

—¿De cuánta pasta estamos hablando?

Max de nuevo agarró su iPad, le reenvió el correo y le contestó a Jeff:

—Estamos hablando de mucha pasta y de una mansión a la orilla del Sena que sea lo suficientemente grande como para que no coincidáis ni en los pasillos. Te acabo de reenviar el correo en el que Gwen adjunta sus pretensiones. Pero antes de nada tienes que saber que esto me parece un despropósito. Esta no es la forma en la que mi hermana debería tomar el control de su vida. Aunque ella insista en que sí. No me gusta nada esto. Preferiría que Gwen se mudara a Londres, yo mismo le pagaría un apartamento y...

Jeff que acababa de leer el correo electrónico de Gwen, interrumpió a su amigo porque él lo tenía clarísimo:

—¡Acepto la oferta!

Max, que estaba convencido de que sus palabras solo iban a disuadir a Jeff, se quedó atónito y replicó:

—¡Dios! ¿No me estás escuchando? ¡Te digo que esto me parece un disparate, un desatino,

un...!

Jeff pensaba que sí, pero es que no había otra... Y si esa otra era Gwen Harper la cosa no estaba nada mal.

La conocía, sabía lo que había y era perfecta para hacer de novia falsa:

—Ya, pero si lo piensas fríamente es la mejor candidata que jamás podremos tener. No hay riesgo de enamorarnos, porque yo no creo en el amor y básicamente nos aborrecemos. Para mí Gwen es un grano en el culo, pero sé también que te adora, que es leal y que jamás nos traicionaría. Y luego, de cara a la galería, podemos contar que nos conocemos desde siempre, que salimos hace un tiempo, que rompimos y que en estos días al volver a mi barco ha vuelto a surgir el amor. Un amor tan grande que nos vamos a casar de manera inminente...

A Jeff le sonó el plan tan bien que sonrió de oreja a oreja, complacido, en cambio Max, con un dolor de estómago horrible, repuso:

—¿De verdad que quieres hacerlo?

Jeff, con una rotundidad pasmosa, replicó porque era algo que llevaba deseando toda la vida:

—Estoy dispuesto a todo por conseguir ese contrato. Incluso a casarme con el incordio de tu hermana.

Max que ya no podía más de tanto estrés, decidió que llegaba hasta ahí y le pidió:

—Yo ya no puedo más. Esto me tiene tan desbordado que no doy más de mí. Si me haces el favor, llama tú a Gwen y comunícale tu decisión. Yo sigo pensando que es un despropósito, pero los dos sois adultos y si consideráis que esto es lo más conveniente: poco más puedo añadir.

Jeff entendía que su amigo estuviera tomándose lo de esa manera, por eso quiso tranquilizarlo:

—Va a salir todo bien. Nos detestamos tanto...

—Que temo que no vais a ser capaces ni de mantener una conversación de un minuto.

Jeff, que tampoco tenía previsto hablar mucho más con Gwen, le aseguró:

—Confía en mí. No solo seré capaz, sino que la voy a invitar a que mañana mismo se venga a mi yate a pasar los días que me quedan de vacaciones. El paripé comienza ya. Mañana concretaremos todo para que filtres a la prensa nuestro idilio y hasta nos cacen con un dron en una actitud romántica...

Max se sobresaltó y solo pudo mascullar airado:

—¡No me jodas, tío!

—Romántica, ¡he dicho romántica! Nada de cremas protectoras, ni botellas de champán. Va a salir todo genial. Y ahora te dejo que estoy ansioso por comunicarle a mi futura prometida mi decisión.

Max, utilizando el típico tono de hermano mayor, le advirtió antes de colgar:

—¡Estáis como cabras! ¡Y más os vale que salga todo bien! ¿Estamos?

Jeff asintió, se despidió de su amigo y acto seguido llamó a Gwen, a la que había bloqueado un

montón de veces en el móvil:

—¡Jeff Bristol, mi cretino favorito! ¿Llamas para pedirme la mano? —inquirió Gwen entusiasmada, en cuanto descolgó el teléfono.

—Tu hermano acaba de contarme que tú deseas la mía con mucho más ahínco... —habló mordaz.

Gwen se echó su melena rubia hacia atrás, alzó la barbilla muy digna y le recordó:

—Sí, pero no para que me untes hasta las pestañas de crema protectora solar. Yo no soy de esas.

Jeff sabía perfectamente cómo era, pero tenía que devolverle el zasca. No podía evitarlo:

—No. Tú eres de las que se casan por interés para tener la vida resuelta. Y me parece genial. Porque me viene de perlas. Por eso cógete mañana el primer vuelo a Ibiza y vente a pasar unos días conmigo en el yate. Correré con todos los gastos. Nuestro noviazgo empieza ya, ¿verdad que es emocionante?

A Gwen le habían dolido bastante las palabras de Jeff, pero no pensaba acusar el golpe. No le iba a dar el gusto, por lo que soltó una carcajada y respondió:

—¡Oh, no sabes bien tú cuánto! ¡Mañana nos vemos! ¡Me muero por pasar unos días con el tío que más detesto de la galaxia!

—Jajajajaja. Lo mismo digo, preciosa. Exactamente lo mismo...

Capítulo 8

Gwen apareció en el pantalán del puerto de Ibiza cargada de maletas Louis Vuitton y subida a unos tacones de vértigo de Louboutin.

En cuanto la vio aparecer un miembro de la tripulación del yate, acudió solícito a cogerle las maletas y ella lo agradeció con una sonrisa enorme.

Luego, accedió intentando no trastabillar al yate y nada más poner un pie en cubierta apareció él.

Guapo, moreno, pelo corto, ojazos marrones intensos, facciones duras, muy masculinas, nariz griega, boca gruesa, dientes perfectos y grandes, y mentón potente.

Y qué decir de su pedazo de cuerpo, con todo marcado, bíceps, tríceps, abdominales, oblicuos... Y cómo no, las piernas poderosas de futbolista de élite que eran un auténtico escándalo.

Ahora que, para escandaloso, el bañador turbo negro que le hacía marcar un bulto tan grande que Gwen tuvo que tragar saliva.

Cabrón, pensó.

Después, él le sonrió de oreja a oreja y gritó para que todo el mundo lo escuchara:

—Mi adorada y querida Gwen, ¡qué placer tenerte por aquí!

Jeff se abalanzó sobre ella y le plantó dos besos en las mejillas, muy lentos y sensuales.

Y Gwen, para su asombro absoluto, no pudo evitar estremecerse entera.

—Dios... —musitó en tanto que Jeff le clavaba la mirada.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Todo bien?

A Jeff esos dos besos tampoco le dejaron indiferente. No soportaba a Gwen Harper, pero reconocía que tenía algo que siempre le había atraído muchísimo.

¿El qué?

No sabía decirlo. Pero desde la primera vez que la vio con dieciséis años sintió una atracción brutal hacia ella.

Y eso que las mujeres como ella jamás habían sido su tipo.

Gwen era delgada, de extremidades largas, como de hada del bosque, rubia, de pelo largo y liso, ojos azules, nariz respingona, boca gruesa, cuello largo, pechos pequeños y piernas larguísimas.

A él solían gustarle las mujeres con muchas más carnes, de pechos enormes y culos de impresión, morenas, de piel oscura...

En fin, nada que ver con esa ninfa flaca, de piel del color del mármol y mirada de un azul

como el mar más bravo.

Tan bravo como ella que tenía un carácter de mierda con el que había chocado también desde el primer día.

Y que no perdía ocasión en sacar a pasear:

—Detesto que me llamen preciosa —le susurró Gwen al oído.

Y, entonces, pudo deleitarse con el aroma de ese tío que olía como los jodidos dioses. Una mezcla increíble de madera, limón y sándalo que despertaron todos los sentidos de Gwen.

Y Jeff, por su parte, al olerla a ella también se le despertaron cosas, sobre todo su miembro que saltó en su bañador y se puso duro como una roca.

Y es que el olor de Gwen Harper era tan arrebatador que le ponía siempre así de duro.

Olía a campo, a flores frescas, a algodón de azúcar, a libertad y a fuego.

Sí, así le olía a él.

Y le ponía cardiaco. No podía evitarlo.

Pero también esa chica le caía como el culo, por eso le faltó tiempo para susurrarle al oído:

—Ya sé que detestas todo lo que venga de mí. Pero te recuerdo que estás aquí porque vamos a enamorarnos y a casarnos muy pronto. Y no estamos solos. Toda esta gente, aunque parezca que no nos ve, lo hacen... Y como hay en juego algo muy gordo, te rogaría que actuaras con cabeza por una vez en tu vida y que fingieras que todo lo que digo te suena a música celestial.

Jeff se apartó un poco de ella, la miró y Gwen no pudo evitar que la vista se le fuera a esa cosa que cada vez era más grande.

Joder. ¿El muy cerdo se estaba poniendo cachondo con la conversación?

—No me puedo creer lo que estoy viendo... —murmuró Gwen, alucinada.

—¿El qué? —replicó Jeff con una sonrisa de diablo, puesto que sabía a lo que se refería.

Gwen dio manotazo al aire, negó con la cabeza y luego respondió en voz baja:

—Nada. No tiene importancia. Pero lo que no debes olvidar es que aquí el único que no tiene cabeza eres tú. ¿O te recuerdo que te dejaste retratar con esas tías? En fin... Ya estoy aquí para enmendar la pifia y no dudes de que cumpliré con el plan a la perfección. Fingiré que estoy enamorada de un cretino y un necio como tú y seremos muy felices en París donde espero no verte ni el pelo.

Jeff sonrió de oreja a oreja porque no esperaba otra cosa de ella y habló mirándola de arriba abajo:

—Lo mismo digo, preciosa. Y ahora ¿qué tal si te pones más cómoda? ¿No pensarás estar en el yate con esos tacones de aguja y ese vestidito de cóctel? Esto no es Nueva York...

Y tras decir esto, pensó que los tacones que llevaba no podían erotizarle más, tan altos, tan finos, tan jodidamente femeninos. Como también lo era el vestido entallado rojo a la rodilla con manga al codo que le marcaba bien el pecho pequeño y la cintura de avispa.

Y era curioso, porque parecía tan frágil con ese cuerpecillo, pero al mismo tiempo irradiaba tanta fuerza y tenía una presencia tan imponente que él estaba como estaba.

Duro y con unas ganas de enormes de follarla.

Para qué iba a engañarse a sí mismo.

Gwen Harper le ponía como nadie.

Siempre le había pasado, pero si algo tenía claro era que jamás iba tenerla en su cama.

¡Antes muerto que amanecer al lado de esa rubia que seguro que lo primero que iba a hacer al despertar era meterle una coza verbal de esas suyas!

Como la que le metió esa misma mañana, cuando repuso con una sonrisa de lo más mordaz:

—Ya lo sé. Esto que tengo en la cabeza es un cerebro. Yo sí que tengo uno.

Jeff se limitó a sonreírle, porque no pensaba entrar al trapo de las provocaciones de Gwen y replicó:

—Perfecto. Pues ya sabes. Cámbiate que voy a pedir al capitán que nos lleve a cala Conta. Te va a encantar. ¿Tardarás mucho en elegir un bikini entre los tropecientos mil que seguramente te has traído?

Gwen frunció el ceño, porque ya estaba atacándola con lo de siempre. Y estaba harta. Muy harta. Por eso replicó en voz baja:

—¿Te importa que tenga mucha ropa, Max Harper? Pues te jodes. No tengo culpa de haber nacido en un hogar acomodado y no ser una muerta de hambre.

A Jeff no le sorprendió el golpe bajo de Gwen porque siempre que tenía ocasión le reprochaba sus orígenes humildes, de los que él para nada se avergonzaba.

Al contrario, tenía mucho más mérito haber llegado tan lejos viniendo de la puta mierda.

Y, últimamente, todo había cambiado tanto que no se resistió a recordarle:

—¿Estás segura de que no eres una muerta de hambre, cielo? Porque creo que ninguna de tus tarjetas de crédito funciona. ¿O me equivoco?

Gwen se echó la melena hacia atrás, levantó la barbilla y forzó la sonrisa para que viera que sus palabras no le afectaban en absoluto.

Aunque fuera mentira y no hubiera quién se lo creyera:

—Me voy a mi camarote, que imagino que será de lo más hortera, ya sabes, lo típico de los nuevos ricos. Todos tienen un mal gusto terrible...

Jeff soltó una carcajada y ella se marchó toda digna sin saber a dónde diablos dirigirse porque ese yate era enorme.

Y encima caminar con esos jodidos tacones era un auténtico suplicio, pero preguntó a un miembro de la tripulación, que amablemente le condujo hasta una habitación de ensueño.

Espaciosa, luminosa, decorada con maderas nobles, cuadros abstractos carísimos, televisión de plasma gigante, pétalos de rosa en forma de corazón sobre la cama enorme, cesta de frutas

deliciosas y una botella de champán Moët en el enfriador.

Gwen pensó que el cabrón cuidaba todos los detalles y que no le extrañaba que las tías bebieran los vientos por él.

Era difícil no resistirse a tanto derroche de lujo y de buen gusto. Pero ella lo iba a hacer...

Vaya que si lo iba a hacer.

Pues si algo tenía claro era eso.

Jamás caería en las redes de Jeff Bristol. Nunca. Jamás de los jamases.

Capítulo 9

Cuando Gwen se plantó en cubierta con un bikini minúsculo dorado y unas chanclas a juego, Jeff estuvo a punto de quedarse sin aliento.

Y es que a pesar de que la había visto en bikini en otras ocasiones en casa de Max, en esta oportunidad estaba más bella que nunca.

Y, además, para su más absoluto horror, se le marcaban los pezones duros de una forma tal que se vino arriba a otra vez.

—¿Qué te pasa, Jeff Bristol? ¿Por qué tienes esa cara de imbécil? —le preguntó Gwen, en cuanto se plantó junto a él.

Jeff esbozó media sonrisa y respondió con la verdad, aunque no le gustara a Gwen:

—Pasa que estás preciosa con ese bikini. ¿Te importa que te lo diga?

Gwen sonrió, se echó la melena a un lado y respondió tras mirarle de refilón:

—Me preocupa que acabes con un fuerte dolor en esa parte de tu anatomía. Porque llevas un día...

Y, entonces, sucedió, para alucine de Gwen que no esperaba para nada que él saliera con ese gesto, que Jeff se agarró sus partes con la mano, las apretó fuerte y luego replicó:

—Por mis huevos no te preocupes, preciosa.

Gwen le miró con desprecio, dio un manotazo al aire y exclamó:

—¡Qué asco me das! ¿Pero cómo puedes ser tan cerdo?

Jeff retiró la mano, se echó a reír y se disculpó por la zafiedad:

—Perdona, no se repetirá más. Estaba de broma.

—A mí no me gustan esas bromas. Conmigo, ahórratelas —exigió Gwen, ofuscada.

—Insisto en que me excuses. Se me ha ido la pinza. Por un instante, se me ha olvidado quién eres...

Gwen alzó una ceja y preguntó temiéndose lo peor:

—¿Quién soy?

—Una chica bien, estirada, borde y caprichosa. Pero tranquila que ya no se me olvida más. Y te recuerdo que, si estamos compartiendo estos momentos, es porque nos interesa que nos vean. Esa cala a la que estamos a punto de llegar está llena de prensa. Bajaremos a darnos un chapuzón, almorzaremos en el chiringuito de moda y en todo momento te ruego que te muestres en actitud relajada conmigo.

A Gwen le molestó que le hiciera ese retrato y habló con rabia:

—Sé muy bien lo que tengo que hacer. Gracias.

—¿Y crees que serás capaz de mirarme con algo que no sea desprecio y asco? —preguntó Jeff clavándole esa mirada tan intensa.

—Soy muy buena actriz —respondió ella, con una suficiencia tremenda.

A Jeff le dolió la réplica, no entendió bien por qué, pues no podía esperar otra cosa de la desdeñosa de Gwen, pero le jodió.

Después, se acodó en la barandilla del yate y no dijo nada hasta que el barco se ancló frente a la cala.

A Gwen ese silencio le resultó tan incómodo que, cuando le propuso que se subiera con él a la zódiac que les iba a trasladar hasta la orilla, lo rechazó diciendo:

—Vete tú en la zódiac que yo prefiero llegar a la orilla nadando.

Y es que no le apetecía compartir el espacio tan reducido de una lancha con él, si bien Jeff le advirtió:

—El agua en esta época del año aún está fría y hay un buen trecho hasta la orilla.

Gwen le miró molesta y le aseguró para que lo tuviera en cuenta:

—No soy una flor de pitiminí. Y hace mucho que sé cuidarme sola.

Jeff soltó una carcajada porque eso no había quién se lo creyera:

—Ya veo lo bien que sabes cuidarte que tienes veintiséis años y aún sigues viviendo de la paguita de papá.

Gwen aburrida de que le reprochara ser una pija inepta, se desprendió de las chanclas, las cogió, se las entregó a Jeff y le pidió:

—Llévamelas a tierra, si no te importa. Nos vemos allí.

Y tras decir esto, se fue hasta la proa, caminó hasta la punta del trampolín y desde allí se lanzó con un estilo impecable al mar.

Y justo en ese instante, descubrió que Jeff tenía razón, que el agua estaba helada, pero con todo se limitó a nadar y a nadar, hasta que exhausta, llegó a la orilla cuarenta minutos después.

Y Jeff que la estaba esperando en la orilla, bajo una sombrilla y con un refresco de cola en la mano, en cuanto la vio salir del agua como una sirena despistada y tiritando de frío no pudo evitar echarse a reír:

—¡Preciosa, estoy aquí!

Gwen al verle, sonrió, fingió que no estaba reventada de tanto nadar y se plantó frente a él como si nada.

—No sé qué haces ahí sentado. ¡El agua está buenísima! —mintió como una bellaca.

—Tan buena que tienes la carne de gallina y los pezones duros como garbanzos. Por cierto, tápate el izquierdo que se te ha movido un triángulo del bikini y llevas el pezón al aire.

Gwen sin saber dónde meterse se corrió la cortinilla del bikini, él cogió una toalla blanca, se levantó, se la colocó a Gwen sobre los hombros y la frotó para que entrara en calor en tanto que

ella protestaba enojada:

—¿Qué diablos estás haciendo?

Jeff que estaba pegado a la espalda de Gwen sonrió ampliamente y le recordó:

—Fingir que te idolatro. Y ahora...

Jeff la giró, se quedó mirándola a esos ojos azules tan bravos, le retiró un mechón de pelo que le caía por la mejilla y ella musitó:

—Ahora ¿qué?

Jeff ni se lo pensó dos veces, posó la vista en la boca jugosa de esa chica a la que detestaba como a nadie y respondió:

—Ahora te voy a besar, Gwen Harper, y tú vas a recibir el beso con sumo agrado, porque detrás de mí está Spencer Duncan, el famosísimo periodista experto en chismes.

Gwen echó un vistazo y vio que era cierto, ese tipo de unos sesenta años, bajito, con gafas y cara de ratón, estaba mirándolos descaradamente y a ella no le quedó más remedio que cerrar los ojos y recibir ese beso que la dejó temblando como una hoja.

Porque Jeff acercó los labios a los suyos, los rozó sutilmente, invadió sus fosas nasales con ese aroma suyo tan varonil, luego besó sus labios una vez suave, luego otra más duro y por fin la agarró por el cuello y le metió la lengua hasta el fondo.

Muy al fondo, y lejos de asquearle a ella le erotizó tanto que enganchó su lengua con la de él, se enredaron en un baile de lo más salvaje, sintió el bultazo de Jeff presionando su pelvis y ya, cuando estaban sin aliento, dieron por finalizado el beso que les sorprendió de igual modo a los dos.

—¡Madre del amor hermoso! —farfulló Gwen a la que le temblaba todo.

Jeff la miró con los ojos ardiendo de deseo y unas ganas irrefrenables de arrancarle a bocados el bikini y hacérselo como jamás se lo había hecho nadie.

—Si beso así, imagina cómo será lo otro —le susurró Jeff al oído, de un modo tan *sexy* que ella sintió que le palpitaba hasta el clítoris.

—Eres tan vanidoso y tan egocéntrico, Jeff Bristol.

Jeff sonrió satisfecho, pero con unas ganas infinitas de follarla para que descubriera que estaba en lo cierto, y le recordó:

—Esos no son los adjetivos que debes dedicarme. Estamos en plena operación: «Romance del año».

Y tras decir esto, apareció junto a ellos Spencer Duncan, con una cara de cotilla tremenda, como no podía ser de otra manera:

—Jeff Bristol, desde luego este es el verano de las pilladas. El otro día en tu yate y hoy, de nuevo, en buenísima compañía.

Jeff sonrió triunfante, porque el periodista más seguido del país acababa de picar en el anzuelo

y apeló a su discreción, sabiendo que le iba a faltar tiempo para ir a contarlo a todo el mundo:

—¡Spencer! ¡Tú por aquí! ¡La verdad es que voy a tener que comprarme una isla para mí solo, para poder tener tranquilidad! Y sí, estoy en la mejor compañía, con la mujer más especial que he conocido jamás. No tiene nada que ver con lo de la otra vez. Ella es la única mujer que me importa de verdad y mi persona favorita. Te presento a Gwen Harper, la hermana de mi representante. Nos conocemos de toda la vida. Tuvimos algo hace un tiempo. Un amor precioso y verdadero. Nos distanciamos. Y bueno... Ha venido a pasar unos días conmigo y están resurgiendo cosas...

Spencer al que solo le faltaba sacar una grabadora, y con la convicción de que estaba ante el chisme del año, replicó:

—Donde hubo fuego, aún queda: ¡más fuego! Porque el beso que os acabáis de pegar ha sido de peliculón.

Gwen estuvo a punto de soltar una carcajada, puesto que el periodista se estaba creyendo todo el teatro, pero en su lugar se mordió los carrillos, en tanto que Jeff le pidió a Spencer:

—¡Ha sido el beso más especial de mi vida! Pero te ruego que nos guardes el secreto. Estos días queremos vivirlos intensamente, recuperar el tiempo perdido y quién sabe...

—Visto lo visto —comentó el periodista con los ojos chispeantes de la emoción por conocer ese codiciado secreto por el que iba a pedir un pastón a su jefa—, esto solo puede acabar de una forma. Si ella es tan importante para ti y la pasión es así de grande: ¡veo boda a la vista!

Y ahí ya sí que los tres estallaron en risas...

Capítulo 10

Durante los cuatro días siguientes, Gwen y Jeff visitaron más calas, contemplaron atardeceres rodeados de gente, se dejaron ver en restaurantes y discotecas de moda y permitieron que los retrataran en actitud cariñosa.

En fin, que todo el mundo empezó a dar por hecho que tenían un romance, porque no solo se encargó Spencer Duncan de contarlo en el canal de televisión de más audiencia, sino que medios de todas partes del mundo comenzaron también a dar cobertura al supuesto romance, gracias a la filtración de los periodistas amigos de Max y gracias a que varias publicaciones en el Instagram de Jeff con «su querida Gwen» hicieron saltar todas las alarmas.

Luego, el plan continuó en Londres, adonde Jeff regresó para entrenar con su antiguo club. Y donde a la pareja de pega se les pudo ver en el cine, en el teatro, de compras y hasta en una exposición...

Y se les veía tan bien juntos, con tanta complicidad y tan acaramelados que a nadie le sorprendió que tres semanas después anunciaran el compromiso.

De hecho, Spencer Duncan, que mostró la foto del primer beso en la cala en el programa de televisión, no dejaba de insistir en lo enamorados que estaban, en la química que había entre ellos y en la gran pareja que hacían.

Y no solo él.

Todo el que se cruzaba con ellos opinaba lo mismo. Había tanta conexión, tanta pasión, tanto amor...

Ellos dos se partían de risa, porque se odiaban más que nunca. Aunque, si eran sinceros consigo mismos, tenían que reconocer que la pasión estaba ahí.

Solo tenían que mirarse para que saltaran las chispas, pero sabían mantener a raya perfectamente esa pulsión y a los dos no les preocupaba para nada.

En definitiva, que el plan funcionó tan a la perfección que, una semana después del anuncio del compromiso matrimonial, Max consiguió el contrato del siglo.

Y es que con la noticia de que Jeff Bristol se comprometía, el presidente del club francés ya no tuvo ninguna reticencia a ficharle.

Ya era otro tipo, que nada tenía que ver con el juerguista y mujeriego de antes.

Jeff se mostraba en todas partes como un hombre enamorado, que no tenía más que ojos para su prometida y que solo quería volcarse en ella y en su trabajo.

Es más, en las últimas entrevistas que había concedido no había hecho otra cosa más que hablar de las ganas que tenía de formar una familia grande, de su deseo de estabilidad, de

tranquilidad y de ser un buen padre de familia.

Y para remachar esa imagen de hombre sensato y serio, la boda se celebró dos semanas después de firmar el contrato.

Y fue en París, donde Vivian les había encontrado una mansión ideal a orillas del Sena, cuyo alquiler con derecho a compra era carísimo, si bien les permitía vivir juntos sin verse en absoluto.

Precisamente, en los jardines de esa mansión, Gwen dio el sí al hombre que más aborrecía del mundo, delante de un montón de invitados que ni conocía.

Su hermano y Vivian se habían encargado de invitar a todo el que convenía, pero allí no estuvo nadie que realmente le importara a Gwen.

Ni sus padres que no entendían para nada que de repente hubiera cometido la locura de casarse con Jeff Bristol, ni sus amigas de toda la vida que sabían lo que le detestaba y tampoco comprendían nada, ni absolutamente nadie.

La única amiga que asistió, porque así la consideraba, fue Vivian que resultó ser su único apoyo cuando estuvo a punto de salir por piernas cuando se vio vestida de novia frente al espejo...

—¡Yo no me quería casar así, Vivian! Yo tenía otros planes para mí —musitó Gwen angustiada, sin dar crédito a lo que le devolvía el espejo.

Vivian la entendía perfectamente, pero llegados a ese punto solo podían ir hasta el final:

—La vida tiene estas cosas, pequeña. Ya sé que tú jamás soñaste con esto, pero...

Gwen negó con la cabeza, porque ella siempre había soñado con un vestido de novia tan precioso como el que llevaba, con un peinado tan natural y con un maquillaje tan fresco.

Todo era con lo que había soñado siempre, desde el vestido de alta costura hasta París, los jardines y la mansión espectacular.

Pero el novio....

Joder, ¡estaba a punto de casarse con Jeff Bristol! ¡Y por puro interés!

—Siempre he soñado con todo esto, pero no con casarme por dinero y ¡con Jeff! Tú mejor que nadie sabes lo que siento hacia él. Y yo soy una romántica, para mí el amor es lo principal. Y mira lo que estoy a punto de hacer... Me voy a casar por interés y estoy mintiendo a todo el mundo. Mis padres se han negado a venir porque están en desacuerdo con esta boda. Consideran que todo es muy precipitado y mis amigas no dejan de alucinar. Y yo miento. No paro de mentir. Les digo a todos que esta es una boda por amor, que estoy muy enamorada, que toda la vida he estado en secreto suspirando por él, que Jeff es el hombre de mi vida. ¡Maldita sea, Vivian! ¡Soy una puta mentirosa!

Gwen se echó a llorar. Vivian la abrazó y le habló con el corazón:

—No les mientes, Gwen. Esta es una boda por amor.

Gwen se enjugó las lágrimas con los dedos y replicó atónita:

—¿Qué me estás contando? ¿Hay algo que no sepa?

—Es verdad lo que te digo. Tú te casas con Jeff por amor a tu hermano, por amor a tu vocación de escritora y por amor a ti misma.

Gwen esbozó una pequeña sonrisa y agradeció a Vivian que hiciera que se sintiera un poco mejor.

—Visto así...

—Es que es así como tienes que verlo. Te casas porque necesitas encontrar tu sitio en el mundo, desarrollar tus proyectos y de paso echar una mano a tu hermano.

—No son precisamente las razones por las que siempre pensé que me casaría... —repuso Gwen, con ironía.

Vivian sacó un pañuelo, le retiró unos pequeños tiznes de rímel y le recordó:

—Ya, pero no sabes lo que te tiene deparado el destino. Mi abuela se casó con mi abuelo por un pacto entre familias y fue muy feliz. Se casaron por interés, sin embargo, luego llegó un amor muy profundo y muy grande.

—He leído muchas novelas de ese estilo, pero eso jamás me pasará a mí con Jeff. No nos soportamos, tan solo sentimos una atracción brutal que los dos controlamos a la perfección. Y nada más.

Vivian, que no era que quisiera hacer de abogada del diablo es que era una realidad, apuntó:

—¡También hay muchas historias que empiezan siendo solo sexo y acaban convirtiéndose en el amor más bonito del mundo!

Gwen negó con la cabeza, se volvió a mirar al espejo y afirmó:

—Eso no me va a pasar a mí. Lo sé. Pero tienes razón en que debo darle el sí a Jeff por amor a mi hermano y por las ganas que tengo de tomar de una vez las riendas de mi vida. Realmente, con quien voy a comprometerme de por vida es conmigo misma, para luchar por mis sueños y ser feliz.

Vivian abrazó a su amiga, muy orgullosa, acabó de retocarle el maquillaje y ya lista, la acompañó al jardín donde estaban todos esperándola.

Pero sobre todo el novio, que estaba espectacular y más guapo que nunca con un traje azul y que estaba tan nervioso como si fuera a casarse de verdad.

Más que nada porque no las tenía todas consigo y tenía pánico a que la caprichosa de Gwen al final se arrepintiera.

Pero no lo hizo.

Se enganchó del brazo de su hermano que la miraba con muchísimo amor y juntos caminaron entre las miradas admiradas de los asistentes hasta el lugar donde estaba Jeff, frente al oficiante que estaba preparado para empezar con la boda.

Luego, Max la dejó junto a él y Jeff sintió un escalofrío que le recorrió por completo. Porque ella le miró y sintió que, por un instante, aquello tenía poco de farsa. Que ella estaba ahí porque le amaba, porque quería compartir una vida con él, tener una familia, dárselo todo...

Si bien ella le cuchicheó al oído y, de repente, se esfumó todo el hechizo:

—En esta ceremonia voy a casarme conmigo misma. Voy a decir sí a perseguir mis sueños y a ser jodidamente feliz. Sola, obviamente. ¿Te ha quedado claro?

Jeff sonrió, la miró con unas ganas tremendas de comerle la boca y todo lo demás, y replicó:

—Sí, preciosa.

Porque además estaba más bonita que nunca con un vestido de Dior, compuesto por un cuerpo de florecillas de manga corta y falda de tul, y para él era la novia más guapa que había visto en su vida.

Pero qué más daba.

Aquello era un paripé. Y así debía ser...

La ceremonia arrancó, el oficiante lo hizo todo muy ameno y sentido, los novios de hecho se conmovieron cuando leyó varios poemas de amor maravillosos y llegó el momento de darse el sí.

Ambos se pusieron muy nerviosos, pero cumplieron con el ritual que terminó con el intercambio de anillos y un beso tan apasionado y tan espectacular que a los dos les dejó estremecidos.

Los asistentes entusiasmados, rompieron en aplausos, porque aquello parecía de verdad, que se deseaban de verdad y que se querían de verdad, y fue entonces cuando Jeff le susurró al oído a su flamante esposa:

—Te casas contigo misma, pero el mejor beso de tu vida te lo he dado yo.

Gwen pensó que estaba en lo cierto, porque en la vida le había besado nadie así, si bien en su lugar murmuró:

—Yo sí que te he dado el mejor beso de tu vida. Pero no te hagas ilusiones, porque ya no tengo ninguno más para ti...

Jeff sonrió, y como los asistentes no paraban de gritar que se besaran, él tuvo que entregarse a su público, agarró a Gwen por el cuello y la volvió a besar con todas sus ganas.

Y ya, con los labios pegados a los de ella, musitó clavándole la mirada:

—¿Ves como sí tenías más besos para mí, preciosa?

Y qué beso, pensó Gwen, porque resultó ser el más arrebatado, auténtico, fogoso y abrasador que le habían dado en la vida.

Pero, obviamente, jamás iba a reconocerlo ante nadie...

Capítulo 11

Después del convite, tuvo lugar un fiestón en los jardines animado por los pinchadiscos de moda y donde hasta actuó Sira Nionk, la cantante favorita de Gwen que se emocionó mucho con la sorpresa.

Y a eso de las seis de la mañana, cuando la fiesta aún estaba en todo lo alto, Jeff que acababa de salir de la piscina adonde le habían tirado sus compañeros de equipo, se dispuso a buscar a su esposa porque se estaba haciendo demasiado tarde para la noche de bodas.

Y tras buscarla por todas partes, la encontró en un rincón del jardín, tirada de la risa sobre el césped, con una copa de champán en la mano y sin dejar de parlotear con Sira y Vivian.

—Chicas, lamento interrumpir este momento tan divertido, pero está a punto de amanecer y creo que ya son horas para que mi preciosa esposa y yo tengamos nuestra noche de bodas.

Gwen se bebió del tirón la copa de champán, miró perpleja a su marido de pega que venía mojado como una sopa y fingió porque Sira obviamente no estaba en el ajo:

—Ya. Claro. La noche de bodas. Todo el mundo tiene la suya...

Las chicas rompieron a reír, Gwen se puso de pie, se sacudió con la mano los restos de briznas de hierba que tenía en el vestido cuyos bajos a esas horas estaban sucios y Jeff le recordó:

—Mira que insistí en que usaras varios vestidos para la fiesta...

Gwen se planchó el vestido de Dior con las manos y replicó con un deje soñador:

—Sí, pero este es tan bonito que no me lo quitaría nunca.

Jeff sonrió como un diablo, muy metido en su papel, se encogió de hombros y replicó:

—Me temo que vas a tener que hacerlo, preciosa.

Luego, tendió la mano a su esposa de pega, las chicas se partieron de risa otra vez, Gwen tomó la mano enorme y fuerte de Jeff y se despidió de ellas diciendo:

—Os agradezco que me hayáis hecho reír tanto esta noche tan especial, chicas. Y gracias por cantar solo para mí mi canción favorita, Sira. Te prometo que jamás lo voy a olvidar...

Las chicas se incorporaron y abrazaron con cariño a Gwen que, tras la despedida, se marchó en dirección a la mansión de la mano de su supuesto marido.

Y la sensación fue tan extraña que por un momento se sintió como esas novias de Regencia de las novelas románticas a las que no les queda más remedio que casarse con canallas libertinos y que sienten un vértigo infinito en la noche de bodas.

Pues exactamente así se sentía ella, aunque sabía perfectamente que no iba a compartir aposento, o sea cama, con ese pedazo de golfo libertino del siglo XXI.

Eso sí, como ella también era una persona justa, aprovechó la ocasión para agradecerle la

sorpresa que le había dado con Sira:

—Cuando he visto que salía al maravilloso escenario que han creado los organizadores mi cantante favorita, casi me ha dado algo. ¿Tú sabes la de veces que he fantaseado que en mi boda cantarías ella mi canción favorita, justo la que ha sonado esta noche?

A Jeff le gustó que le agradeciera el detalle que había tenido en un arranque de debilidad y replicó:

—No lo sabía, pero me alegra que te haya gustado.

—No lo sabrías, pero Max te habrá contado que es mi cantante favorita y que...

Jeff negó con la cabeza y, mientras seguía caminando de su mano, le confesó:

—Lo sé porque siempre que nos hemos visto estabas escuchando la música de Sira a todo volumen. Y hasta oía su música a través de los auriculares que solías ponerte para que nunca olvidara lo muchísimo que pasas de mí.

A Gwen esas palabras le cayeron como un jarro de agua fría, luego cruzaron el umbral de la puerta de la casa y musitó:

—De cualquier manera, gracias.

Jeff le clavó la mirada, sonrió, se retiró unas gotas de agua que le caían por la frente y repuso:

—No hay de qué. Tan solo quería que tuvieras al menos un recuerdo bonito de este día infernal.

Gwen le devolvió la sonrisa, le miró a la boca que era una auténtica delicia y, tal vez porque había bebido demasiado champán, musitó:

—Ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

Jeff se mordió los labios de un modo que no pudo resultar más *sexy* y le confesó, aun a riesgo de echar a perder el momento:

—Mi polla está saltando en los pantalones.

Gwen soltó una risotada porque el cavernícola de Jeff Bristol no podía ser de otra manera:

—Y yo tengo unas ganas absurdas de besarte.

Jeff recortó la distancia que los separaba, la agarró por la cintura, la pegó contra su erección enorme y le preguntó:

—¿Y qué es lo que quieres que hagamos?

Gwen cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, se frotó un poco contra esa dureza y sintió tantas cosas que respondió:

—No voy a negar que ejerces sobre mí una atracción salvaje y brutal...

Jeff la agarró por el cuello, la miró con un deseo infinito y reconoció:

—Yo tampoco, preciosa.

—Y no he bebido tanto como para perder la cordura, sigo pensando lo mismo de ti. Pero a lo mejor no estaría mal dejarse llevar por una noche. Por esta noche...

Jeff, con el corazón latiéndole tan fuerte que lo sentía hasta en las sienes, le susurró al oído:

—Tengo mi bañera enorme esperándome con muchísimos pétalos de rosas rojas. Y ahora puedes llamarme pagado de mí mismo, cretino, estúpido... Dispara todo tu arsenal...

Gwen no tenía ganas de discutir esa noche que había sido demasiado bonita como para que acabara de esa manera. Así que negó con la cabeza y le pidió abriendo los ojos y mirándole con ganas de todo:

—¿Por qué mejor no me besas, Jeff Bristol?

Jeff la miró sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho y repuso arqueando una ceja:

—¿Es eso lo que deseas que haga?

—Deseo que me hagas muchas más cosas. Pero no estaría nada mal si empezaras con un beso.

Jeff le miró a esa boca que era puro fuego, enterró los dedos en el cabello dulce y suave que caía en cascada sobre la espalda y la besó con una posesividad y una dureza que terminó por desatarlo todo.

Porque Gwen le devolvió el beso, enterrando su lengua muy dentro, mordisqueándole los labios, pidiéndole más y más. Y él se lo dio...

Se besaron como dos salvajes, como dos amantes que estaban ávidos de muchísimo más y Jeff ni se lo pensó.

Sin dejar de besarla, desesperado, la cogió en volandas y así la subió por las escaleras hasta que llegaron a su habitación.

Una vez allí, abrió la puerta de una sola patada y a Gwen esa rudeza la excitó mucho más todavía.

Luego, Jeff la dejó en el suelo, cerró la puerta y sin demorarlo más hizo lo que llevaba toda la noche deseando.

Se acercó de nuevo a Gwen, la apretó contra él y llevó una mano hasta la cremallera del vestido de novia.

La miró con lascivia y le bajó la cremallera con una pericia que denotaba la experiencia que tenía ese libertino en esas lides.

Después, Jeff tironeó con delicadeza de las hombreras del vestido hacia adelante para que cayera, como así fue...

La parte de arriba del vestido se desplomó hacia abajo y Jeff se quedó fascinado contemplando el sujetador de encaje blanco que dejaba intuirlo todo.

Acto seguido, gruñó y tomó con sus dientes ambos pezones duros que llevaban demasiado tiempo aprisionados en el encaje.

Después, decidió liberarlos, le desabrochó el sujetador y esos pechos pequeños, redondos y preciosos aparecieron frente a él.

Gwen sintiendo un mareillo de lo más placentero, gimió cuando él tomó ambos pechos con las

manos, los amasó, los juntó y luego se los llevó a la boca otra vez.

Pero esta vez no se limitó a mordisquearle los pezones, sino a meterse también el pequeño seno en la boca de una forma tan primitiva que se humedeció entera.

Porque Jeff era como un animal salvaje, que estaba haciéndole sentir como nunca lo había hecho ningún hombre.

Tampoco era que ella tuviera demasiada experiencia, dos noviazgos muy cortos y varios rollos sin importancia.

Pero no había que tener una experiencia muy dilatada para saber que lo de ese tío no era normal.

Y es que, tras darse un festín con los pechos, dio un fuerte tirón del vestido que acabó desvanecido a sus pies y se arrodilló frente a su sexo.

Las braguitas de encaje blanco también hacían intuir demasiadas cosas.

Gwen apenas se había dejado una rayita de vello púbico rubio oscuro y a Jeff le erotizó tanto contemplar el pubis, que imaginaba muy húmedo, que puso una mano en el vientre suave, hundió un poco el dedo índice en el ombligo y después acercó la boca al sexo que se moría por lamer.

Aspiró su aroma, intenso y especial, y mordisqueó la vulva sobre la tela de las braguitas.

Gwen apoyó las manos en los hombros fuertes de ese tío que la estaba haciendo gozar como nadie y él la sorprendió una vez más rompiéndole las braguitas.

Luego, acarició el sexo con la mano y cuando Gwen estaba convencida de que no se podía sentir más placer, él empezó a darle lametazos con su lengua. Una lengua que sabía tan bien lo que hacía que ella estaba convencida de que no iba a aguantar mucho sin correrse, si seguía así...

—Dios mío, Jeff... —musitó sintiendo como nunca.

Jeff alzó la vista, le clavó esa mirada oscura y profunda, cargada de un deseo infinito y le preguntó sabiendo que estaba a su merced:

—¿Paro, preciosa?

Gwen negó con la cabeza, se mordió los labios retorcida de placer y le suplicó completamente entregada:

—Sigue, te lo ruego.

Capítulo 12

Sin embargo, Jeff no siguió porque se le ocurrió algo que iba a ser mucho mejor.

Se apartó de ella, se incorporó y comenzó a quitarse la ropa ante la estupefacción de Gwen que no daba crédito.

Porque ese tío se estaba desnudando de un modo tan *sexy* que no pudo evitar que hasta la boca se le abriera.

Joder. ¿Habría trabajado de *stripper*? Madre mía, pensó, ya que Jeff no podía tener más arte para ir sacándose una a una toda la ropa de su traje de novio, hasta que se quedó como Dios le trajo al mundo frente a ella.

Momento en que Gwen tuvo que tragar saliva al ver lo que ese hombre tenía entre las piernas.

Era de tales dimensiones que pensó iba a ser imposible que eso le entrara por ninguna parte...

—¿Todo bien? —preguntó Jeff, llevándose la mano al miembro y apretándolo con fuerza.

Gwen decidió mejor mirarle a los ojos que eran puro fuego, asintió y él de nuevo la cogió en volandas, le pidió que lanzara los zapatos al aire, ella lo hizo y, después, la dejó dentro de la bañera donde el agua estaba a la temperatura perfecta.

—No quiero follarte con este apestoso olor a cloro... —le susurró al oído, tras sentarse detrás de ella en la bañera.

Gwen entonces recostó la espalda en el potente torso de Jeff, él le acarició de nuevo los pechos, tironeó de los pezones y, acto seguido, descendió con la mano hasta el sexo ya hinchado.

Jeff le pidió que abriera las piernas, ella lo hizo y tras acariciar bien los pliegues, tras estimular el clítoris duro, hundió un par de dedos en el interior.

Gwen se envaró al sentir esa invasión, gritó y él más duro que nunca comenzó a penetrar esa estrechez que era una verdadera delicia.

Y tras estar así un rato, estimulándola, poniéndola al borde del orgasmo, le preguntó:

—¿Te gustaría que fuera mi polla la que te follara? Dímelo, Gwen. Pídemelo, si es que es eso lo que deseas.

Gwen solo pudo jadear de placer porque estaba a punto de estallar. Si bien lo que sucedió fue que Jeff, con una facilidad pasmosa, tiró de las caderas de Gwen para que se pusiera de pie, y luego le dio la vuelta, de tal manera que la vulva quedó a la altura de su cara.

Seguidamente, la agarró otra vez de las caderas, la empujó contra su cara y la lamió a conciencia en tanto que de nuevo empezó a penetrarla con dos dedos, duro, implacable, estimulándole hasta el punto G, ese que no había encontrado nadie en su puñetera vida.

Y así estuvo dándole un placer infinito hasta que ella no pudo más, clavó las uñas en los

hombros de Jeff y se corrió como nunca en su vida, derramándose entera.

—Así, Gwen, así. Déjame que sienta tu orgasmo. Aprieta bien mis dedos con tu pequeño coño. Bien fuerte. Deja que salga todo. Vamos... Disfrútalo...

Y vaya si lo disfrutó, porque Gwen además descubrió que las palabras zafias de Jeff le ponían tanto que, tras sacar los dedos del interior, solo tuvo que presionarle el clítoris con la mano unas cuantas veces más para arrancarle otro orgasmo descomunal.

—Dios mío... —musitó Gwen apenas sin aliento y exhausta de tanto gozar.

Jeff sonrió satisfecho de haberla llevado al orgasmo un par de veces, se incorporó y luego apartó el cabello a un lado para darle un beso en el cuello dulce y lascivo a la vez que ella gemía estremecida.

Y así estuvo, besándola por el cuello y las clavículas, hasta que sintió que recobraba el aliento y la tomó de la mano para salir de la bañera.

La secó con una toalla esponjosa y que olía de maravilla, él hizo lo mismo con otra y se fue a buscar su teléfono móvil.

Abrió una aplicación y le mostró a Gwen los resultados de una analítica:

—Practico siempre sexo seguro. Jamás he follado sin condón. Y me hago controles periódicos. Estoy limpio, como puedes comprobar.

Gwen asintió, sonrió y le dijo para que se quedara tranquilo:

—Tomo la píldora, pero aun así jamás lo he hecho sin condón. Me quiero demasiado como para ir cometiendo locuras por ahí. Aunque te parezca una cabeza loca...

Jeff con la mirada encendida y con ganas de hundirse dentro de ella masculló:

—Solo sé que eres puro fuego. Lo intuía. Pero ahora lo sé.

Gwen se retiró un mechón de pelo que le caía por el rostro y confesó:

—Pues yo no sabía que se pudiera disfrutar de esta manera, pero claro con la experiencia que tienes con tantas mujeres: veo que has aprendido bastante.

Jeff pensó que lo que acababa de experimentar con ella era algo que no tenía que ver con nada. Con Gwen era todo era especial, por eso se desprendió de la toalla, hizo lo mismo con la de ella y aseguró:

—Se trata de sentir y quiero sentirlo todo contigo.

Luego, acercó los labios a los de ella, los besó con urgencia, Gwen entreabrió la boca, las lenguas se engancharon y aquello se hizo tan intenso que los dos acabaron tumbados en la cama.

Jeff cayó sobre ella que, al sentir la erección presionando contra su vulva, se estremeció entera.

Porque le deseaba ya tan dentro, que le miró y le exigió temblando de deseo:

—Fóllame.

Jeff estiró la mano hasta la mesilla de noche, abrió un cajón, cogió la caja de condones y sacó

uno.

Si bien, justo en ese momento, Gwen se percató de que sobre la mesilla tenía una pila de libros de todo tipo, ensayo, filosofía, novela negra, psicología...

—¿Te sorprende que tenga libros? —le preguntó mientras abría el condón.

—¿Te gusta leer? —repuso ella, gratamente sorprendida.

—Todo lo que sé lo he aprendido en los libros. No pude ir mucho a la escuela, ya sabes. Pero siempre me ha gustado leer y es algo que no dejo nunca de hacer.

—Y has traído a la mansión una biblioteca enorme, pero pensé que la tenías como elemento decorativo.

—Me apasiona leer. Y amo a mi biblioteca.

Gwen sonrió, él se enfundó el condón y tras abrirle bien las piernas empujando con la rodilla el muslo trémulo de Gwen, se tumbó sobre ella colocando el miembro grande y duro en la entrada del sexo húmedo.

—Seré cuidadoso —le aseguró, ansioso ya por fundirse con ella.

Gwen le miró desafiante y derretida de deseo, negó con la cabeza y habló rotunda:

—No quiero que lo seas. Quiero que seas tosco, vulgar y sucio. Como tú eres.

Jeff sonrió porque había algo que Gwen debía saber:

—No me conoces tanto como crees. Puedo ser muchísimas cosas, pero te lo haré como me pides...

Y tras decir esto, empujó un poco dentro de ella, lo justo para hundirse hasta la mitad y hacerla gritar de una mezcla de placer y dolor.

—¡Madre mía, Jeff! En la vida me han llenado así... —farfulló clavando las uñas en las sábanas.

—Todavía no estoy entero dentro de ti, princesa. Aún no me has aceptado...

Jeff le clavó su mirada de diablo y Gwen tragó saliva porque no estaba segura de que pudiera aceptar mucho más.

Pero se equivocó. Porque Jeff, empezó a besarla, a acariciarla, a deslizarse poco a poco dentro de ella, hasta que su sexo fue abriéndose y ya sí pudo aceptarle como deseaba.

Y sintiéndole así, muy dentro, sintiéndose tan llena que era como si fuera a quebrarse, él comenzó a hacérselo.

Y no fue rudo, ni tosco, al revés... Empezó a empujar dentro de ella, lento y profundo, y así estuvo hasta que la notó lo suficientemente dilatada como para incrementar el ritmo y entonces lo hizo.

—Ahora ya sí que estás lista para que te folle como me has pedido —le susurró al oído de un modo tan sensual que ella creyó que se corría.

Y Jeff entonces comenzó a hacérselo mucho más fuerte y más duro, dándole cada vez más y

más... Tanto que llegó un momento en que le pidió a Gwen que colocara las piernas sobre sus hombros para que le sintiera más todavía.

Y en esa postura siguieron haciéndolo, hasta que los gritos de Gwen provocaron un nuevo cambio porque él quería sentir su orgasmo, besarla entera, hundir su mirada en la de ella.

Por lo que se sentó de rodillas sobre sus talones, le pidió a Gwen que se colocara encima de él a horcajadas y ella lo hizo.

Se sentó sobre esa tremenda erección y comenzó a agitar sus caderas, mientras no dejaban de besarse, de mordisquearse, de tocarse y así estuvieron hasta que el ritmo de las penetraciones se hizo tan frenético que Gwen creyó que se rompía.

Si bien lo que sucedió fue que Jeff deslizó un par de dedos hasta el clítoris, lo golpeó duro y le arrancó tal orgasmo que a Gwen no le quedó más remedio que clavarle las uñas en la espalda y arañársela entera.

—Eso es, preciosa. Ordeñas mi polla como nadie.

Gwen al escuchar esas palabras tan soeces se excitó tanto que las contracciones orgásmicas se hicieron mucho más intensas y fuertes...

—Dios —gritó estremecida.

Y Jeff al sentir cómo le apretaba con tanta fuerza, cómo se corría de esa forma tan brutal, se dejó llevar por una energía de placer extremo que empezó en la parte baja de la espalda y que estaba a punto desbordarle.

Jeff entonces la agarró por la nuca, la besó con posesividad, con urgencia, con fuerza y le exigió mirándola como si buscara mucho más que un orgasmo.

Pues aquella mirada era como si también quisiera meterse muy dentro de ella, en su corazón, en su alma, en lo más profundo de sí.

Como si quisiera fundirse con ella a un nivel que iba a más allá de lo físico.

Y sin entender nada, Gwen le devolvió la mirada que Jeff percibió de la misma manera, porque lo que estaban haciendo era algo más que follar.

Y mientras los dos se sorprendían con esa certeza, él seguía sintiendo cómo ella le apretaba con su orgasmo, fuerte y duro...

Y ya sin poder aguantar más, él le pidió en un tono tan implacable y tan *sexy* que a ella le sobrevino un segundo orgasmo:

—Sigue así, apriétame fuerte con tu coño y saca toda mi leche...

Y tras decir esto, Jeff sintió cómo ella le apretaba como nunca y ya sí que estalló, gritando como un animal y vaciándose entero...

Capítulo 13

A las dos de la tarde, Gwen despertó en los brazos de Jeff después de haberlo hecho unas cuantas veces más.

Ese tío era un dios del sexo y entendía perfectamente que pudiera hacer gozar a varias mujeres a la vez porque era inagotable.

Le había dado más placer en una noche que lo que le habían dado todas sus parejas en toda su vida.

Y era a la vez tan cerdo y tan dulce que la verdad que follar con él era una experiencia tan increíble que era como para engancharse.

Pero ella no lo iba a hacer...

Y es que el sexo con él era maravilloso, pero luego abría el pico y decía cosas como las que soltó tras su primera noche juntos:

—¡Buenos días, señora Bristol! ¿Dónde tienes pensado gastar hoy una cantidad obscena de dinero? ¿Gucci? ¿Versace? ¿Prada tal vez?

Gwen se limitó a darse la vuelta, salir de la cama y responder:

—Lo único en lo que pienso es en salir de tu cama.

Jeff salió detrás de ella y le dijo después de haber pasado la mejor noche de su vida:

—Pero volverás.

Gwen se giró, sonrió y masculló con un deje de desprecio:

—¿Cómo puedes ser tan creído?

Jeff no se molestó con esas palabras y decidió ser absolutamente sincero:

—Esta noche ha sido especial. Y tú has sentido tantas cosas como yo. Ha sido demasiado intenso y demasiado fuerte como para que termine.

Gwen reconocía que tenía razón, la noche había sido muy intensa y tenía la sensación de que se había dejado algo más que la piel.

Pero no podía ser...

—Tú no sabes ni quién soy. Me prejuizas y me detestas desde el primer día que nos conocimos y creo que intuyo por qué —habló Gwen.

Jeff podía haber aprovechado ese momento para enmendar la pifia de haberla llamado derrochadora absurda, si bien en su lugar decidió ser más descarnado todavía:

—Tú sí que tienes prejuicios hacia mí que pensabas que no había leído un jodido libro en la vida. Y lo único que sé es que te has casado conmigo porque tu papá te ha cortado el grifo y porque no tienes ni puta idea de qué hacer con tu vida. Y que yo sepa, no tienes más ocupaciones

que comprar y poco más... ¿Me equivoco?

Gwen, con los ojos llenos de lágrimas por la rabia y la decepción, respondió:

—No he pisado una maldita tienda desde que estoy en París. Y desde que he llegado no he dejado de trabajar en mis textos.

Jeff lo sabía porque los días que llevaban conviviendo juntos la había visto trabajar muy duro desde la mañana hasta la noche. Pero tal vez por la costumbre que tenía de relacionarse con ella siempre desde la discrepancia, prefirió, en vez de elogiar su trabajo de esos días, criticar lo que había hecho en su pasado:

—¿Y cuánto te va a durar el arrebato? Porque si quisieras ser escritora de verdad ya lo serías. A pesar de tu padre, a pesar de tener todo en contra, si esa fuera tu verdadera vocación, te habría importado todo un bledo y habrías luchado por lo que quieres. Yo sé algo de eso. Yo soñaba con ser futbolista, a pesar de que era un pobre que no tenía dónde caerme muerto. No tenía ni para zapatillas. Pero persistí hasta que me he convertido en quien quería ser.

Gwen le miró con desprecio, aun cuando era verdad que el éxito de Jeff era admirable y masculló:

—Eres tan necio y tan vanidoso...

—La verdad duele, si bien alguien debe decírla. Siento que te escueza, pero solo creo en los hechos. Y los hechos son que quieres ser escritora, sin embargo, todavía no has tenido ni el coraje de mandar un manuscrito a una editorial. Te falta empuje, te falta valor y te faltan ganas...

Gwen le desafió con la mirada, con un cabreo tremendo y le dijo:

—De lo que no me faltan ganas es de perderte de vista. Ya has agotado mi paciencia, Jeff Bristol. Eres el tío más bocazas, insensible y cabrón que he conocido en mi vida.

Pero Jeff no se molestó porque él estaba convencido de que, con su sinceridad, después de todo, le estaba haciendo un favor:

—A lo mejor lo que necesitas en tu vida es alguien como yo, que te espolee duro, para que espables y te pongas las pilas de una vez.

No obstante, llegados a ese punto, Gwen lo que pensó fue que Jeff lo acababa de rematar con esa actitud tan asquerosamente paternalista:

—Pero ¿quién te crees que eres? ¡No necesito más padres! ¡Gracias! ¡Demasiado he tenido con el mío! Así que abstente de espolearme y de tocarme más las narices.

Jeff pensó que no podía parar de hacerlo, era algo que le salía solo... Y no era el único:

—¿Acaso tú haces otra cosa conmigo? Porque te recuerdo dándome por saco desde el primer día que nos conocimos.

—Me odiaste desde el primer instante porque yo tenía todo de lo que tú carecías...

Jeff se echó a reír, porque aquello era justo al contrario:

—Yo sí que tenía todo lo que tú no tenías. Por eso me aborreciste...

—¿Qué tenías tú que yo pudiera desear? ¿Tu corte de pelo horrible? ¿Tu ropa hortera? ¿Tu forma cateta de hablar? Jajajaja. ¡Si no sabías ni hilar dos frases! —exclamó Gwen, con desdén.

Jeff la miró con el orgullo de saber quién era, de dónde venía y lo que había logrado y le preguntó:

—¿Sabes lo que tenía ese chaval que se cortaba el pelo a sí mismo porque no tenía un céntimo, que se vestía con la ropa que le daban en la iglesia y que no pudo tener una escolarización normal debido a la vida terrible que llevó en centros y casas de acogida?

Gwen se sintió fatal y, con unas ganas inmensas de llorar, negó con la cabeza y respondió:

—No sigamos con este juego, Jeff. Nos estamos haciendo demasiado daño.

Jeff sintió que era demasiado tarde para parar aquello y le exigió:

—Pero yo quiero que sepas que es lo que tenía ese chaval: hambre. Y no solo me refiero a que muchos días le rugía la tripa por no tener casi nada que llevarse a la boca, que también. Me refiero a una ambición y a unas ganas que le hicieron imparable. Y eso fue lo que hizo que me aborrecieras... Porque yo tenía la determinación, el ímpetu, las agallas y la fuerza que a ti siempre te faltaron para luchar duro por tus sueños.

Gwen negó con la cabeza, con mucha pena, porque era evidente que jamás iban a entenderse y musitó:

—Es inútil que sigamos con esto. Yo no te detesto por esa razón, te aborrezco porque no tienes ni una pizca de sensibilidad para comprenderme. Porque careces de empatía. Porque en la vida has hecho el ejercicio de meterte en mi piel...

Jeff la miró airado, se cruzó de brazos y le preguntó:

—¿Y tú alguna vez te has metido en la mía?

Gwen, convencida de que aquello no daba para más, concluyó antes de irse, sintiendo una amargura y una pena cada vez más intensas:

—No tengo nada más que decir. Es evidente que esto no tiene arreglo.

Y Jeff, que tampoco se sentía nada bien con esa conversación tan desafortunada, replicó:

—¡Desde luego que no!

Gwen con los ojos llenos de lágrimas, le pidió ya solo una cosa antes de irse:

—Y lo mejor es que olvidemos esta noche...

Jeff la miró y la vio tan triste que se sintió un miserable. ¿Cómo podía haber estropeado todo eso tan hermoso y tan intenso que habían vivido la noche anterior con la tontería que había dicho de las compras?

Y luego ¿cómo había cometido la torpeza de seguir atormentándola con su sinceridad más hiriente?

Era horrible. ¿Cómo podían estar diciéndose esas cosas, así como estaban desnudos, después de amarse como dos salvajes?

No lo entendía, pero había algo que tenía clarísimo:

—No voy a olvidar esta noche jamás.

A Gwen le gustó que dijera eso, es más por un momento pensó que tras el comentario absurdo de Jeff sobre las compras, tenía que haber actuado de una forma más adulta. Tenía que haberle contado que estaba más enfocada, trabajando durísimo y luego haberle dicho la verdad: que lo que menos quería era salir de su cama.

Pero todo se había torcido de tal forma que ya no tuvo más salida que coger una toalla que había sobre una silla, enroscársela a modo de vestido y salir de esa habitación en la que había gozado como nunca y en la que había sido muy feliz...

Capítulo 14

Después de ese episodio tan desafortunado, estuvieron dos meses sin hablarse más que lo estrictamente necesario, sobre todo cuando no les quedaba más remedio que acudir a eventos o fiestas obligadas y les tocaba fingir que eran muy felices.

Entonces, Gwen volvía a casa con agujetas en la cara de tanto forzar la sonrisa y luego se encerraba en su habitación a llorar porque sentía que esa vida era una mierda.

Luego, se le pasaba y seguía trabajando muy duro en sus novelas.

Cosa que Jeff comprobaba cada día, desde su ala de la habitación, cuando despertaba muy pronto en la mañana, y ella ya estaba despierta aferrada a su computadora.

Y lo mismo sucedía por la noche, él apagaba su luz y ella seguía y seguía tecleando incansable, con un tesón y una determinación que eran dignas de admiración.

Y Jeff se sentía tan mal, estaba tan arrepentido de haber metido la pata aquel día, después de su maravillosa noche de bodas, que no sabía ya cómo gestionar el asunto.

Era demasiado orgulloso como para pedir perdón y además a esas alturas Gwen debía odiarle tanto que ni tenía sentido una disculpa sincera.

Y Gwen, por su parte, se debatía en sentimientos parecidos. Porque veía desde su ala de la mansión cómo Jeff entrenaba muy fuerte y estaba cada día más impresionada.

Porque no solo se machacaba cada mañana en el gimnasio que se había montado en casa, muy duro, sino que después de un entrenamiento muy exigente en el club, regresaba a casa y seguía matándose en la piscina, corriendo, haciendo pesas...

Entrenaba como una bestia y estaba puntual en casa después del entrenamiento o de los partidos los fines de semana.

No iba a fiestas si no era con ella, vivía centrado en su profesión y no tenía más vida que para eso.

Y los resultados eran excelentes, en dos meses se había convertido en el máximo goleador de la liga y su equipo era imparable.

No habían perdido ni un partido y en los pocos partidos que llevaban de Champions estaba dejando boquiabierto al mundo entero.

Era un mago del balón, el crac del momento, el jugador con el que cualquier niño soñaba en convertirse y, en suma, un ejemplo para todos.

Un chico que había sabido superar las adversidades con talento, esfuerzo y tesón y que ahora gozaba de las mieles del éxito en su profesión y en su vida personal.

Bueno, esto último era una grandísima mentira, pero el mundo estaba fascinado con la gran

pareja que hacía con la hermana de su representante.

Una chica que todos encontraban divertida, encantadora y perfecta para él.

Y es que cada vez que un periodista le ponía el micrófono delante a Gwen en algún evento, ella siempre destilaba simpatía y buen rollo y se metía a todo el mundo en el bolsillo.

Y, cómo no, no paraba de ponderar las virtudes de su marido y lo muchísimo que le amaba, entre risas y anécdotas de lo más desternillantes.

Y Jeff que solía estar a su lado en esos momentos, no tenía más remedio que reír también, fingir que la adoraba y que la amaba con todo su ser.

Aunque muchas veces lo cierto era que tenía que fingir poco, porque la admiraba de verdad.

Estaba alucinado con su pasión, con su determinación, con lo mucho que estaba luchando por sus sueños y además para él siempre sería la chica más especial que había conocido en su vida.

Le volvía loco su sonrisa, sus ojazos de ese azul tan bravo y tan intenso, su figura menuda, la forma que tenía de retirarse un mechón de pelo díscolo...

Pero no había nada qué hacer...

Luego, volvían a casa y lo único que tenían era ese silencio gélido que les estaba destrozando a los dos.

Puesto que Gwen lo llevaba también fatal...

Ella tampoco fingía cuando hablaba maravillas de su marido de pega, le admiraba como a nadie y además era el tío más bueno y carismático del planeta.

Tenía una planta imponente, iluminaba el mundo con su sonrisa y tenía una fuerza salvaje en la mirada que ella casi que no podía resistir.

Si bien lo hacía y le dolía tanto que no le quedaba más remedio que llorar en su cama, enterrando la cara en un cojín.

Era muy triste estar así, pero con todo los dos siguieron volcándose en sus respectivos trabajos y cosechando éxitos.

Y es que no solo Jeff triunfaba en lo suyo, superando todas sus marcas y llevando a su equipo a lo más alto, sino que Gwen recibió una semana antes de la Navidad, una de las llamadas más decisivas de su vida.

Nada menos que de una de las editoriales de novela romántica más importantes de Estados Unidos.

¡Y estaban dispuestos a publicarle una saga de cinco novelas que les había fascinado!

Gwen ni se lo creía aquel martes lluvioso y frío en el que había despertado sintiéndose más sola y más triste que nunca.

Tantos días de trabajo duro, tantos días de encierro en esa mansión, con un hombre que la ignoraba pesaban ya demasiado.

Y le estaba costando tanto soportar aquello, que estaba empezando a convencerse de que había

sido un gran error aceptar casarse con Jeff Bristol.

Que no estaba mereciendo la pena tanto esfuerzo y tanto sacrificio porque estaba empezando a ponerse en serio peligro su salud mental.

A veces estaba ansiosa, otras triste, otras agotada...

Pero, entonces, llegó la noticia de la editorial y todo cobró sentido. El esfuerzo, las renunciadas, la exigencia de tomarse la vocación en serio...

Y loca de la alegría, empezó a compartir la buena noticia con todo el mundo. Con Max, con Vivian, con sus amigas de Nueva York y con su padre...

Estaba tan orgullosa de su logro, que sintió la necesidad de llamarlo, y eso que no se hablaban desde el día que le había comunicado que se casaba con Jeff.

Sin embargo, estaba convencida de que después de los meses que habían pasado y ahora con la noticia de su éxito, su padre iba a entrar en razón y por fin iban a limar las asperezas.

Además, tan solo faltaba una semana para la Navidad y estaba segura de que le iba a pillar con la guardia baja.

Todo el mundo se ponía más blando en Navidad...

O eso creía.

—¡Hola, papá! —le saludó emocionada en cuanto su padre contestó al teléfono.

Su padre, sin embargo, no mostró ni el más mínimo atisbo de alegría y replicó apremiándola a que fuera al grano:

—¿Qué es lo que quieres, Gwen? ¿La felicidad con tu maridito se te ha acabado y has despertado al mundo real? ¿Por eso llamas? ¿Quieres volver a casa con el rabo entre las piernas? Pues que sepas que...

Gwen, que no iba a permitir que la frialdad de su padre le estropeará el momento, le aclaró:

—¡Te llamo porque voy a publicar! Una editorial muy importante quiere publicarme una saga de cinco libros. Dicen que tengo talento, voz propia, estilo inconfundible y apuestan por mí muy fuerte. Creen que puedo tener una carrera muy larga, productiva y exitosa con ellos y...

Al señor Harper no le hizo ninguna gracia la noticia y no se molestó en disimular su disconformidad:

—¿Te sientes así de contenta porque te van a publicar tus novelitas rosas? Por favor, espabila, querrán aprovecharse del tirón que tiene Jeff y tú te has tragado el cuento ese del talento.

Gwen estaba tan segura de lo que quería que las palabras de su padre esta vez no la hundieron, al contrario, le dieron fuerzas para decir:

—Lo he mandado con seudónimo. Y solo cuando me han dicho que querían contratarme, les he desvelado mi nombre.

Al señor Harper le dio igual todo aquello y solo tenía una cosa en la cabeza:

—¿Y quieres que te felicite por ello? No lo voy a hacer, Gwen. Yo no deseo tener una hija que

escriba esa clase de novelas. No es algo serio. Yo quiero que seas abogada, como lo fue mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo... Quiero que te ocupes de este bufete cuando me jubile y que tengas una vida seria, estable y centrada.

Llegados a ese punto, Gwen pensó que cómo había podido ser tan tonta de creer que su padre había cambiado y que por fin había asumido que ella tenía que vivir a su manera, que solo desarrollando su vocación era como iba a poder realizarse y ser feliz.

Desencantada, y sintiéndose una estúpida, decidió despedirse de su padre con una profunda convicción:

—Me habría encantado que compartieras mi alegría, pero veo que sigues empeinado en lo mismo. Quieres que viva una vida que yo no deseo para mí.

El señor Harper bufó porque su hija no podía ser más impertinente ni más obstinada:

—¡Lo que quiero es que dejes de perder el tiempo con bobadas y que hagas lo que tienes que hacer! ¡Es tu deber como hija obedecer a tu padre! ¡Así que vuelve a Nueva York de una vez, deja de avergonzarme con tu comportamiento y empieza de una vez a actuar como una adulta!

Gwen, a pesar de su determinación, ahí ya sí que se rompió y sintió unas ganas horribles de llorar, pero se las aguantó para replicar:

—Mi sitio está aquí y voy a ser escritora, lo quieras o no.

El señor Harper soltó una risotada que a Gwen le provocó un escalofrío y exclamó:

—¡Ah, se me olvidaba que estás enamorada de ese salvaje que corre en calzoncillos detrás de un balón! Ya se te pasará la fiebre del amor, ya... Además, te recuerdo que tú siempre sentiste asco y desprecio por ese mugroso que conocí cuando solo tenía pelusa en los bolsillos y agujeros en los zapatos. No es de tu clase, Gwen. Él siempre va sentir resentimiento hacia ti por eso y nunca logrará entenderte. No es uno de los tuyos. Es zafío, es vulgar, es...

Gwen nunca pensó que le iba a doler tanto que hablaran así de Jeff, pero es que le parecía tan injusto lo que estaba diciendo su padre que le gritó:

—¡No sigas, papá! No pienso consentir que continúes hablando así de un hombre al que admiro profundamente. Jeff es un gran hombre. Así que mejor que dejemos la conversación aquí. Yo solo quería compartir una de las alegrías más grandes de mi vida con mi padre y ya veo que me he equivocado. No volveré a cometer tamaño error. Que tengas un buen día, papá...

Capítulo 15

Gwen contó la noticia a todo el mundo menos a Jeff, que se enteró de que iban a publicarle en una editorial por una llamada que no esperaba.

Sucedió dos días después de que Gwen hablara con su padre. Eran las nueve de la mañana cuando Jeff, que estaba preparándose para ir a entrenar al club, recibió una llamada de un número que no tenía registrado.

Y la aceptó porque como ese número solo lo tenían los muy allegados, dedujo que se lo tenía que haber facilitado alguien de confianza, por lo que descolgó diciendo:

—Jeff Bristol al habla, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Y, de repente, se escuchó al otro lado de la línea a una voz grave y autoritaria responder:

—Soy Maximilian Harper, el padre de Gwen y de Max.

—Mi suegro —replicó Jeff, inquieto con lo que ese hombre tuviera que contarle.

—Me niego a que me llames así. Yo tenía otros planes para mi hija. Siempre soñé con que se casaría con alguien con una profesión seria, un abogado, un médico, un banquero... Y supongo que en cuanto despierte del sueño de amor que está viviendo, madurará de una vez y acabará comportándose como debe.

Jeff, en ese instante, recordó lo poca cosa que se sintió la primera vez que vio a ese hombre, que fue tan despótico y tan despreciativo con él.

Le humilló, le trató como si fuera escoria y Jeff se juró a sí mismo que iba a luchar muy duro para que jamás nadie volviera a mirarle de esa forma.

Como si fuera una sucia rata callejera...

Pero ya no era aquel chaval asustado y pobre, ahora era un hombre hecho y derecho que no tenía nada de lo que avergonzarse.

Por eso, sin dejarse abrumar ni un ápice por ese hombre altanero y soberbio, replicó:

—Gwen hará con su vida lo que le dé la gana, no lo que usted piense que deba a hacer. Y en cuanto a mí, me gano la vida de una manera muy honrada, ni defiendo a narcotraficantes ni asesoro a la gente rica para que pague menos impuestos.

El señor Harper soltó una carcajada y repuso con ese tono suyo tan despótico:

—Tengo un bufete de abogados, no una ONG. Defiendo a todo aquel que pueda pagar mis honorarios. Esto es el jodido mundo real y no una película de Disney. Pero no sé qué hago hablando de esto con un descerebrado como tú que lo máximo que habrás leído son los ingredientes del frasco del champú cuando vas al váter.

—Supongo que está hablando conmigo porque quiere algo de mí...

—¡Vaya, nos ha salido perspicaz el futbolista! Pues sí. Necesito que me ayudes a presionar a los de la editorial —le pidió el señor Harper, de un modo que sonó más bien a exigencia.

Y Jeff, que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, replicó intrigado:

—No sé de qué diablos me está hablando.

El señor Harper volvió a soltar otra carcajada de las suyas y masculló después:

—¡No me lo puedo creer! ¡Vaya! Pensé que había sido de los últimos en enterarme de la noticia y resulta que no. Que el maridito aún no sabe que han llamado a Gwen de una editorial para que firme por cinco libros. Una saga de esas de novelitas rosas de medio pelo...

Jeff sintió una alegría enorme al saber que Gwen había logrado su sueño más deseado, pero al mismo tiempo sintió un asco tremendo por ese tío que hablaba con ese desprecio enorme de los éxitos de su hija.

—Ah, sí, el contrato editorial. ¡Claro que lo sé! Fui el primero en conocer la noticia —mintió para no levantar sospechas—. Y no sabe lo que celebro que al fin se reconozca su tremendo talento y valía. Yo estoy feliz con la noticia. Muy feliz. Si bien me parece que debería hablar con más consideración y respeto del trabajo de su hija.

El señor Harper bufó y repuso con un enfado monumental:

—La que debería tenerme respeto y consideración es Gwen que sabe muy bien lo que se espera de ella. Y no es que se meta a escritora de novelitas de amor. Su madre y yo estamos muy disgustados con ella y necesitamos parar este disparate cuanto antes. No vamos a permitir que publiquen esas novelas. Ella lo que tiene que hacer es volver a Nueva York, ejercer de abogada en mi bufete y casarse con alguien que esté a su altura.

Jeff alucinado con lo que estaba escuchando, replicó porque lo de ese señor no tenía nombre:

—¿Y no cree que su hija es lo suficiente mayorcita como para saber qué es lo que quiere hacer con su vida?

—¡Está visto que no! Por eso te pido que me ayudes a meter presión a la editorial para que no le publiquen esos malditos libros. Yo les he ofrecido hasta dinero, pero la editora va de íntegra y se niega en rotundo. De momento, porque si además de su padre, su marido le pidiera lo mismo por el bien de la estabilidad familiar, a lo mejor lográbamos nuestro objetivo.

Jeff estaba atónito con lo manipulador que era ese tío y con lo poco que quería a su hija:

—¿Nuestro objetivo? Disculpe, pero entre mis objetivos no está hundir la vida de Gwen.

—¡Se la vas a hundir si permites que se lleguen a publicar esos libros! —le gritó—. Además, ¿de qué vas? ¿De amantísimo esposo? ¡Por favor! Yo conozco muy bien a los de tu calaña. Y sé que dentro de muy poco te cansarás de mi hija, si es que no lo has hecho ya y tienes un buen puñado de amantes con las que te solazas...

Jeff, que no pensaba dejar pasar esa ofensa, repuso para que le quedara bien claro:

—¡Usted no me conoce de nada! Pero yo sí que tengo elementos de sobra para deducir que es

un padre de mierda.

—¡No seas soez, muchacho! —le reprendió con esa prepotencia suya.

—No lo soy. Tan solo me limito a definirlo. No me ha dejado opción a pensar otra cosa de usted. ¿Cree que un buen padre se comporta como usted lo hace con Gwen?

—Por supuesto que sí. Tanto su madre como yo la hemos educado con rigor y severidad para que haga lo correcto.

—¿Y lo correcto es que haga lo que ustedes desean?

—Es lo mejor para ella —dijo el señor Harper, apretando fuerte la pluma que tenía en la mano.

—No, perdone. Es lo mejor para ustedes. Es lo que les interesa, tener a su hija cerca, a su merced y sometida, para manejarla como una marioneta. Pero les ha salido mal el plan. Aunque lleven toda la vida reprimiéndola para que se someta y obedezca, para que no pueda desarrollar su talento y su vocación y para que en definitiva sea una desgraciada, no han logrado su objetivo. ¿Saben por qué? Porque Gwen es la mujer más fuerte y vehemente que conozco y no ha dejado nunca de luchar por sus sueños. Ustedes le impidieron hacer lo que más quería, pero ella no tiró nunca la toalla. Escribió y escribió a escondidas y nunca se rindió. Siguió peleando duro y hoy tiene su recompensa. Y solo es el comienzo. Gwen es una gran escritora y con su talento y tesón va a llegar muy lejos. ¡A ver si se enteran de una vez y empiezan a asumirlo! —habló Jeff con una mezcla de rabia hacia esos padres tan horribles y también sintiendo una admiración muy grande por Gwen.

Pero al señor Harper las palabras de Jeff lejos de tocarle algo la fibra, le hicieron muchísima gracia:

—Jajajajaja. Esto solo puede ser un chiste. ¡Mi hija no tiene más futuro que junto a nosotros y trabajando a mi lado!

—¡La han tenido muchos años a su lado y lo único que han hecho es intentar asfixiar su talento y no dejarla ser! Y han sido capaces de llegar tan lejos que poco a poco han ido sitiándola hasta dejarla sin un solo céntimo. ¿Cómo pudieron ser tan crueles? No tuvieron bastante con amargarle la vida impidiendo que pudiera desarrollar de una forma sana su vocación y su talento, sino que después de obligarla a estudiar una carrera que detestaba y a vivir de un modo que no deseaba, tuvieron la sangre fría de cortarle el grifo y dejarla sin nada —le reprochó Jeff que tras la conversación con el señor Harper entendía mucho mejor que nunca a Gwen. Y la compadecía.

—¡Actuamos como unos padres sensatos y lo volveríamos a hacer! Claro que lo que jamás imaginamos era que tú fueras a cruzarte en su camino. Esa boda fue un jarro de agua fría. Mi hija ha perdido la cabeza por ti. Dice que eres un gran hombre. Pobre criatura, sabe tan poco de la vida... Por eso no vamos a parar hasta que nuestra Gwen vuelva a casa con nosotros. Con los que la queremos de verdad —aseguró el señor Harper, en un tono afectado que Jeff encontró repugnante.

—Ustedes no quieren a Gwen. Cuando uno quiere a alguien le da la libertad para que sea lo que quiera ser y le apoya para que sea su mejor versión. Ustedes jamás han hecho eso con ella. Al contrario, lo único que han hecho desde que era una cría ha sido anularla, silenciarla, censurarla y manipularla para que sea lo que ustedes quieren que sea. Mejor dicho, lo que les interesa que sea para que siga con el negocio familiar, para que se case con alguien que encaje en ese mundo clasista y tradicional en el que viven. Pero les ha salido mal la jugada, porque afortunadamente Gwen no se parece en nada a ustedes. A ella las convenciones, la tradición y toda esa basura le importa un bledo, y no se rige más que por su corazón.

—¡Y ya veo adónde le ha llevado guiarse por su corazón! ¡A casarse con un tío que salió del hoyo y que hace unos meses estaba con cuatro golfas metido en un *jacuzzi*! ¿Pero a quién vas a engañar Jeff Bristol?

—Yo no estaba saliendo con su hija cuando sucedió aquello. Era soltero y libre. Imagino que usted antes de casarse con su esposa no era un santo. Y ahora tal vez tampoco lo sea... ¿No dicen que *el ladrón cree que son todos de su condición*?

—No te voy a permitir que me hables así. ¡No sigas por ahí porque no imaginas lo que es tenerme de enemigo!

Jeff, que en la vida había permitido que nadie le amenazara, repuso:

—Puedo hacerme una idea. Pero solo espero que no se le ocurra hacernos daño, ni a su hija ni a mí. ¡Porque los que hemos salido del hoyo y sobrevivimos sabemos defendernos como nadie! —le advirtió Jeff, y no era en vano. Llevaba pasado tanto en la vida que no iba a permitir que nadie le arrebatara todo lo que había logrado con tanto esfuerzo y sobre todo lo que no iba a consentir era que lastimara a Gwen.

—Pues si tanto te importa mi hija, debes impedir que cometa el despropósito de que la publiquen. Y hacerle entender que... —insistió el señor Harper, pero Jeff ya sí que no pudo más y le cortó.

—¡No gaste más saliva, señor Harper! Porque solo voy a hacer lo que ustedes deberían haber hecho desde el principio: apoyar a Gwen para que logre su sueño y para que sea feliz. De mí no espere nunca otra cosa. Y ahora si me disculpa, tengo que colgar, porque necesito hablar con su hija.

Capítulo 16

Y eso fue lo que hizo, en cuanto colgó se plantó frente a la puerta de la habitación de Gwen a la que llamó con los nudillos.

Ella, convencida de que era alguien del servicio para tratar alguna cuestión del día a día, le pidió que pasara y él entró.

Ni que decir tiene que la sorpresa de Gwen al comprobar quién acababa de entrar a su habitación fue mayúscula.

De hecho, era la primera vez que Jeff pisaba su habitación en su presencia y se quedó perpleja:

—Jeff... —musitó, tras levantarse del escritorio donde llevaba un buen rato trabajando.

—No hace falta que te levantes. Seré muy rápido —dijo Jeff en un tono neutro que a ella le puso un tanto ansiosa.

Porque Gwen no sabía por dónde iba a salir, si venía en son de paz o si estaba a punto de estallar la tormenta perfecta.

—Pues tú dirás —repuso Gwen, expectante.

Jeff entonces sonrió, ella se calmó bastante y él confesó:

—Acabo de recibir una llamada de tu padre en la que me ha contado que una editorial quiere publicarte una saga y solo quería que supieras que me ha hecho muy feliz la noticia. Venía a darte mi más sincera enhorabuena...

Gwen le devolvió la sonrisa, pero le inquietaba muchísimo esa llamada de su padre:

—Muchas gracias. Estoy feliz con la noticia, porque al fin voy a poder hacer mi sueño realidad. Lo que lamento es que te hayas enterado por mi padre cuya llamada la verdad es que me mosquea bastante.

Jeff se puso serio, apretó las mandíbulas y solo pudo ser sincero:

—Lo entiendo. Porque la conversación con él no ha podido ser más desagradable. Me ha llamado para comunicarme la noticia y pedirme que presione a la editorial para que no publiquen tu obra.

Gwen se llevó la mano al pecho del dolor, ya que tristemente su padre siempre acababa sorprendiéndole para mal.

Cuando creía que no iba ser capaz de llegar más lejos con su severidad y autoritarismo, le sorprendía una vez más:

—Hace dos días recibí la noticia y cometí el error de contarle lo de la publicación. Le llamé feliz pensando que iba a alegrarse de que por fin iba a tomar las riendas de mi vida, pero sigue en sus trece. A él mi felicidad le importa un bledo, lo único que quiere es que regrese a casa y que

me incorpore a trabajar en su bufete.

—Y para lograr su objetivo está dispuesto a todo. Ha ofrecido dinero a tu editora y como no ha aceptado, me ha pedido que les presione...

Gwen se llevó las manos a la cara, puesto que era duro aceptar que un padre pudiera hacer algo así:

—¿Hasta cuándo mi familia me va a seguir fastidiando la vida?

Jeff lamentó muchísimo que Gwen estuviera pasando por eso, le parecía tan injusto y tan cruel que se sintió en la necesidad de confesarle algo:

—Ha habido un momento en la conversación en que tu padre me ha amenazado, me ha pedido que siguiera sus planes o le iba a tener de enemigo y yo no me he callado. Le he advertido también que como se le ocurra hacernos daño, pero sobre todo a ti: voy a plantarle cara como el perro callejero que soy.

Gwen se retiró las manos de la cara y dedujo porque de su padre no podía esperar otra cosa:

—Imagino que también te habrá pedido que te divorcies de mí.

—Ellos creen que has perdido la cabeza por mí. Él dice que te parezco un gran hombre, pero porque no tienes experiencia en la vida. Así que ellos te van a hacer un favor y van a hacer todo lo posible para que vuelvas a casa, con los que te quieren de verdad.

Gwen, sintiendo que todo era una locura y con los ojos llenos de lágrimas, masculló:

—¿Cuándo acabará esta pesadilla? ¿Y cuándo se darán cuenta de que así no se quiere?

A Jeff le entraron unas ganas infinitas de abrazarla para reconfortarla y para que supiera que él la entendía, pero las reprimió y le habló:

—Es que eso es lo que le he dicho a tu padre, que cuando se quiere se deja al otro que sea libre y se le apoya para que consiga sus sueños y su felicidad. No se le manipula, se le ningunea, se le invisibiliza, se le extorsiona... Mira, Gwen, cuando tuvimos aquella discusión...

Gwen le interrumpió porque aquello ya era agua pasada y no conducía a ningún sitio volver a recordarlo:

—Olvídalo. Eso ya queda atrás...

Jeff le clavó la mirada y replicó con el corazón en la mano:

—Pero me gustaría que quedara atrás, después de aclarar algo. Y es que tenías razón. Estos meses he podido meditar mucho, pero la conversación que acabo de tener con tu padre me ha hecho percatarme realmente de todo. Y tengo que decirte que tenías razón cuando me dijiste que yo te odiaba porque tenías algo que yo no tenía.

Gwen, emocionada y gratamente sorprendida por tener esa conversación que no esperaba, repuso:

—Esa noche no estuvimos acertados ninguno de los dos.

—Pero es que tú dijiste la pura verdad. Mi madre me abandonó, crecí entre casas de acogida

donde lo pasé fatal, donde fui maltratado, donde jamás recibí amor y yo en cuanto te conocí te odié porque pensé que tú lo tenías todo. Creí que eras una chica feliz, que crecía en un entorno seguro y confiable, donde recibías amor a raudales y donde jamás sabrías lo que es el hambre, el frío o la soledad.

—No hay que fiarse nunca de las apariencias —le recordó Gwen.

—En estos meses he empezado a darme cuenta de muchas cosas, y la conversación con tu padre ha acabado de convencerme de que siempre te he prejuzgado. Tú no eres la chica frívola y caprichosa que yo detestaba porque habías tenido una vida regalada que ni valorabas. Tú eres una chica sensible y talentosa que ha crecido en un entorno cruel y frío en el que jamás te han dejado ser, donde nunca te han apoyado, ni han confiado ni creído en ti. Si bien, con todo, no has dejado de luchar duro por tus sueños, con una fortaleza y un tesón a prueba de bombas y por fin la vida te está premiando con lo que mereces. Así que perdóname por las cosas que te dije y mi más sincera enhorabuena por tu éxito.

Gwen con los ojos llenos de lágrimas, agradeció con una sonrisa las palabras sentidas de Jeff y también confesó:

—Gracias por alegrarte por mí, gracias por haber hecho el esfuerzo de entenderme y yo también te pido perdón porque tú tenías razón en lo que me dijiste aquel día. Es cierto que yo te detesté desde el primer momento en que te conocí porque eras libre, descarado, valiente, luchador y no te escondías. Querías ser futbolista y lo gritabas a los cuatro vientos. No tenías que ocultarte como yo para poder ser tú mismo. Tú eras justo como yo quería ser y por eso te odiaba.

—Tú eras así, Gwen. Lo que sucedió fue que tus padres te reprimieron severamente. Creciste en un entorno asfixiante y autoritario del que es muy difícil salir. Tu padre es un hombre despótico y poderoso...

—Y mi madre es como él, nunca tuve un apoyo en ella. Al contrario, siempre se puso del lado de él. Y, desde que tengo uso de razón, han querido controlarme y dirigirme la vida, buscando lo mejor para mí. Pero...

—Realmente lo que buscan es lo mejor para ellos. No piensan en tu felicidad, sino en la suya propia. Y eso no es amor. Y así se lo he hecho saber a tu padre...

Gwen ya sí que no pudo más, se tapó la cara con las manos otra vez para que él no la viera llorar y Jeff no se controló y se acercó a ella:

—Tranquila, preciosa. Perdona por lo de preciosa, no lo digo para fastidiarte, es que me sale solo, pero...

Gwen se destapó las manos y le dijo para que se quedara tranquilo:

—No me importa que me llames preciosa. De hecho, siempre me ha gustado. Pero como te odiaba...

Jeff cogió un paquete de clínex que ella tenía sobre el escritorio, sacó un pañuelo, se lo tendió

y reconoció:

—Si supieras cuánto te admiro... Cada día despierto y lo primero que hago es contemplar a través de la ventana cómo ya estás trabajando duro. Y me inspiras tanto, eres tal ejemplo que solo quiero darte todo y me esfuerzo al máximo, como jamás lo hecho.

Gwen se enjugó las lágrimas y sonrió porque a ella le pasaba exactamente lo mismo con él:

—Me temo que a mí me pasa lo mismo. Y que sepas que cuando le dije a mi padre el otro día que eres una gran persona, no era por exigencias del guion, es lo que pienso. Eres muy grande, Jeff Bristol. Y te confieso que te admiro y que te respeto profundamente.

—El espíritu navideño que flota en el aire también debe ayudar para que pienses así —dijo Jeff, para destensar un poco y hacerla reír.

A Gwen le hizo gracia el comentario, pero quiso que supiera:

—Pensaré así siempre, sea la estación que sea. Y en cuanto al espíritu navideño no es que tenga mucho. Es más, pensaba pasar las Navidades en Nueva York, pero con todo esto que ha ocurrido con mi padre la verdad es que se me han quitado las ganas.

—Yo voy a pasarlas aquí, he invitado a Vivian y a tu hermano que también estaban sin planes y...

—Max no me ha dicho nada... —comentó Gwen sorprendida.

—Lo hablamos hace un par de días, estábamos en una conversación a tres. Tu hermano comentó que no le apetecía viajar al Caribe donde nos habían invitado unos amigos, Vivian dijo que ella tampoco tenía ganas de viajar con su familia a Canadá y yo entonces les propuse que pasáramos los tres las fiestas en París. Y les pareció una buena idea. Así que si te quieres apuntar...

Gwen asintió porque realmente le apetecía pasar esas fechas en París con las personas que sí que eran de verdad su familia. Incluido Jeff...

Quién se lo iba a decir, pero se había comportado con ella como si fuera de su familia.

—Claro que me apunto. La Navidad hay que pasarla con los que te importan de verdad y a los que importamos de verdad. Por lo que es aquí donde debo estar...

Max sintió que le daba un vuelco al corazón al escuchar aquello y replicó tremendamente feliz:

—En unos días es Nochebuena y aún no he puesto ni el árbol. En realidad, jamás lo pongo. Las Navidades nunca han sido unas fechas que me gusten mucho...

—Pero esta es diferente. Estás en París, juegas en el club de tus sueños...

—Y tú la vas a pasar conmigo —le interrumpió Jeff—. ¡Eso se merece un árbol y que pongamos esta jodida mansión a reventar de decoración navideña!

Gwen se echó a reír y pensó que esas Navidades, después de todo, iban a ser tremendamente especiales...

Capítulo 17

Tras esa conversación tan sincera, en la que los dos hablaron por primera vez como adultos, y sin dejarse llevar por prejuicios o temores, las cosas cambiaron entre ellos dos.

A partir de ese momento, comenzaron a convivir en la casa no como dos esposos, pero sí como dos amigos bien avenidos, que lo mismo iban juntos a comprar adornos navideños que compartían cualquier cosa improvisada de cena mientras veían una serie en la televisión.

Y la cosa fluía tanto entre ellos que, cuando un reportero les cazó saliendo de un supermercado, muertos de risa, tras hacer una compra enorme para esos días navideños, el comentario de todo el mundo fue unánime: *los Bristol estaban cada día más enamorados*.

Ellos se partían de risa con los comentarios de la prensa, que hablaban por hablar como siempre.

Lo importante era que ellos habían logrado lo que parecía imposible. Habían conseguido dejar atrás las rencillas del pasado y estaban empezando a ser buenos amigos.

Y eso era tan alucinante que ambos estaban muy felices con el progreso que habían hecho.

Y se les notaba tanto que cuando el día veinticuatro de diciembre llegaron a la mansión Vivian y Max, ambos se quedaron sorprendidos del buen entendimiento que había entre ellos que hasta llevaban el mismo jersey de ciervos:

—¡No me lo puedo creer! Los Bristol en unión y armonía dándonos la bienvenida al hogar... —exclamó Max con guasa, en cuanto estos abrieron la puerta de la mansión para recibirlos con una sonrisa enorme.

Todos rompieron a reír, se saludaron con cariño y luego Gwen cogiendo divertida a Jeff por el hombro les contó:

—Estamos orgullosos de poder decir que hemos logrado ser amigos.

A lo que Max replicó sin dejar de pasmarse con la tremenda decoración navideña de la casa:

—Es que para montar esta descomunal feria que tenéis en casa con tanta lucecita y tanto adorno, os tenéis que haber hecho amigos por narices.

—Poner el árbol solo nos tomó siete horas, Jeff se empeñó en traer el abeto más gigante... —confesó Gwen que la verdad fue que se lo pasó en grande decorando la casa.

Jeff miró a Gwen con cariño y algo más y replicó con sinceridad absoluta:

—Para mí es un lujo poder compartir mi vida con Gwen. Resulta que, tras años de creer que era mi tocapelotas favorita, estoy descubriendo que somos más parecidos de lo que pensaba. ¡Y hasta nos hemos hecho una maratón con una serie romántica!

Todos estallaron en risas y Max replicó feliz de verlos así:

—Y has logrado que mi hermanita pise la cocina. Cuando me ha contado que acababa de meter el pavo en el horno no daba crédito...

Gwen negó con la cabeza y se apresuró a aclarar:

—La cocina sigue sin gustarme, pero hacer de pinche de Jeff es la cosa más divertida del mundo. ¡No sabía yo que se podía reír una tanto cocinando!

—Y Jeff además es un gran cocinero. Todos los platos que he probado suyos están deliciosos —comentó Vivian.

—Me ha dado tiempo a probar alguna cosa y le he dicho que podría meterse a chef perfectamente cuando deje el deporte —dijo Gwen mirándole con admiración absoluta.

—¡Ni se te ocurra hablar de dejar el deporte que mi representado aún tiene muchos años de carrera por delante! —comentó Max, risueño.

Jeff, entonces, agarró una bolsa de papel roja, y les propuso con una sonrisa enorme:

—Mejor dejemos de hablar de trabajo y centrémonos en lo importante. Aquí tenéis vuestros respectivos jerséis horteros navideños, con unos ciervos que dan grima, para que paséis una Navidad como Dios manda.

Max cogió el jersey, que no podía ser más feo, se lo puso muerto de risa y lo mismo hizo Vivian.

Luego se hicieron una selfi los cuatro, sin parar de reír, y Jeff la subió a sus redes sociales para desear una feliz Navidad al mundo en nombre de los Bristol.

Luego, decidieron ir a almorzar fuera, después estuvieron patinando sobre hielo en una pista pública, aunque Jeff lo tuviera prohibido por contrato.

Pero ese día tan especial no podía dejar a Gwen que era tan romántica sin ese momento mágico, por eso le pidió a su representante:

—Hemos pasado unos meses muy complicados tu hermana y yo, como bien sabes, pero ahora todo va como la seda y nos merecemos este momento. Vamos camuflados con gorros con pompón y gafas extragrandes, es imposible que nos reconozca nadie. Y yo voy a ser muy cauteloso... Nada de triples mortales, ni de emular a campeones olímpicos

A Max le pareció un despropósito, pero luego pensó que era una auténtica crueldad dejar a su hermana sin patinar de la mano de ese hombre al que miraba embelesada, aunque insistiera en que era solo su amigo.

Así que no solo aceptó, sino que él también terminó patinando de la mano de Vivian y fue una jodida maravilla.

Porque no solo era la primera vez que tomaba la mano de ella, sino que sintió tantas cosas que prefirió ni pensarlo, al sentir un vértigo tremendo.

Un vértigo parecido al de Vivian que no pudo evitar que dos lágrimas enormes le recorrieran el rostro cuando agarró la mano del hombre al que amaba.

Y ya de vuelta a la mansión, se prepararon para disfrutar de la más maravillosa Nochebuena de sus vidas, ya que eso fue lo que sucedió.

La noche no pudo ser más mágica, entre platos deliciosos, confidencias, risas, copas, villancicos y baile...

Porque estuvieron bailando como locos hasta que no pudieron más y cayeron muertos de risa en los sofás.

Luego, Jeff se puso a tocar al piano el *All I want for Christmas is you* y Max lo cantó a grito pelado...

—Jeff toca el piano de fábula, pero tu hermano más que cantar berrea... —dijo Vivian llorando de risa.

Y Gwen además de reír estaba flipando porque no tenía ni idea de que Jeff tocara así de bien.

Y, acto seguido, las chicas, que estaban sentadas frente a ellos, para no dejarles solos, comenzaron a cantar también y así estuvieron, hasta que ellas se levantaron a por más champán.

Entonces, Vivian le preguntó a su amiga algo que llevaba deseando preguntarle desde que había llegado a París y había visto el rollo que se traían:

—Ahora que por fin estamos a solas, puedes decírmelo tranquilamente. ¡Estáis juntos! ¡Os habéis enamorado de verdad!

Gwen soltó una carcajada, negó con la cabeza y le confesó:

—Sé que parecemos un matrimonio de veinte años, pero te juro que no estamos juntos. Hemos pasado unos meses horribles, Vivian. En la casa nos evitábamos todo el tiempo, no nos dirigíamos la palabra más que en los eventos a los que había que asistir por obligación y fingir...

—Pero fingís tan bien —replicó Vivian, tras dar un sorbo a su copa de champán.

—Yo ya tengo plan B: si dejo la literatura, podría meterme a actriz perfectamente.

—Pero ya no finges, ahora hay un buen rollo entre vosotros alucinante.

—Eso fue desde hace solo unos días. Mi padre llamó a Jeff para que presionara a la editorial para que no me publicaran...

—¡No me fastidies que se atrevió a proponerle eso! —musitó Vivian que no daba crédito.

—Mi padre es lo peor y Jeff no solo dio la cara por mí, sino que empezó a entender muchas cosas. Me pidió disculpas por haberme prejuzgado y me confesó lo mucho que me admiraba. Como yo a él, y desde entonces hemos firmado la paz y estamos sentando las bases de esta amistad.

Vivian abrió los ojos como platos porque durante la cena las miradas que se habían cruzado eran delatoras:

—¿Amistad? Perdona, pero cuando os miráis saltan tales chispas que un día os va a salir ardiendo la casa.

—Jajajajaja. ¡Qué exagerada! ¿Y vosotros qué? Porque también os echáis unas miraditas que

para qué.

Vivian volvió a beber de su copa y, perpleja por lo que estaba escuchando, repuso:

—¿Tú crees? En nuestro caso te digo que no hay nada de nada. Ni soy el tipo de tu hermano, ni cree en el amor.

—¡Tú eres una chica preciosa y mi hermano siente por ti! ¡Te lo digo yo que le conozco como si le hubiera parido! Y tú por él...

Vivian le miró con los ojos llenos de lágrimas y le suplicó a Gwen:

—No me gusta hablar de este tema porque me duele demasiado. Pero te confesaré, amiga, y te ruego que me guardes el secreto de por vida, que estoy enamorada de tu hermano desde el primer día que le vi y que le amo con todo mi corazón. Y ahora que estamos de confesiones, tú, ¿qué sientes realmente por Jeff?

Gwen dio un sorbo a su copa y no pudo responder nada porque, de repente, escuchó a Jeff gritar:

—¡Chicas, venid! ¡Está nevando!

Capítulo 18

Nevó tanto en un instante, que decidieron ponerse los abrigos y las bufandas y salieron al jardín a lanzarse bolas de nieve.

Luego, agotados, Vivian y Max se fueron sus respectivas habitaciones a darse un baño caliente y meterse en la cama a dormir y Gwen y Jeff prefirieron, en cambio, quedarse un rato secándose frente a la chimenea y charlar un poco más con una buena taza de chocolate caliente en las manos.

—Gracias por esta noche —dijo Jeff, sentado junto a ella sobre una alfombra maravillosa de pelo, frente al fuego.

Gwen le miró feliz y replicó mientras las luces de colores del árbol y la decoración navideña hacían que la atmósfera de esa mansión, que hasta entonces había encontrado muy fría, tuviera un auténtico sabor de hogar:

—Gracias a ti por todo. No exagero si te digo que esta ha sido la mejor Navidad de mi vida.

Jeff sintió un mariposeo en el estómago, sonrió y reconoció encantado:

—Y de la mía. Fíjate que me están entrando ganas de dejar la decoración navideña hasta abril o mayo...

—Jajajajaja. Yo te agradezco muchísimo que me hayas dejado decorar la casa a mi gusto, es la primera vez que lo hago. Mis padres son muy austeros y jamás me dejaron poner ni una guirnalda. Y mejor ni te cuento cómo son las Navidades en casa...

—Me puedo hacer una idea...

—Por eso desde que Max se fue de casa, empecé a pasarlas con él. Quien, por cierto, tampoco me dejó nunca decorar su casa.

Jeff sonrió y no pudo evitar evocar aquellos días en que su vida era tan diferente:

—Aún recuerdo la primera Navidad que pasamos juntos en casa de tu hermano. Te negaste hasta chocar tu copa con la mía en el brindis...

—En venganza porque yo llevaba un vestido plateado maravilloso y tú lo primero que me preguntaste al verme fue que si iba disfrazada de arenque.

Los dos se echaron a reír, porque lo más sano a esas alturas era tomárselo de esa manera:

—Ese era mi yo del pasado. Esta noche no te he soltado ninguna impertinencia, es más, te repito lo que te he dicho en cuanto has aparecido en el salón: estás guapísima esta noche. Pareces una diosa.

Gwen llevaba un vestido de lentejuelas dorado, entallado, largo y con un hombro al aire que se había comprado en Nueva York hacía meses para una noche muy especial. Y, sin duda, esa lo

era...

—Tú también estás muy guapo con ese esmoquin. Creo que ya te lo he dicho... ¿dos veces?
—preguntó Gwen, divertida.

—Puedes repetirlo las veces que te plazcan, ya sabes que soy un creído —repuso Jeff con sorna.

—Eso no te lo voy a repetir, pero sí que tengo que decirte que me ha sorprendido que toques el piano.

Jeff la miró extrañado y le preguntó porque era algo evidente:

—¿Y para qué si no iba a tener un piano en el salón?

—Te juro que pensé que era decorativo o que si lo tenías ahí era para que lo tocaran otros en las fiestas.

Jeff apretó las mandíbulas, negó con la cabeza y le contó:

—Aunque te parezca un rústico y un salvaje, tengo algo de sensibilidad y siempre quise aprender a tocar el piano.

Gwen puso una cara muy graciosa y matizó risueña:

—No pienso eso de ti. Ahora te veo con otros ojos, pero tampoco te vengas demasiado arriba. ¿Eh?

—Yo también te veo de otra manera, y bromas aparte, te confesaré que en cuanto gané suficiente como para comprarme una casa donde meter un piano como este, me hice con uno y empecé a aprender por mi cuenta. Soy autodidacta. Como paso muchas horas muertas en hoteles, concentraciones, viajando y también en casa, me cunde bastante el tiempo. Y hago cosas como leer mucho o aprender a tocar el piano.

Gwen dio un sorbo a su taza de chocolate, que ya se había enfriado lo suficiente, y comentó:

—Eres una caja de sorpresas. Y el chocolate está delicioso...

Jeff también lo probó y le dijo tras saborear esa exquisitez:

—Me alegra que tengamos otra cosa en común. Adoro el chocolate. No lo puedo tomar porque tengo que seguir una dieta estricta, pero esta noche haremos una locura más.

Gwen entornó los ojos divertida y cómplice y afirmó:

—Tranquilo que será nuestro secreto. No pienso decirle nada a mi hermano.

—Tu hermano está muy raro. Me ha dejado patinar, comer como un cerdo, jugar bajo la nieve... Él jamás me deja hacer nada de eso, pero como está Vivian...

Gwen abrió los ojos como platos, puesto que tenía que tirarle de la lengua como fuera:

—¿Él te ha comentado algo de que esté pillado por Vivian?

—No. Tu hermano es muy reservado con esas cosas. Pero yo pienso que le gusta Vivian y lo de esta noche ha acabado por confirmármelo. ¡Parecía otro!

—¡Y se ha pasado la noche entera mirándola embobado! ¿Tú te has dado cuenta?

Jeff negó con la cabeza y luego se percató de que Gwen, tras dar otro sorbo, se había manchado un poco la comisura izquierda de chocolate:

—Yo no me he percatado de nada porque no tenía ojos más que para ti.

Y tras decir esto, acercó el dedo índice a la comisura de la boca jugosa de Gwen, retiró el chocolate y ella inquirió:

—¿Me he manchado mucho?

—Un poco —dijo Jeff con los restos de chocolate en el dedo.

—A ver...

Jeff le mostró el dedo y luego le preguntó en un tono que no pudo resultar más *sexy* y con esa mirada suya de diablo:

—¿Lo quieres?

Jeff acercó el dedo a la boca de Gwen de broma, pero lo que él no podía figurarse era que ella fuera a atraparlo y a chuparlo con tanta sensualidad que creyó que no iba a poder resistirlo.

—*Mmmm*. Está tan bueno —musitó Gwen tras introducirse el dedo entero en la boca y lamerlo con tanta sensualidad que Jeff se puso malísimo.

Y no pensaba quedarse ahí, ni iba a reprimirse, ni iba a contener sus ganas.

Esa noche no.

Ya se había reprimido demasiado y estaba harta.

Ahora le tocaba gozar, disfrutar, dejarse llevar...

Y Jeff, encantado...

—¡Madre del amor hermoso! En la vida me ha puesto nadie la polla tan dura con solo chupetearme un dedo.

Gwen soltó una carcajada porque, aunque Jeff hubiera cambiado en algunas cosas, en otras seguía exactamente igual:

—Ya veo que en eso sigues siendo idéntico a tú yo del pasado.

Jeff se pasó la mano por la cara, se encogió de hombros y rectificó:

—Es que tú haces magia conmigo, preciosa. Esto suena más fino, ¿no te parece?

—Jajajajaja. Habla como te dé la gana, Jeff —dijo Gwen, que metió un dedo en la taza de chocolate y le untó los labios con una sensualidad brutal.

—Esto que estás haciendo es... —murmuró Jeff con unas ganas infinitas de quitarle la ropa y follarla hasta que no hubiera un mañana.

Gwen no le dejó terminar la frase, porque se acercó a él y le limpió la boca a lametazo limpio.

Luego, ávida de todo, le agarró por la nuca y le besó salvaje, hundiendo bien la lengua, mordisqueándole, provocándole, volviéndole absolutamente loco.

—Te juro que es la primera vez que me pongo así con una taza de chocolate... —reconoció Gwen divertida, con los labios pegados a los de él.

—Sabe el chocolate tan rico en tu lengua...

Gwen le miró con los ojos cargados de deseo y susurró:

—A mí me gustaría untártelo en otro sitio...

Y ni corta ni perezosa descendió con una mano hasta la entrepierna durísima que apretó hasta hacerle gemir.

Luego, le desabrochó el pantalón, le bajó la cremallera, liberó la erección y sobre ella vertió un poco de chocolate.

Jeff la miró y solo pudo mascullar ansioso por sentir cómo la boca de Gwen le engullía entero:

—Dime que de verdad esto está pasando...

Gwen se agachó, lamió sensual todo el chocolate y le aseguró con los ojos brillantes:

—Y solo es el principio...

Capítulo 19

Jeff sabía que sus invitados estaban en la otra ala y que era imposible que aparecieran por ahí, si bien con todo prefirió la intimidad de un buen dormitorio:

—Soy un tío morbosos, pero no me pondría nada que apareciera tu hermano de repente. Así que mejor vayamos a tu habitación a hacer que se cumplan tus más húmedas fantasías...

—¿Cómo? —preguntó Gwen pestañeando muy deprisa.

—Seguro que más de una noche has fantaseado con que te follo en tu cama...

—Jajajajajaja. ¡Te equivocas!

Jeff puso una cara muy graciosa y replicó tras resoplar:

—Vale. Soy un vanidoso, un cerdo, un cretino, un...

—Cuando te digo que te equivocas es porque no he dejado de fantasear con estar en tus brazos ¡ni un solo día! —explicó Gwen, divertida.

—¡No me jodas, Gwen! ¿No me vacilas?

Ella negó con la cabeza y a él le faltó tiempo para cogerla en volandas y llevarla escaleras arriba hasta la habitación de Gwen donde Jeff se quitó toda la ropa.

Y ya desnudo, ella se arrodilló frente a él y siguió por donde lo había dejado en el salón.

Tomó esa dureza enorme en su boca, poco a poco, aceptando cada vez más y más, en tanto que él le agarraba la melena y le acariciaba la nuca. Y así estuvieron, hasta que sintió que las mandíbulas de ella cedieron lo suficiente y, entonces, fue él quien marcó el ritmo de las penetraciones.

Y se hundió y se hundió, en la boca jugosa de Gwen que se lo hacía como nadie.

Era generosa, disfrutaba, quería más y más y él se lo dio. Comenzó a aumentar el ritmo, a hacerlo más duro, más contundente, más profundo y él sintió que no iba a poder aguantar mucho más.

Se sentía tan desbordado por el placer, lo sentía tan inminente que le dijo:

—Apártate, preciosa, sino quieres que te llene la boca de leche.

Pero Gwen no se apartó, porque lo quería todo, lo necesitaba todo, ansiaba hasta la última gota.

Y aquel gesto a Jeff le erotizó tanto que solo tuvo que empujar dos veces contra esa boca que era insaciable para que un chorro abundante, espeso y líquido impactara contra lo más profundo de la garganta de Gwen, que lo aceptó todo mirándole con una mezcla de deseo y ternura que a él le desarmó.

Porque en la vida le habían mirado de esa forma, porque jamás nadie se había entregado así a

él, dándolo todo.

Y no solo la piel...

A lo mejor era un estúpido por pensar aquello, pero él había sentido que Gwen estaba entregándose en cuerpo y alma a él.

Y la forma en que le había mirado cuando habían acabado desde luego que para él era inequívoca.

Porque jamás le había mirado nadie así...

Con algo que debía parecerse mucho al amor.

O al menos esa era la película que él se estaba montando en la cabeza.

Pero prefirió no decir nada y hacer lo que llevaba toda la noche deseando.

Y, sin demorarlo más, la agarró de la mano, la levantó, la besó en la boca profundo, hundiendo bien la lengua y desabrochándole al mismo tiempo el vestido que cayó a plomo al suelo.

Luego, le retiró con la boca las pezoneras, le mordisqueó sensual los pezones que estaban durísimos para él y finalmente le bajó las braguitas.

Después, la cogió en brazos, la dejó sobre la cama, le abrió las piernas, le devoró el sexo y lamió hasta el último de sus recovecos.

Gwen gritó, enterró los dedos en el cabello de Jeff y disfrutó de ese placer infinito que ese hombre le estaba regalando a manos llenas.

Y así estuvo Jeff hasta que sintió el clítoris tan duro que solo tuvo que estimularlo un poco para arrancarle un orgasmo que la hizo estremecerse entera.

Acto seguido, cuando Gwen aún estaba sintiendo esos espasmos, Jeff le pidió que se pusiera bocabajo.

Ella lo hizo excitadísima y él introdujo un dedo en la otra estrechez, sobre la que previamente había derramado un buen chorro de lubricante.

—Todavía siento tu orgasmo, preciosa. ¿Te correrías otra vez para mí?

A Gwen le erotizó tanto que le tocara en ese lugar que nadie antes había explorado que se sintió capaz de todo.

—Es la primera vez que... —confesó Gwen, en tanto que Jeff comenzaba a penetrar su estrechez.

—Si no te agrada...

Gwen, que por nada del mundo quería que terminara con esa sensación tan electrizante, le suplicó:

—Sigue...

Jeff cumplió sus deseos y poco fue abriéndola hasta que sintió que podía aceptar más y entonces empezó a penetrarla con dos dedos.

Gwen clavó las uñas en las sábanas y aceptó todo eso y todo lo que Jeff quisiera darle...

—Eres maravillosa, Gwen. Te abres a mí como nadie...

Gwen gozó de ese placer que estaba más allá de todo lo que había sentido y llegó un punto en que necesitó más. Le necesitó a él...

—Ahora tú, Jeff. Te necesito ahora a ti. Dentro...

Gwen entonces se puso a gatas y le volvió a suplicar que se lo hiciera.

Jeff se puso detrás de ella, embadurnó su miembro de lubricante, lo colocó en la entrada de la estrechez y empujó un poco, solo para complacerla a ella:

—Aquí me tienes, preciosa. Siénteme...

Gwen gritó al sentir que esa invasión enorme la partía en dos:

—Dios mío, Jeff...

Jeff deslizó una mano hasta el clítoris y comenzó a golpetearlo mientras le decía a Gwen:

—Apenas he entrado en ti, ahora voy a hacerlo un poco más... Pero lo mejor es que vayamos trabajando la zona poco a poco. No quiero que te duela, quiero que sea algo que disfrutes...

Gwen agradecía que fuera tan cuidadoso con ella, pero quería aceptarle entero:

—No importa que duela. Quiero tenerte entero dentro. Quiero que me lo hagas así. Quiero que seas el primero.

Jeff se deslizó un poco más dentro de ella y, tras estimular el clítoris y sentirlo a punto de estallar, se hundió entero.

Gwen arqueó la espalda, gritó, chilló, lloró y entonces Jeff la penetró despacio unas cuantas veces.

Lento, profundo, mientras que con una mano pellizcaba sutil los pezones duros y con la otra amasaba la vulva chorreante.

Y Gwen gemía, sollozaba, pedía más, suplicaba que no parase, aunque no sabía si iba a ser capaz de resistir mucho más.

Porque aquello era algo que no se parecía a nada, era tan intenso, tan potente, tan brutal que sintió que iba a correrse otra vez.

Y Jeff lo sintió, notó que el clítoris estaba ya tan duro, tan preparado para otro orgasmo, que lo golpeteó fuerte con la palma de la mano y ella estalló en un orgasmo que los dejó a los dos estremecidos.

—Cómo me aprietas preciosa. Me absorbes como nadie. Vas a sacarlo todo otra vez. Todo...

Porque ella le apretaba con tanta fuerza, Jeff sentía ese orgasmo con tantísima intensidad que notó de repente cómo una corriente tremenda de placer le envolvía entero y solo tuvo que empujar un par de veces para correrse otra vez dentro de ella.

Y sin que absolutamente nada los separara...

Habían sido ella y él, piel con piel, fluido con fluido, mezclados y fundidos.

Y es que para los dos la sensación había sido algo más que física.

No en vano, cuando Gwen le escuchó gruñir con el orgasmo y luego sintió cómo su esencia se desbordaba dentro de ella, tuvo la certeza de que se habían fusionado a un nivel que iba más allá de lo carnal.

Y a él le pasó lo mismo, tras correrse como nunca dentro de ella, como jamás lo había hecho dentro de nadie.

Y ya exhaustos, se tumbaron el uno al lado del otro y se quedaron mirándose alucinados:

—Para mí es mi primera vez, también —reconoció Jeff—. Es la primera vez que me corro sin condón dentro de una mujer.

—Yo jamás pensé que haría algo así, nunca me ha llamado la atención, pero contigo ha sido...

Jeff temiendo que Gwen no hubiera quedado satisfecha se justificó:

—He sido cuidadoso porque no quería lastimarte. He ido despacio y...

Si bien Gwen sonrió, le besó dulce en los labios y replicó:

—Ha sido perfecto. Tan perfecto que para mí esta será siempre mi primera vez...

Jeff, sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho, replicó:

—Y para mí también, preciosa. Jamás voy a olvidar esta Navidad...

Gwen, con un mariposeo tremendo en el estómago, replicó:

—Ni yo, Jeff. Ni yo.

Capítulo 20

A la mañana siguiente, se entregaron los regalos de Navidad y Jeff sintió por primera vez en su vida que tenía una familia.

Aunque las semanas que vinieron después, la relación con Gwen fuera como de dos amigos que comparten casa y que también comparten colchón cada noche.

Porque a partir de esa noche tan explosiva, empezaron a compartir cama ya fuera en la habitación de Gwen o en la de él.

Según les pillara...

Y en cuanto a todo lo demás, lo cierto era que la convivencia era una delicia y hacían todo lo que podían juntos.

Las comidas, los maratones de series, las compras al supermercado, los paseos por el Sena, los eventos, las fiestas, los espectáculos...

Y en esos acontecimientos públicos además ya no tenían que fingir nada, tan solo se tenían que limitar a mostrarse tal y como eran y todo el mundo pensaba igual.

Por eso siempre era el mismo pie de página de todas las fotografías que les hacían los chicos de la prensa: «Los Bristol cada día más enamorados...».

Era algo que estaba en boca de todos, menos en la de ellos que se negaban a poner nombre a eso que estaban viviendo.

Preferían dejarse fluir y nada más...

Al menos así fue hasta que llegó la primavera y aquello se les fue de las manos.

Concretamente, fue Gwen la que no pudo contener más lo que estaba sintiendo y la que provocó que todo diera un giro radical.

Sucedió que, a principios de abril, cuando además el equipo de Jeff lideraba todas las competiciones en las que participaba, el primer libro de la saga de Gwen salió a la luz.

Se pensó mucho si publicaba o no con seudónimo, sobre todo para no molestar a sus padres ni para que pudieran reprocharle que quería aprovecharse de ser la esposa de quien era.

Pero fue el mismo Jeff el que la convenció de que tenía que publicar con su nombre, un atardecer que paseaban por los Campos Elíseos de la mano, como dos enamorados más:

—Es tu sueño, preciosa. Llevas toda la vida soñando con ser escritora. Si publicas con seudónimo, no podrás ir a firmas ni a presentaciones, tendrás que estar siempre en las sombras y ¿no crees que ya has estado demasiado tiempo? Y en cuanto a lo que digan los demás, no te preocupes: tu talento será el que hable. Y con tus padres ¿no te parece que va siendo hora de que asuman que tienen una hija escritora?

Y ese día fue cuando Gwen se convenció de que Jeff tenía razón, de que era cierto que llevaba demasiado tiempo escondiéndose y que había llegado el momento de reivindicarse y que todo el mundo supiera que era escritora y que firmaba con el nombre de Gwen Harper.

Su nombre de soltera y el nombre con el que había firmado todos sus textos desde que era una cría.

—¿Tú crees que levantará alguna sospecha que firme con mi nombre de soltera? —le preguntó Gwen esa misma tarde en la que hablaron del asunto.

—En absoluto. Me parece que es algo que todo el mundo va a entender. Es feminista. Es una forma de empoderarte y de decir: «aquí estoy yo». Esto es lo que hago, con mi talento, con mi esfuerzo, con mi trabajo. Así que no te preocupes por eso, Gwen. Además, se nos ve tan felices siempre que nadie va a sospechar nada. Al revés, pensarán que somos la bomba: talentosos, abiertos, modernos...

Los dos se echaron a reír y Gwen publicó definitivamente con su nombre de soltera.

Y cómo no, quién estuvo sentado en primera fila el día de la presentación del libro de Gwen, fue su marido de pega que la miraba con una cara de rendida admiración que no pasó inadvertida.

—Tío, ¿tú estás colgadísimo de mi hermana? ¿Has visto la cara de bobo que tienes? —le preguntó Max, en cuanto se sentó al lado de él.

Max iba junto a Vivian y entre ellos había tanta complicidad que Jeff le replicó con guasa:

—Me parece que no soy el único que tiene esa cara, así que tú preocúpate de lo tuyo.

—Jajajajaja. ¿Yo? Tú ya sabes que el amor no va conmigo. No tengo tiempo más que para el trabajo... —le recordó Max.

Y Vivian resopló porque estaba tan harta de escuchar aquello...

Pero no dijo nada, y se limitó a aplaudir a rabiar porque en ese justo instante salió Gwen al estrado.

Y estaba más bella que nunca, puesto que tenía tal ilusión y tal fuerza en la mirada que Jeff solo pudo sentir un orgullo y admiración tremendas.

Luego, su editora la presentó, habló de la novela cuyas galeradas Jeff había leído unas cuantas veces y le encantaba, y, a continuación, Gwen tomó la palabra.

Se la veía nerviosa, pero feliz porque era consciente de que era uno de los días más importantes de su vida.

Para la ocasión se había puesto un vestido azul entallado corto que resaltaba su bonita figura y unos tacones de vértigo que le hacían las piernas infinitas.

Y sí, la moda le seguía gustando muchísimo, pero ahora que podía encerrarse en una habitación a escribir y a escribir a sus anchas, lo de las compras había quedado relegado a un pequeñísimo plano.

Y en cuanto al pelo lo llevaba suelto y además lucía un maquillaje sutil que le daba un aspecto de lo más natural y fresco.

Y ya cuando todos esperaban expectantes a que hablara, ella se puso más nerviosa aún, si bien miró a Jeff para que le infundiera ánimos.

Él le guiñó un ojo y se llevó la mano al corazón en un gesto que a Gwen le derritió.

Luego, buscó con la mirada a Max y a Vivian que pusieron los pulgares para arriba y ella se sintió tan segura y confiada de saber que siempre los tendría que tomó aire y comenzó a hablar:

—Estimados amigos: Muchísimas gracias por acompañarme en este día tan especial para mí. Como todos sabéis, hoy presento mi primera novela y hago realidad un sueño que tengo desde que de niña escribía escondida en un armario. En mi casa eso de escribir novelas nunca estuvo bien visto y mucho menos si eran de amor. Mis padres lo consideraban una pérdida de tiempo y jamás me apoyaron ni me estimularon a que siguiera con mi vocación. Al contrario, se empeñaron en que estudiara Derecho y eso fue lo que hice. Sin embargo, terminé mi carrera con brillantes calificaciones y no me incorporé al bufete de abogados de mi padre, que era lo que se esperaba de mí. Yo no quería ser abogada, así que lo que hice fue seguir escribiendo y escribiendo a escondidas, hasta que Jeff Bristol volvió a aparecer en mi vida.

Jeff que estaba muy emocionado escuchándola, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas cuando escuchó su nombre y le musitó:

—Eres la mejor.

Gwen sonrió, se emocionó mucho de ver a Jeff al borde de las lágrimas, bebió un poco de agua y siguió:

—Conocía a Jeff desde que apareció junto a mi hermano, cuando apenas tenía dieciséis años. Los mismos que yo... Y nos caímos fatal por culpa de los malditos prejuicios que hicieron que no nos viéramos tal y como éramos. Una pena. Pero no quiero hablar de esa época, sino de esta... Porque Jeff y yo después de un montón de avatares, logramos un día vernos tal y como somos y nos dimos cuenta al momento de que juntos hacíamos el mejor equipo. Él saca lo mejor de mí y él dice que yo hago lo mismo con él. Yo lo que sé es que desde que está en mi vida, no tengo que esconderme para escribir. Al contrario, tengo mi propia habitación, luminosa y grande, en la que he podido dar rienda por primera vez, sin ninguna cortapisa, a mi imaginación y el resultado es este libro que hoy presento. Por eso, en esta presentación, me gustaría agradecerle a Jeff Bristol todo su apoyo y cariño durante estos duros meses de trabajo porque sin él no habría podido conseguirlo. También me gustaría darle las gracias a mi hermano Max que siempre cuida de mí y a mi amiga Vivian que es como otra hermana para mí. Y, por supuesto, también quiero agradecerle a la editorial y a mi maravillosa editora que hayan confiado en mí, su apuesta tan fuerte por mi obra y todo el trabajo tan exquisito de edición de mi novela. Una novela de amor de la que me siento muy orgullosa, y ¿saben por qué? Porque, aunque muchos se empeñen en decir

que este es un género menor, no lo es. Porque no hay nada más grande que el amor. El amor es lo que le da sentido a todo. Lo que de verdad importa. Y contar una historia de amor con todos sus matices y lograr que los lectores suspiren de emoción, como si ellos estuvieran viviéndola en primera persona, es un reto tan difícil y apasionante que no conozco nada que merezca más la pena. Por eso me dedico a escribir historias de amor como esta que presento hoy, una historia de dos personas muy diferentes que tendrán que vencer muchísimos obstáculos para poder alcanzar el mejor premio que nos puede conceder la vida y que no es otro que el del amor. Ojalá que la disfruten tanto como yo la disfruté escribiéndola y ya solo me queda reiterarles mi gratitud por estar esta noche conmigo y desearles muchísimo amor a todos...

Capítulo 21

Tras la presentación que fue muy aplaudida y en la que Jeff tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no echarse a llorar a moco tendido, tuvo lugar la firma de ejemplares en la que Gwen perdió la cuenta de los libros que firmó.

Y mucho tuvo que ver en esa excelente acogida que su editora hubiera movido la novela entre las revistas y los sitios de Internet especializados en romántica unas semanas antes de que saliera y que hubiera tenido la suerte de recibir buenísimas críticas y reseñas que habían hecho que se generara esa gran expectación.

En fin, que Gwen estaba feliz y sin poder creérselo aún se fue a celebrar el exitazo al mejor restaurante de París con su editora, Vivian, Max y Jeff.

Y luego, después de los postres, brindaron con champán y todos le desearon muchísimos éxitos más en el futuro.

Pero nadie estaba tan feliz y ni tan orgulloso como Jeff que le dijo cuando llegaron a casa y por fin se quedaron a solas:

—He debido de pasarme el día con una sonrisa de bobo tremenda, pero es que no imaginas lo que me alegro por tu éxito.

Gwen se acercó a él, que estaba en el salón de pie junto al piano, le rodeó la nuca con las manos y, con los ojos muy brillantes, replicó:

—Sí que puedo imaginarlo, porque a mí se me pone la misma sonrisa en la cara cuando admiro tus éxitos. Y te agradezco tanto tu apoyo que de verdad que lo que he dicho en la presentación es cierto: sin ti nada habría sido posible.

Jeff, ansioso por hundirse dentro de ella, la agarró por las caderas, la estrechó contra él y negó con la cabeza:

—No me debes nada. Eres tú la que has logrado todo con tu talento y tu esfuerzo. Esto se habría producido igual sin mí...

Esa era su opinión, sin embargo, Gwen tenía otra muy diferente:

—Gracias a ti no solo he tenido la posibilidad de dedicarme a tiempo completo a la escritura, sino que también tú has sido una gran inspiración y un gran ejemplo para entregarme a fondo a mi vocación. Así que sí, Jeff Bristol, este éxito es también tuyo. Y, por cierto, que sepas que he recibido un adelanto bastante importante y que pienso devolverte el dinero aquel que...

Jeff se acercó al cuello dulce de Gwen, le dio un mordisquito y replicó:

—Ese dinero era parte del contrato. Es tuyo. Ni se te ocurra devolvérmelo.

Gwen soltó un gemido de placer, luego se clavaron las miradas y le aseguró:

—Pero eso fue al principio, cuando nos odiábamos. Ahora hemos pasado a otra etapa y tengo que devolverte la cantidad obscena de dinero que te pedí para tocarte las narices. Es la única manera de sentirme bien.

Jeff la besó en los labios, se encogió de hombros y le dijo:

—Olvídate de eso, preciosa. No tienes que devolverme nada. Y yo no estuve a la altura. Todavía no me perdono lo que pasó en nuestra noche de bodas...

Gwen suspiró, le besó en los labios y le susurró con ganas de todo:

—Lo mismo te digo. Olvídalo. Es lo que he dicho en mi presentación, los prejuicios nos impedían vernos como somos y, afortunadamente, ya hemos superado eso.

—Ha sido una presentación maravillosa y merece un premio. ¿No crees? —masculló Jeff, agarrándola por el culo y pegándola más a él para que notara su dureza.

Gwen puso los ojos en blanco al sentirle preparado para ella, se mordió los labios y respondió:

—Tú también te mereces un premio por cómo eres conmigo...

Jeff dio un lametazo a los labios, coló una mano por debajo del vestido, metió un par de dedos por dentro de las braguitas y la sintió tan húmeda y lista para él que musitó:

—Ah, ¿sí?

Gwen asintió, le besó en la boca, pero esta vez el beso fue mucho más intenso, largo y salvaje.

Muy salvaje. Les volvió tan locos que Jeff no pudo resistirse a romperle las braguitas y ella a desabrocharle los pantalones y liberar la erección que apretó hasta hacerle jadear de placer.

Luego, Jeff se quitó la chaqueta, sacó un condón de la cartera, lo abrió, se lo puso y miró a Gwen con esa mirada suya de depredador hambriento que a ella la hizo estremecer.

Y se besaron otra vez, se enredaron las lenguas ávidas de todo, se mordisquearon, se lamieron y cuando ya no pudieron más, Jeff la cogió de las caderas y la levantó.

Gwen, entonces, lanzó con sendos puntapiés los zapatos al aire, rodeó el cuerpo fuerte y duro con las piernas y él la llevó así contra la pared del fondo.

Una vez allí, colocó el miembro enorme en la entrada húmeda de Gwen y se enterró entero apoyando la frente en la de ella.

—¡Dios! —farfulló Gwen, mirándole desbordada por esa sensación tan potente de estar llena como nunca.

Porque eso era lo que hacía Jeff cada vez que se amaban, la llenaba como nadie y no solo era algo físico. Jeff llenaba también todos esos espacios de su alma que nadie había sabido cubrir.

—Llevo toda la noche fantaseando con hacértelo así, empostrándote contra la pared hasta que corras exhausta gritando mi nombre.

Gwen se excitó muchísimo más todavía al escuchar aquello y entonces él empezó a empujar fuerte y sin contemplaciones. Como sabía que ella se lo estaba pidiendo con la mirada anhelante, deseosa de que se lo diera todo...

Y se lo dio.

La penetró duro, mientras Gwen gemía y gemía suplicándole que no parara, que se lo siguiera haciendo así, que la hiciera sentir que iba a partirse, a quebrarse, a romperse...

Necesitaba sentir precisamente eso, que él estaba ahí, para darle eso y más, para darle todo lo que su deseo le estaba pidiendo y él le estaba entregando como jamás nadie se lo había dado.

Y así estuvieron hasta que, de la fricción de los sexos, ella sintió que ya no podía más y Jeff igual.

Y entonces sucedió que, de pronto, los dos juntos y sintiendo exactamente lo mismo, sucumbieron a un orgasmo brutal, desbordante y explosivo que les hizo estallar de placer gritando sus nombres.

Luego, jadeantes y temblorosos, se quedaron mirándose y Gwen sintió algo tan profundo y tan intenso que no se lo pudo callar.

Ya no.

Ya no pudo silenciar esas palabras que había tenido muchas veces desde hacía semanas en la punta de los labios.

Necesitaba sacarlas afuera porque era lo que tenía en el corazón y ya no tenía sentido ocultarlas más.

Y más después de la cosa tan mágica que acababa de suceder y después de esa noche tan importante para ella en la que había hecho su peculiar declaración de intenciones.

Y sí, creía en el amor... Por eso, sintiendo que acababan de fundirse a todos los niveles y que su corazón gritaba esas dos palabras, dijo:

—Te amo.

Jeff que no esperaba para nada esas palabras, a pesar de que él sentía de todo cuando lo hacía con ella, solo pudo farfullar muy ansioso:

—Joder, Gwen.

Gwen le besó suave en los labios, sonrió y replicó en un tono muy dulce:

—Es lo que siento. Es lo que siento en mi corazón. Es lo que llevo un tiempo dejando que se quede atravesado en la garganta. Pero ya no puedo silenciarlo más, Jeff. Te amo. Y siento cosas por ti desde la primera vez que lo hicimos, para mí esto nunca ha sido sexo, para mí siempre ha sido algo más. Y ese algo más es amor...

Jeff con los ojos llenos de lágrimas porque es que no se lo creía, respondió perplejo:

—Pero no puedes sentir amor por mí. No puede ser...

Y muy nervioso, la dejó en el suelo con cuidado, se apartó un poco de ella, se revolvió el pelo con la mano y se quedó en silencio.

Gwen se encogió de hombros, se llevó la mano al corazón y habló:

—Ya sé que no estaba en el guion, que no debía enamorarme de ti. Pero estoy enamorada y te

quiero. Y es lo que hay.

Jeff bajó la vista al suelo sintiéndose fatal, negó con la cabeza y farfulló:

—No sé qué decir. Ni esperaba esto, ni estoy preparado para algo así. Perdóname, Gwen.

Gwen le miró con los ojos llenos de lágrimas y le pidió para que se relajara:

—Solo tienes que decir qué sientes. Es lo único que te pido.

Jeff sintiendo un bloqueo horrible, sintiendo que no estaba a la altura de lo que esa chica esperaba, sintiendo que jamás podría darle lo que ella merecía, solo pudo decir:

—Siento que nunca podré darte lo que necesitas y lo que mereces y pienso que lo mejor es que esto acabe aquí.

Gwen con dos lágrimas cayéndole por el rostro, y sin entender nada, exclamó:

—¡Pero tú sientes lo mismo que yo! Lo sé. ¡Sé que me amas! ¡Y no tienes por qué tener miedo!

Jeff agobiadísimo y sintiéndose lo peor, apretó fuerte las mandíbulas y con una rabia tremenda contra sí mismo, le exigió:

—Hazme caso, Gwen. Es mejor que no pasemos ciertas líneas.

Gwen se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y musitó sintiendo un dolor inmenso:

—Tú no eres un cobarde. No lo eres.

Jeff resopló, se apartó más todavía de ella, se quitó el condón, se fue a la cocina a tirarlo, luego regresó y le exigió:

—No sigas, por favor. No tiene sentido continuar con esto. Yo no puedo darte más que mi amistad. Continuemos siendo amigos...

—¿Amigos que cuando follan se dan la vida entera? ¿No te das cuenta que es absurdo? No podemos ser amigos cuando me importas como jamás me ha importado nadie, cuando no dejo de pensar en ti, cuando te pienso a todas horas, cuando te necesito, cuando no concibo la vida sin ti...

Jeff sintiendo cómo si tuviera una garra en la boca del estómago y sin poder creer que Gwen pudiera sentir tanto por él, se mordió los labios con fuerza y luego habló:

—Yo ya te he dicho lo que pienso, Gwen. La pelota está en tu tejado. Haz lo que estimes oportuno.

Gwen le miró con rabia y con pena, se puso el vestido, se calzó, agarró el bolso que había dejado sobre la mesa, se lo colgó y le dijo a Jeff:

—No me puedo quedar en tu casa en calidad de amiga, porque te amo, ¿me escuchas? ¡Te amo! Así que lo mejor es que me vaya... ¡Eso es lo que estimo que es más oportuno!

Gwen con dos lágrimas enormes recorriéndole el rostro, se dirigió hasta la puerta y cuando ya tenía la mano sobre el picaporte, él la agarró por el hombro y le pidió:

—No te vayas...

Gwen se dio la vuelta, con el corazón latiéndole a mil, y le preguntó deseando que hubiera recapacitado:

—¿Por qué?

Jeff la miró y sintió tantísimo vértigo que lo único que se le ocurrió responder fue:

—Espera a que llame a un taxi para que venga a recogerte...

Capítulo 22

Gwen ya no pudo aguantar más, se apartó de él, abrió la puerta y salió corriendo hasta que cayó desfallecida y llorando desconsolada junto a la carretera.

Allí sacó su teléfono móvil y llamó a Vivian sin apenas poder articular palabra:

—Vivian, disculpa que te moleste, pero es que estoy mal. ¿Puedo ir a tu hotel a pasar la noche contigo?

Vivian, que acababa de despertarse con la llamada, se incorporó en la cama muy preocupada y respondió:

—Claro que sí. ¿Pero qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy peor que nunca, pero no pasa nada. Tan solo necesito un sitio donde pasar la noche. No puedo quedarme ni un solo día más con Jeff.

A Vivian las palabras de Gwen más que tranquilizarle la pusieron más en alerta todavía:

—No entiendo nada. Si estabais tan bien, ¿habéis discutido?

Gwen se pidió un Uber mientras hablaba con su amiga y contestó:

—Te cuento cuando llegue, pero no ha sido una discusión. Lo que ha sucedido es que yo le he abierto mi corazón y él se ha cagado vivo. Eso es lo que ha pasado.

Vivian resopló, sintió muchísima lástima por ella y solo pudo replicar:

—Estoy harta de los tíos. ¿Habrá alguno normal en algún sitio?

A Gwen el comentario le hizo reír y luego colgó porque al momento apareció su Uber.

Gwen se subió al vehículo, le confirmó la dirección del hotel y se pasó todo el trayecto llorando sin parar.

Es que no podía hacer otra cosa, se sentía tan triste y tenía tanta frustración dentro que, cuando por fin llegó al hotel y Vivian le abrió la puerta, se abrazó a ella y rompió a llorar desconsolada.

—Llora, Gwen, sácalo todo...

Gwen lloró en los brazos de su amiga, luego esta le preparó dos infusiones y se sentaron en el sofá con vistas a la torre Eiffel con una pena parecida en la mirada:

—A ti te pasa algo también, Vivian. No creo que tengas esa cara de pena por solidaridad femenina.

Vivian dio un sorbo a su infusión, fijó la vista en la torre Eiffel y confesó:

—Creo que París tiene la culpa de todo, nos vuelve demasiado románticas y hace que esperemos cosas de personas que no pueden darnos nada.

—Pero es que Jeff sí que puede dármelo, yo sé que sí. Lo que pasa es que se no esperaba nada así y está aturdido, bloqueado, desbordado y luego es un terco de pelotas así que...

—No hablaba de Jeff sino de tu hermano —le interrumpió Vivian para aclarárselo—. Anoche fue todo muy especial, estábamos felices por tu éxito, y después de la cena tan divertida, nos volvimos caminando al hotel y sucedió que el escenario y la conversación se volvieron de lo más románticos. Hablamos de amor, hablamos de magia, hablamos de ese momento en el que dos personas se miran y ya no tienen que decirse nada porque lo saben todo. Y, entonces, nos quedamos mirando bajo la luz anaranjada de una farola, acercamos nuestros rostros y, cuando estábamos a punto de besarnos, tu hermano me hizo una maldita cobra.

Gwen que estaba escuchando el relato intrigada y aferrada a su taza, dio un respingo en la silla y exclamó:

—¡Cómo se atrevió a hacer semejante cosa!

A Vivian se le llenaron los ojos de lágrimas y con una mezcla de pena, rabia, frustración y dolor confesó:

—¿Tú sabes el tiempo que llevaba esperando ese momento? Porque te juro que nos miramos y había amor. Por mucho que diga tu hermano, yo sé que siente cosas por mí. Pero tras retirarme el rostro, me dijo lo de siempre, que el amor no es para él, que tiene cosas mucho más importantes a las que dedicarse y que lo mejor era que volviéramos al hotel, que ya estaba refrescando.

Gwen cogió un pañuelo de la caja que había junto a la mesita contigua, se lo tendió a su amiga y solo pudo farfullar:

—¡Qué asco, amiga! ¡Parece que los han cortado a todos con el mismo patrón!

—Jeff es diferente, puede ser que lo tuyo le pillara por sorpresa y esto solo sea una reacción desafortunada del momento. Pero sé que reflexionará y...

Gwen tenía tan claro lo que iba a pasar que replicó sintiéndose tan mal como su amiga:

—Lo tiene todo muy pensado y lo que desea es que sigamos siendo amigos. Mejor dicho, *follamigos*. Porque quiere seguir teniéndome en su cama, conviviendo como si fuéramos dos compañeros de piso, sin más implicaciones ni compromisos.

Vivian dio un sorbo a su taza y, a pesar de lo que le estaba contando su amiga, había cosas que no encajaban:

—Desde que está contigo no ha vuelto a liarla parda, no ha salido de fiesta más que contigo, no se le conocen amantes, ni nada parecido. Y no será porque no tiene tentaciones. Quiero decir que te es fiel, que está contigo a muerte y que no sé qué más implicación y compromiso quieres que ese.

A Gwen se le llenaron los ojos de lágrimas de solo recordar el momento y le contó:

—Quiero que después de hacerlo de la forma más intensa que puedas imaginar, que después de correrlos a la vez, y de sentir la misma fusión perfecta en la que te disuelves y eres uno, yo le pueda decir que le amo y él no salga corriendo.

Vivian que no daba crédito, la miró perpleja y preguntó:

—¡No me fastidies! ¿Te ha hecho eso?

—No ha salido corriendo de forma literal, pero sí metafórica porque lo que ha hecho es decirme que no se esperaba que le confesara que le amo, que no está preparado, que no puede darme lo que yo espero de él y que lo mejor es que no crucemos más líneas y nos quedemos así, como amigos.

Vivian dio otro sorbo a su taza, apretó con cariño la mano de su amiga que estaba otra vez llorando, y dijo:

—Es todo tan absurdo. ¿Cómo que no puede darte lo que tú esperas, si ya te lo está dando? Quiero decir que vivís juntos, os apoyáis, os importáis, os cuidáis...

—Y él lleva dándome más de lo que me dio nadie desde el primer día. La noche de bodas fue el mejor polvo de mi vida hasta ese momento. Y yo te juro que en la mirada de Jeff había algo que era mucho más que deseo. Yo vi muchas más cosas, pero es que después he sentido que me decía que me amaba con cada beso y cada caricia. Esas cosas se saben... Tengo edad suficiente como para saber distinguir lo que es un simple polvo, de algo que es mucho más. Y cada vez que lo hacíamos los dos nos dábamos la vida entera. Por eso esta noche, que para mí ha sido tan especial, he decidido no callarme más y le he abierto mi corazón. También por una cuestión de coherencia, Vivian, no puedo estar gritando a los cuatro vientos que el amor es lo mejor del mundo, que soy escritora romántica porque el amor es lo que le da sentido a todo y yo estar tragándome los «te amo». ¡Me niego! No quiero volver a esconder nada más en mi vida. Ni mi vocación, ni mis historias, ni mis «te amo». Así que se lo he soltado tal y como lo sentía y se ha cortocircuitado entero.

Vivian no pudo evitar echarse a reír, porque los hombres parecía que venían de serie con fobia a los asuntos del corazón:

—Cómo son los hombres... Aunque en el caso de Jeff yo creo que lo que le ha pasado es que de verdad no se cree que tú puedas haberte enamorado de él. Creo que jamás nadie lo ha hecho... Quiero decir que sí, que ahora las mujeres pierden la cabeza por el deportista de éxito, pero tú le amas a todo él. Tú le conoces mejor que nadie, desde que tu hermano le cogió para su agencia cuando no tenía nada más que ambición y talento, que no era poco, pero no tenía un céntimo en el bolsillo. Tú conoces bien su sufrimiento, lo que padeció para salir de ese horror en el que estaba, en fin... Tú no solo amas el brillo de la fama y el éxito, tú amas a Jeff con todo y eso es algo que a él le ha dejado completamente desubicado. Porque debe ser la primera vez que debe sentirse amado de verdad, incondicionalmente, y con la vida que ha tenido, le debe costar mucho aceptar que haya alguien que esté ahí para él.

Gwen sintió un nudo en el estómago horrible, pues lo que estaba diciendo su amiga tenía mucho sentido, pero ella no podía quedarse junto a él a esperar a que se percatara de que estaba ahí para amarle:

—Puede ser, pero no puedo seguir viviendo con él. No puedo seguir a su lado, esperando a que asimile que mi amor es verdadero. Prefiero alejarme, dejar que recapacite y esperar a que el tiempo lo ponga todo en su sitio.

Vivian apuró su taza entendiendo a su amiga perfectamente porque ella también había tomado una determinación esa noche:

—Pues yo también he tomado una decisión esta noche. Amo a tu hermano con todo mi corazón, pero ya no puedo esperarle más. Tengo treinta y cuatro años, quiero formar una familia y no puedo dejar que sigan pasando los años. Así que me rindo... Como pueda, me iré sacando a Max Harper del corazón y te prometo que voy a ser feliz, jodidamente feliz.

Gwen se levantó a por una botella de champán que estaba en un enfriador, mientras le decía a su amiga:

—Mi hermano es idiota. Estoy segura de que te ama, de que siente lo mismo que tú por él, pero vive volcado en el maldito trabajo que le tiene obsesionado. Y eso es culpa de mi padre, y no te digo esto para que le disculpes, porque lo de mi hermano no tiene nombre. Si bien por culpa de papá está obsesionado con ser el mejor, con llegar a lo más alto y considera que todo lo que no sea trabajar duro son distracciones. A mí, por ejemplo, siempre que le llamo está loco por colgarme porque todo el rato tiene la sensación de que lo que no sea trabajo le hace perder el tiempo. Y así no se puede vivir. Todos necesitamos familia, amigos, amor, afectos... Y ¿sabes qué es lo que va a pasar? Que al final se va a quedar más solo que la una y entonces vendrán los arrepentimientos. Pero entiendo que te hayas hartado de él y que empieces a pensar en ti. No puedes pasarte la vida entera esperando a que se decida... Aunque ya te digo que, como este te viera con otro, espabilaría —aseguró Gwen tras abrir la botella de champán.

Vivian negó con la cabeza, pues estaba convencida de que con Max estaba ya todo perdido:

—Ni con esas. Te digo yo que ni con esas...

Gwen llenó las copas de champán, le tendió la suya a su amiga y luego dijo:

—¿Sabes qué te digo? ¡Que se vayan a la porra!

—¡Pues sí! —exclamó Vivian alzando su copa y entonces se le ocurrió algo—: ¿Y qué te parece si te vienes a vivir a Londres conmigo y nos olvidamos de que existen estos dos?

Gwen, que no esperaba terminar la noche de ese modo, sonrió, levantó su copa y exclamó:

—Jajajajaja. ¡Me parece perfecto! ¡Brindemos por ello!

Y las dos amigas brindaron, bebieron y se echaron a reír a pesar de todo...

Capítulo 23

Después de ese día, Gwen acordó con Vivian que lo único que le contarían a su hermano era que ella estaba bien, en un lugar tranquilo y seguro, y nada más.

Gwen necesitaba que la dejaran tranquila, escribiendo y centrada en lo suyo, tanto su hermano como sobre todo Jeff, al que había bloqueado en todas partes.

Y, claro, los dos estaban desesperados, porque pasaron cuatro semanas y los dos seguían sin saber dónde diablos estaba Gwen.

Por eso, una mañana de primeros de mayo, Max entró en el despacho de su asistente, harto de evasivas y le exigió:

—No sé a qué está jugando mi hermana, pero esto tiene que terminar de una vez. Tiene que llamar a Jeff...

—Pues que espere sentado... —repuso Vivian, flemática.

Max no entendía lo que estaba pasando entre su hermana y Jeff, pero había algo muy importante que estaba en juego:

—¿No te das cuenta de que esta situación es grave? ¡Hace cuatro semanas que no se ve a los Bristol en público y en cualquier momento van a saltar las alarmas!

Vivian, toda digna, sin levantar la vista de la computadora, le replicó a su jefe:

—El público sabe que Gwen es escritora y todo el mundo entiende que necesita tiempo para escribir. Así que no te pongas histérico y déjame seguir trabajando.

Max apretó fuerte los puños, porque la frialdad que se gastaba Vivian con él últimamente le tenía desquiciado:

—No sé qué mosca te ha picado conmigo, pero no me gusta que estemos así.

Vivian le miró con el ceño fruncido, se encogió de hombros y replicó sabiendo perfectamente a lo que se refería:

—¿Así? ¿Cómo?

—Joder, Vivian, ya no eres la de antes. Ya no me mandas informes a las tantas de la noche de un sábado, ni te quedas trabajando conmigo hasta que se hace de noche...

Vivian sonrió, saboreando ese momento y le recordó por si no lo sabía:

—Ah, es eso... Pues sí, tengo una vida además de un trabajo. Y me estoy dedicando a eso, a vivir mi vida.

Max se apretó el puente de la nariz, ofuscado y repuso sorprendido:

—Tú eres como yo, para ti tu vida es el trabajo. Es algo que te llena, que te hace sentir plena, que te realiza, que...

Vivian negó con la cabeza y le explicó para que le quedara claro de una vez por todas:

—No era sana la vida que llevaba, Max. No se puede vivir solo para trabajar. Y he logrado salirme de ese círculo vicioso de trabajo y trabajo y estoy empezando a vivir de verdad. Ahora salgo, disfruto de la vida, me divierto y estoy conociendo a alguien...

Y no le estaba mintiendo, hacía tres semanas había conocido a un atractivo médico en una cafetería, de la forma más casual, sin pretender absolutamente nada. Resulta que, a la salida del café, a ella se le rompió el paraguas, él se ofreció para que se metiera debajo del suyo y juntos caminaron hasta la boca del metro. En el trayecto se cayeron bien, luego volvieron a reencontrarse en el mismo café días después y desde entonces estaban quedando para ir al cine o a tomar algo.

Noticia que Max recibió como si le dieran una patada en el estómago porque esperaba escuchar cualquier cosa menos esa.

Vivian no podía estar conociendo a nadie, Vivian era suya, Vivian era su Vivian. ¿Qué era eso de que estaba conociendo a alguien?

—¿En serio? Es que no entiendo nada. ¿Tú conociendo a alguien? —masculló perplejo, porque no daba crédito.

—¿Qué tiene de raro que esté conociendo a alguien? Tengo treinta y cuatro años y quiero tener una familia, con esposo, hijos, perros y gatos...

Max resopló, se aflojó el nudo de la corbata y musitó agobiado:

—Sí, claro, lo típico, pero tú eres joven, puedes postergarlo más todavía y dedicarte de pleno al trabajo. Un sector como el nuestro es muy exigente, hay que darlo todo...

—Te lo he dado todo y mucho más. Pero ya se acabó. A partir de ahora cumpliré con mi trabajo, de forma seria, profesional, eficaz y resolutiva. Y punto. Se acabó dedicarme 24 horas a la agencia, si tú quieres seguir así, como un maldito adicto al trabajo, perfecto, pero a mí no me vas a arrastrar más a esa locura.

Max la miró apenado, porque tenía muy claro que si había llegado tan lejos era gracias a ella, a su dedicación y su talento, y replicó:

—Si eso es lo que quieres, perfecto. Lo único que me importa es que sigas a mi lado, porque esto sin ti se va a la mierda.

A Vivian le gustó que le reconociera su trabajo, si bien volvió a insistir:

—Seguiré trabajando para la agencia, pero en las condiciones que te he expuesto. Y no hay vuelta atrás.

Max agradeció que quisiera seguir a su lado, pero había algo que le preocupaba, aunque claro que ella era libre de hacer lo que quisiera con su vida:

—¿Y con ese chico vas en serio?

—Nos estamos conociendo, ya te lo he dicho...

Como ella no habló de flechazo, ni de enamoramiento súbito ni de pamplinas por el estilo, respiró algo aliviado y solo pudo concluir que lo de esos dos sería algo pasajero, la típica ilusión primaveral, que con el cambio de estación pasaría.

Más que nada porque su Vivian no podía enamorarse de nadie, su Vivian tenía que estar siempre ahí para él y él para ella.

Era como un pacto tácito. Así había sido siempre y así iba a seguir siendo por mucho que ella dijera.

Por eso decidió dejar el tema y volver a lo que le había llevado a entrar a su despacho:

—Genial. ¿Y ahora me quieres explicar de una vez qué es lo que le pasa a mi hermana? ¿Por qué se niega a volver con Jeff?

Vivian pensó que Max no podía ser más torpe para las cosas de los afectos, no solo le parecía genial que ella estuviera conociendo a alguien, sino que encima todavía tenía que explicarle por qué su hermana había abandonado la casa de Jeff:

—¿Por qué va a ser? Porque se ha enamorado —respondió Vivian, porque era algo más que evidente.

Para todos menos para Max, que no se enteraba de nada y preguntó:

—¿Y de quién?

Vivian no pudo evitar soltar una carcajada porque su jefe siempre estaba a por uvas en asuntos de amor:

—¿De quién va a ser? ¡De Jeff!

Max la miró atónito, ya que para él era inconcebible que hubiera sucedido algo así:

—Pero esto se habló en su día y se dejó bien claro que no podían enamorarse. ¡El amor lo estropea todo! Como es evidente que así ha sucedido. ¿Y quién le manda a mi hermana enamorarse de Jeff?

A Vivian le parecía alucinante tener que explicarle a su jefe cosas tan básicas como esas, pero con todo respondió:

—¿Tú crees que hay alguien que pueda mandar en su corazón?

Max abrió los ojos como platos porque para él era obvio que se podían mantener a raya a los sentimientos:

—Yo lo hago. Decidí que lo primero era mi carrera profesional y me mantengo firme en mis posiciones —dijo con orgullo.

Si bien a Vivian no le hizo ninguna gracia esa respuesta y solo pudo replicar:

—Afortunadamente, tu hermana no es tan fría ni tan racional como tú, se ha enamorado y le ha confesado sus sentimientos a Jeff. ¿Eso no te lo ha contado él?

A Max no le gustó que le dijera que era poco menos que un tío sin corazón, porque lo tenía... Claro que lo tenía y por Vivian había sentido muchas cosas, pero su orden de prioridades estaba

tan claro que no la iba a pifiar como su hermana:

—Me contó que discutieron porque ella esperaba algo de él que Jeff no podía darle, pero no me especificó qué.

—¿Qué va a ser? A Jeff la declaración de tu hermana le abrumó por completo, puesto que ni lo esperaba ni se sentía preparado. Pero con todo él le pidió que se quedara en su casa como amigos y tu hermana se negó a ser solo amiga de él.

—¿Por qué no me habéis contado esto antes? Cada vez que hablo con mi hermana me responde con evasivas y tú otro tanto de lo mismo —le reprochó Max.

—Porque cada vez que nos preguntas siempre vas apurado de tiempo y a ti esto del amor te la bufa. Lo único que te importa es que vuelvan a hacer la pantomima del matrimonio feliz.

Max, que no quería pasar por un insensible, porque no lo era, repuso:

—No me la bufa que mi hermana y mi mejor amigo lo estén pasando fatal. Noto a Gwen, cada vez que hablo con ella por teléfono, que no está bien y Jeff está destrozado. Me pregunta a todas horas por Gwen, quiere saber cómo está y necesita hablar con ella porque tiene algo importante que decirle.

Vivian entornó los ojos, ya que lo que acababa de decir Max lo cambiaba todo:

—Haber empezado por ahí... Yo estaba convencida de que querías que tu hermana le llamara a Jeff con el fin de que regresara a París para que siguiera con el teatro.

—Me parece que de teatro ya hay poco, hace un rato Max me ha vuelto a llamar y se me ha puesto a llorar. Estaba roto. Dice que no puede vivir sin ella. Y que está arrepentidísimo de todo. Que, por favor, que necesita hablar con Gwen como sea... Por eso, me he plantado en tu despacho. Tenemos que hacer algo.

—¡Dios, Jeff Bristol se nos ha enamorado hasta las trancas!

—Joder, ¿tan fuerte es la cosa? ¡Mira que les dije que dejaran el maldito amor a un lado! —farfulló Max.

Vivian miró a su jefe, convencida de que no tenía remedio, y replicó:

—Tú opina de todo menos del amor, Max Harper, porque es que no tienes ni puñetera idea...

—Pero es que estos no pueden seguir así...

—¡Lo sé! Y lo vamos a arreglar, pero déjalo todo en mis manos.

Capítulo 24

Una semana después, Gwen estaba trabajando en las correcciones de las galeradas del segundo libro de la saga que estaba a punto de salir, pero le estaba costando mucho concentrarse.

El equipo de Jeff había llegado a la final de la Champions que se iba a celebrar en Londres y sabía que él había llegado a la ciudad el día anterior.

Es más, estaba alojado en un hotel que estaba a diez minutos andando de la casa de Vivian y la verdad era que estaba muy inquieta.

Por supuesto, que ni se le pasaba por la cabeza ir a verle, porque ella después de todo lo que había sucedido no iba a ir a buscarlo.

Pero le echaba tanto de menos que aquello estaba resultando un auténtico calvario.

No dejaba de pensar en él a todas horas, no dejaba de ver las fotos que se habían hecho juntos en sus días felices, ni de buscar noticias de él en los medios, ni de cotillearle el Instagram donde de vez en cuando él subía fotos de ambos juntos, como si fueran un matrimonio feliz.

Claro que eso no significaba nada, porque ella estaba convencida de que si lo subía era de cara a la galería, para seguir aparentando que eran los encantadores Bristol que estaban tan enamorados.

Y no porque la echara de menos tanto que era la forma de llamar su atención. Es más, ni siquiera lo pensó el día anterior cuando Jeff puso un corazón rojo como pie de foto, junto a la imagen donde salían ambos preparando en la cocina un postre, y manchados hasta las cejas de harina, en un día que ella no pudo reírse más.

Porque el corazón rojo seguro que formaba parte de la estrategia para seguir fingiendo que eran un matrimonio bien avenido.

Y no que la extrañara o mucho menos que la quisiera...

A esas alturas, ya tenía que estar tonteando por ahí discretamente con otra.

O con varias...

Si es que no se las habría metido ya en casa y habría vuelto a las andadas.

Pero vamos, que Gwen estaba convencida de que ya la había olvidado porque por el único canal que le había dejado abierto que era su hermano Max no había tenido más noticia que la exigencia para que volviera.

Y en calidad se suponía que de amiga y ella así no iba a volver.

A ella lo único que le habría hecho volver era que Jeff le hubiera confesado a su hermano que la amaba, que no podía vivir sin ella, que su vida era una puta mierda desde que ella se había ido de esa maldita mansión.

Al menos eso era lo que ella sentía y lo que había estado esperando escuchar durante esos días que habían estado separados.

Pero su hermano cada vez que la llamaba lo único que hacía era preguntarle qué cuando iba a volver y que había que seguir con la farsa.

Y no. Ella no estaba ya para farsas, ella lo único que estaba era para amar a ese hombre con todas sus ganas.

Si bien, a esas alturas, cada vez estaba más convencida de que eso no iba a suceder.

Jeff era demasiado orgulloso y demasiado terco y además estaba lleno de traumas por esa infancia terrible que había tenido.

Así que lo tenía fatal.

Y en días como ese, en el que le estaba resultando imposible concentrarse, pensaba que lo suyo era imposible.

Ya habían pasado cuatro semanas y eso era muchísimo tiempo. Y más para un jugador de fútbol guapo y exitoso que tenía tentaciones a raudales.

De hecho, Gwen estaba convencida de que seguro que se le habría cruzado alguna y Jeff habría caído en sus redes.

Así que poco más se podía hacer ya...

Ella desde luego que no podía sacárselo de la cabeza ni del corazón ni de ninguna parte.

Porque no paraba de pensarle, ni de extrañarle, ni de rezar para que Dios le iluminara y entrara en razón.

Así estaba de desesperada...

Había recurrido hasta la fe para que su hombre recapacitara y se diera cuenta de que ella estaba ahí para amarle.

Sin embargo, hasta el momento ni los rezos habían hecho efecto porque Jeff ni se había tomado la molestia de decirle a través de su hermano que la echaba de menos.

O ni siquiera había tenido el detalle de mandarle flores con una tarjeta de disculpa o algo parecido.

Nada.

Jeff parecía que seguía atrincherado en sus posiciones o lo que era peor, que ya la había olvidado, aunque el día anterior hubiera puesto un corazón rojo junto a una foto de ellos.

En fin.

Una pena.

Y encima empezó a llover...

Una lluvia que al momento se hizo tan copiosa que Gwen se tuvo que levantar a cerrar la ventana y entonces le vio.

A él.

Al mismismo Jeff Bristol frente a su ventana, con un ramo de flores en la mano, una caja de bombones en forma de corazón y un oso de peluche enorme.

Vamos, es que no le faltaba de nada...

Y Gwen no pudo evitar partirse de risa porque es que no podía ser.

Jeff no podía estar ahí por ella.

Es que era imposible.

Por eso se asomó a la ventana muerta de risa y le preguntó mientras él se mojaba bajo la lluvia intensísima:

—Jeff Bristol, ¿adónde vas? ¿Te has perdido?

Jeff al ver a Gwen asomarse a la ventana creyó que le iba a dar algo, porque encima estaba muerta de risa.

Joder.

Qué suerte tenía.

Esa chica era tan maravillosa que, después de todo lo mal que se había portado con ella, no le arrojaba un cubo con aceite hirviendo o algo parecido porque era lo que merecía.

—Vengo buscando a Gwen Harper. Así que no me he perdido. Estoy donde debo.

Gwen al escuchar aquello, sintió que le temblaba todo, y sin creer aún que eso estuviera pasando, preguntó:

—¿Estás seguro?

—¡Joder, Gwen! ¡Qué cosas tienes!

—¿Y eso que traes es para mí?

Jeff la vio poner una cara tan rara que se temió lo peor y replicó:

—Si te parece todo muy cursi, lo tiro a la basura y listo.

Gwen soltó una carcajada, negó con la cabeza y le gritó:

—¡Ni se te ocurra! Soy la tía más cursi del mundo.

—Hubiera traído más cosas, pero es que no me cabían en las manos. El oso este es la mar de aparatoso.

—Jajajajajajaja. Pero es tan romántico... —gritó Gwen que estaba que ni se lo creía.

—Si bajas, te lo doy. Y todo lo demás. Si quieres. Si no, no pasa nada. Entendería que...

—¡No voy a bajar! —le interrumpió Gwen.

Jeff que lo entendía perfectamente porque no se merecía otra cosa, replicó con la cara que era un poema:

—Lo entiendo. Sabía que esto podía pasar, pero tenía que intentarlo. Quiero que sepas que siento mucho todo lo que sucedió aquel día en que...

Gwen, que no estaba dispuesta a que todo el barrio se enterara de lo que sentía Jeff Bristol, le exigió:

—¡Sube a casa ahora mismo!

Jeff que ya lo daba todo por perdido, la miró alucinado, y replicó:

—¿Me estás pidiendo que suba a casa? ¿A tu casa?

—¡Sube de una vez que se va a poner mi oso de peluche perdido de agua! —le ordenó divertida.

Y Jeff que no entendía nada, pero le daba lo mismo pues lo único que quería era estar otra vez junto a Gwen, llamó al portero automático de la casa con el corazón que se le iba a salir por la boca, ella abrió y él subió los tres pisos con tanta urgencia que por poco no se cayó por las escaleras.

Pero al final llegó al rellano del tercer piso, Gwen abrió la puerta, le vio empapado de agua y con la lengua fuera, y solo pudo echarse a reír:

—¡Lo tuyo no es normal, Jeff Bristol!

Jeff lo primero en lo que se fijó fue en que ella seguía llevando la alianza de casada como él, se alegró muchísimo, le tendió el peluche, la caja de bombones en forma de corazón, las flores, la miró y solo pudo decir una cosa con los ojos llenos de lágrimas:

—Perdóname, por favor.

Gwen que aún no sabía si estaba soñando o aquello era realidad, aferrada a todos esos regalos que Jeff acababa de entregarle, y percatándose también de que él llevaba la alianza, se mordió los labios de la ansiedad y luego le pidió que pasara a casa con un gesto de la cabeza...

Capítulo 25

Ya en la casa, Gwen dejó las flores en un jarrón con agua y al oso de peluche sentado en el sofá, abrió la caja de bombones y le ofreció:

—¿Quieres?

Jeff sonrió porque el chocolate le traía buenos recuerdos y respondió:

—Mañana tengo el partido más importante y ya sabes que en el club me hacen seguir una dieta estricta.

Gwen cogió un bombón, se lo metió en la boca y poniendo cara de que estaba exquisito replicó:

—Perdona. No era mi intención tentarte...

Jeff miró a la boca jugosa de Gwen, luego a esos ojazos azules tan bravos, a su preciosa melena rubia, a su cuerpo menudo y respondió sin dudarlo:

—Lo tienes difícil porque siempre lo haces.

Y es que le ponía como nadie, a pesar de que estaba en mallas y con una sudadera de tres tallas más.

Gwen que estaba pensando lo mismo, porque Jeff estaba guapísimo con una camisa blanca y unos *jeans*, por poco no se atragantó con el bombón de lo *sexy* que sonó su voz, dejó la caja de bombones a un lado y le preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

Jeff negó con la cabeza, miró el salón pequeño, repleto de estanterías llenas de libros y respondió:

—No, gracias. Estoy bien. Ahora que sé dónde estás por fin estoy bien. Estas semanas han sido muy duras para mí. No he dejado de preguntar a tu hermano que dónde estabas. Te he imaginado en tantísimos sitios y al final resulta que estabas en el que era más lógico: junto a Vivian.

Gwen se acercó a Jeff y decidió ser igual de sincera que él:

—En cuanto salí de tu casa, la llamé y me fui a su hotel. Luego, nos volvimos juntas a Londres y desde entonces estoy instalada en su casa. Decidimos no decir nada a mi hermano hasta que tú no mostraras un interés verdadero por saber de mí.

Jeff la miró alucinado porque no había dejado de manifestar un interés verdadero por ella desde el primer momento que había abandonado su casa:

—¿Y qué te crees que he hecho, Gwen? No he dejado de preguntarle a tu hermano por ti, de decirle que no entendía nada, de rogarle que me dijera dónde estabas.

Gwen que sí que no entendía nada tampoco replicó sintiéndose cada vez peor:

—Mi hermano lo que hacía cuando me llamaba era echarme la bronca y recordarme que tenía un pacto, que tenía que regresar a casa a fingir que era una amantísima esposa. Pero en ningún momento me habló de que tú quisieras que volviera por otra razón que no fuera esa.

—Desde el primer día le dije que se me hacía insoportable estar en esa mansión tan enorme sin ti, que las paredes se me caían encima sin tu risa, sin los maratones de series, sin tus carreras por los pasillos y sin tu cuerpo ardiendo en mi cama. Esto último no se lo dije, pero es la pura verdad.

Gwen tragó saliva porque conocía a Jeff lo suficiente como para saber que estaba diciendo la verdad y porque lamentaba muchísimo que hubieran sufrido tanto:

—Aquel día, después de que te dijera lo que siento y tú replicaras que mejor que solo fuéramos amigos, me rompí, estaba triste, enfadada, rabiosa, ofuscada...

—Y me bloqueaste en absolutamente todo.

—Dejé un canal abierto que era mi hermano. Pero confiando en que no iba a ser un patán emocional —reconoció Gwen, que en ese momento entendió a Vivian mejor que nunca.

—Yo solo puedo decirte que no ha habido un solo día en que no te haya echado de menos, en que no le haya pedido a Max tu nueva dirección para hacer lo que estoy haciendo ahora y no para que cumplas con el contrato...

Gwen sintió que le daba un vuelco al corazón al escuchar aquello y siguió sincerándose:

—Pues eso no era lo que mi hermano no paraba de repetirme. Por lo que me he negado en rotundo a decirle donde estaba. Y Vivian igual... Aunque me temo que Vivian es la culpable de que estés aquí.

Jeff apretó fuerte las mandíbulas, asintió y le explicó sabiendo que lo único que podía hacer para que Gwen le entendiera era decir la verdad:

—Hace una semana me rompí. Me he pasado estos días intentando sobrellevar tu ausencia trabajando más duro todavía, dando hasta lo que no sabía que tenía, pero ni con esas he logrado librarme del dolor de tu ausencia. Al contrario, cada día es más grande y, como te digo, hace una semana hablando con tu hermano estallé en lágrimas. Lloré como jamás me había permitido, lloré como no lo hice de niño, lo saqué todo fuera y le dije a tu hermano que no podía más, que no vivir sin ti, que estaba arrepentido y que necesitaba hablar contigo como fuera. Y ahí fue cuando el cielo se abrió para mí, porque tu hermano se lo transmitió a Vivian, ella se percató de todo y me llamó.

Gwen, que no daba crédito porque Vivian no le había contado nada, replicó:

—Es la primera noticia que tengo de esto.

—Le pedí que no te dijera nada. Quería darte la sorpresa de venir a por ti con todas estas moñadas y pedirte el perdón más profundo y sincero. No imaginas cuánto me arrepiento de lo

que te dije aquella noche. Lo hice fatal y desde luego que lo he pagado bien caro.

Jeff bajó la vista al suelo, con el temor de que esas disculpas estuvieran llegando demasiado tarde, y Gwen que le temblaba todo dijo:

—No sé qué te habrá contado Vivian...

—Vivian me ha dicho que dejaste el canal de tu hermano abierto, pero que está un tanto escacharrado. Que a Max le cuesta pillar los matices de los asuntos del corazón y que tú estabas muy enfadada conmigo. Que te hice trizas el corazón aquella noche y que ni se me ocurriera volver a hacerte más daño en la vida.

Gwen sonrió porque Vivian una vez más se portaba con ella como la mejor amiga que podía tener y replicó:

—Mi hermano es un desastre para las emociones y Vivian es como mi hermana.

—Yo no podía abrirme con tu hermano más que lo justo. Se supone que no debíamos enamorarnos, que éramos un matrimonio de pega, que entre nosotros solo había buen rollo... Era complicado contarle a tu hermano lo que realmente me pasaba. Él no tenía ni idea de lo que sucedió esa noche. No me atrevía a decírselo, pero hace una semana me rompí y Vivian ya se dio cuenta de lo que pasaba. Me llamó. Le abrí mi corazón, lloré también con ella, porque te juro que estoy destrozado y me dijo dónde estabas.

Gwen, que estaba muy emocionada y que sabía perfectamente por lo que había pasado, replicó:

—No hace falta que jures nada, porque te creo. Y porque he pasado por algo similar, llevo cuatro semanas trabajando más duro que nunca, pero cada día es peor que el anterior. Y acuso ya tanta fatiga que justo antes de que llegaras, y más sabiendo que estabas en el hotel que está aquí al lado, me he sentido peor que nunca. Y se me ha pasado de todo por la cabeza, como que ya me habrías olvidado o que estarías con otras...

—Pero si no he parado de subir fotos nuestras a Instagram y la última con un corazón rojo —confesó Jeff, emocionado.

—Pensaba que seguías interpretando el papel de marido perfecto. ¿Qué quieres que pensara? Esperaba que le hubieras dicho a mi hermano que me amabas, que no podías vivir sin mí, que me extrañabas...

Jeff la miró con los ojos llenos de lágrimas y le recordó:

—¿Te acuerdas que pactamos delante de tu hermano que no íbamos a enamorarnos?

—Sí, pero el amor sucede a pesar de uno, no es un sentimiento que se pueda controlar, por mucho que él piense que sí.

—Lo piensa y Vivian se ha cansado de él.

—¿Te lo ha contado Vivian? —pregunto Gwen, sorprendida.

—Me ha contado que está saliendo con alguien y yo he deducido el resto. Max tiene el

corazón como una roca de duro. Y yo me he pasado cuatro semanas intentando hacerle ver que había algo más entre nosotros, pero con cuidado de no cabrearle porque le conozco. No obstante, cuando vi que no había nada que hacer, me rompí y le dije que me había equivocado y que necesitaba hablar contigo. Y ahí menos mal que Vivian lo decodificó todo como debía, me llamó y me ha dado la oportunidad de venir a verte. Si no lo he hecho antes, ha sido porque me han concentrado y no podía salir de las instalaciones del club. Ya sabes lo estrictos que son con eso y más cuando nos jugamos la final de la Champions. Pero esta mañana nos han dado un par de horas libres y me ha faltado tiempo para venir. He salido del hotel por la zona de servicio, disfrazado de operario, con un mono azul que he tirado en la papelería más cercana. Y es que no imaginas cómo está el hotel de prensa y de curiosos. Pero yo tenía que venir en persona a traerte las moñadas y a decirte algo...

Jeff se calló, la miró con los ojos brillantes como nunca, y Gwen solo pudo musitar con el corazón desbocado:

—¿Qué?

Capítulo 26

Jeff cogió aire y se lanzó a explicarle lo que tenía que haberle contado aquel día y no pudo...

—Verás, aquel día en que me dijiste que me amabas no me lo creí.

—Pero Jeff esos eran mis sentimientos, ¿cómo pudiste dudar de que...? —musitó Gwen que no entendía cómo podía haber pensado algo así.

Jeff le interrumpió para pedirle muy emocionado:

—Déjame acabar, preciosa, te lo ruego. Yo no dudé de que tus sentimientos por mí fueran sinceros, el problema lo tenía yo que estaba convencido de que no era digno de tu amor. De que alguien tan maravilloso como tú pudiera sentir amor por mí que no había merecido ni el amor de mi madre. ¿Lo entiendes, ahora?

Gwen asintió con los ojos llenos de lágrimas, porque lamentaba muchísimo que Jeff estuviera tan herido por su infancia tan dura.

—Claro que lo entiendo, Jeff. Y si me lo hubieras explicado así aquel día lo habría comprendido perfectamente.

—En ese instante me quedé en *shock*, pues era la primera vez que me pasaba algo así. Un polvo tan jodidamente intenso y mágico, en el que yo sentí como tú que la fusión fue total y luego tu declaración de amor tan de verdad, tan auténtica. Era todo tan increíble, tan hermoso que sentí que no lo merecía. Te juro que lo primero que pensé fue que no podía estar pasando y luego que yo no era digno de ese amor que tú me estabas entregando.

Gwen le agarró de la mano, le miró a los ojos con todo el amor que tenía en su corazón y le aseguró:

—Pues sí que eres digno de amor, Jeff Bristol. Sí que lo eres.

Jeff acarició con el pulgar el dorso de la mano delicada de Gwen y, sintiendo un mariposeo maravilloso en el estómago, le confesó:

—No quiero victimizarme. Mi intención al contarte esto no es que sientas pena por mí, ni nada parecido. Pero que tu madre te abandone al nacer te marca y condiciona de una manera terrible. Porque creces con el runrún de que, si la mujer que se supone que más tiene que querer en el mundo te deja, es porque no debes valer suficiente. Luego, tuve la mala suerte de caer en centros y casas de acogida en los que me trataron mal y solo confirmé esa sospecha. No debía valer una mierda, porque nadie me quería.

Gwen entrelazó los dedos de la mano con los de él y con la otra le acarició el rostro con cariño:

—Nadie debería pasar por lo que tú viviste. Y no sabes cuánto me duele escuchar tu relato.

—Pero Dios me compensó con un don. Mi talento para el balón hizo que todo cambiara y aparecisteis los maravillosos Harper en mi vida.

—Yo no es que te recibiera con los brazos abiertos... —le recordó Gwen encogiéndose de hombros.

—Y yo fui de lo más desagradable contigo. Estamos empatados. Pero lo importante es que tu hermano me dio la oportunidad de salir del fango y alcanzar el éxito que siempre había soñado. Y claro, a partir de ahí todo cambió para mí. Todo el mundo decía quererme, tenía un montón de mujeres suspirando por mí, aunque suene pretencioso, pero ¿sabes qué? Te confieso que en mi interior sentía que no había cambiado nada, ya que continuaba sintiéndome tan solo y desamparado como cuando era niño y rezaba cada noche para que apareciera alguien amoroso y dulce que me sacara de esos centros de acogida inmundos. No obstante, cuando llegué a convencerme de que el amor no era para mí, de que jamás iba a encontrar a una mujer que me quisiera y que deseara formar la familia que yo no pude tener, apareciste tú y no me lo creí.

—Yo que era la chica que menos soportabas del universo...

—Y la más talentosa, la más original, la más dulce, la más *sexy*, la más valiente, la más luchadora... Mi Gwen Harper. Eres tan jodidamente especial para mí que desde que te puse el anillo en esa boda de mentira sentí cosas. Por no hablar de la primera vez que lo hicimos. Contigo nunca ha sido sexo sin más, contigo siempre ha habido algo profundo que ni me atrevía a ponerle nombre. Y ese sentimiento fue a más a medida que nos fuimos conociendo en esos días tan felices en la mansión de París. Y ya alcanzó su clímax cuando me dijiste que me amabas en aquel polvo que fue lo mejor y más intenso que me ha pasado en la vida. Pero aun sintiendo como tú, aun sintiendo que éramos uno, no pude devolverte el «te amo», porque se me revolvieron todos esos malditos traumas de mi infancia. Y sentí que no estaba a la altura, que tú merecías algo mejor, que yo no era digno de todo lo que me estabas dando.

Gwen, con dos lágrimas recorriéndole el rostro, le suplicó:

—Deja de decir eso, te lo ruego. Me duele tanto escucharte decir esas palabras. Porque eres un ser extraordinario y mereces ser amado y amar a lo grande.

—Pero a mí no me interesa amar y ser amado... —repuso Jeff conmovido.

—Ah, ¿no? —le interrumpió Gwen, ansiosa.

—Déjame terminar la frase... No me interesa amar y ser amado por nadie más que tú. Estos días sin ti han sido durísimos, pero me han venido genial para hacer ese ejercicio de introspección y darme cuenta de lo que me pasaba. De por qué reaccioné así, de por qué me bloqueé cuando me moría por decir otra cosa...

—¿Qué cosa? —preguntó Gwen que se le iba a salir el corazón del pecho.

—La verdad que late en mi corazón. Pero aquel día fui incapaz de sacarla afuera... Y fue un grandísimo error del que me arrepentí en cuanto saliste por la puerta y sobre el que tenido

muchos días para reflexionar. Y he llegado a la conclusión de que, aunque mi infancia haya sido dura y triste, la vida no ha dejado de compensarme con mi don para el balón, con buenos amigos y con una persona tan maravillosa como tú. Y eso es un regalo tan grande que lo correcto es que lo acepte agradecido y que te diga a ti, Gwen Harper que te amo con todo mi corazón.

Gwen a punto de hiperventilar, y sintiendo el corazón retumbando en los oídos, replicó temblando entera:

—¿Qué?

Jeff sonrió, la agarró por la cintura, la pegó contra él, la abrazó fuerte y respondió clavando su mirada salvaje en las pupilas dilatadas de Gwen:

—Que te amo. Que aquella noche y un montón de noches antes ya me moría por decirte que te amaba, pero no podía. Era imposible. Los «te amo» se me atascaban en la garganta...

—Pero ya no... —le dijo Gwen, abrazándose fuerte a él y sintiéndose más feliz de lo que recordaba nunca.

—Te amo. Te amo. Te amo. Y no te pido ahora mismo que te cases conmigo, porque ya estamos casados. Pero lo haría una y mil veces, porque casarme contigo es lo mejor que he hecho en mi vida.

Gwen que ya no podía más de tanta emoción, le besó desesperada, y luego con los labios pegados a los de él susurró:

—Y yo te amo, te amo como jamás pensé que se podía querer a alguien y que sepas que no pienso dejar de hacerlo.

Jeff le devolvió el beso que esta vez fue más intenso, más húmedo, más profundo, más abrasador y luego casi sin aliento le confesó:

—Ni yo. Y no te figuras la ilusión que me ha hecho que lleves la alianza.

—No me la he quitado nunca. Ni me la pienso quitar en la vida. Soy tuya, Jeff Bristol. Absolutamente tuya.

Jeff solo tuvo que escuchar esas palabras para ponerse tan duro que Gwen comenzó a frotarse contra él echando la cabeza hacia atrás, en un gesto que ya le hizo enloquecer.

—Y yo soy todo tuyo. Tan tuyo que, entre tu aroma, tu boca, tus besos y tus palabras dulces, me están entrando unas ganas incontenibles de follarte como jamás te lo han hecho en la vida. Ni siquiera yo...

Gwen se echó a reír, porque Jeff era incorregible y le recordó muerta de deseo:

—Mañana juegas la final del campeonato.

Jeff con su típica mirada de diablo, arqueó la ceja y le recordó:

—¿Desde cuándo ha sido un problema eso para mí? Al contrario, siempre que follo contigo juego mejor que nunca. Y ahora que sé que me amas, que me has perdonado y que yo puedo abrirme a ti sin temor a nada: te prometo que voy a ser imparable. ¡Voy a jugar la final de mi

vida! ¡Ya lo verás!

Los dos se partieron de risa, se besaron apasionados, se quitaron las ropas el uno al otro y cuando ya estaban desnudos, Jeff la levantó por las caderas, ella rodeó el cuerpo con las piernas, se miraron con una profundidad que los estremeció y él, que la notó ya preparada para él, se hundió hasta el fondo dentro de ella.

Gwen gritó de placer, cerró los ojos, él le mordió el cuello y ella musitó:

—Deseaba tanto sentirte así, tenerte tan dentro...

Jeff la besó en la boca, enterró la lengua, la de Gwen salió a su paso, ambas se entrelazaron en un baile frenético y, seguidamente, él le confesó cuando se apartaron un poco para tomar aire:

—No he traído condones. No pensaba que esto fuera a suceder. Yo más bien estaba seguro de que ibas a acabar estampándome el peluche en la cabeza. Así que dime qué hacemos, por mí seguiría hasta el final y sería el hombre más feliz del mundo si logro meter el que sería el golazo de mi vida. Porque quiero que sepas que estoy preparado para ser tu marido, para ser el padre de tus hijos y hasta para ser el abuelo de tus nietos...

Gwen soltó una carcajada y luego se puso seria, ya que estaba tan convencida de lo que sentía, lo tenía todo tan claro después de esas cuatro semanas infernales, que le dijo:

—Yo no he tomado la píldora unos cuantos días. Pero también estoy preparada para todo lo que venga. Tengo veintiséis años, he cogido las riendas de mi vida, mis libros se están vendiendo como churros, sé perfectamente lo que quiero y te amo con todo mi ser. Si la vida me hiciera el regalo de que engendrara otra vida, para mí sería una auténtica bendición.

Jeff sintiendo una admiración, un orgullo y un amor por ella infinitos, la besó otra vez, la llevó en volandas hasta la pared del fondo y una vez allí empujó implacable dentro de ella:

—Te amo, preciosa. Y no voy a dejar de hacerlo en la vida porque lo mío es para siempre. Lo siento por ti...

Gwen arqueó la espalda, gimió al sentirle tan dentro de ella, llenándola de esa manera como solo él lo hacía y replicó:

—Pues igualmente lo siento por ti, Jeff Bristol, puesto que lo mío también es para siempre. Y, además, te recuerdo que eres mi marido...

Jeff con los ojos más brillantes que nunca, la miró emocionado y solo pudo musitar:

—Mi bella esposa...

Y entonces comenzaron a amarse como se merecían, después de haber sufrido tanto y como nunca imaginaron que se podía llegar a sentir.

La fusión más mágica y más intensa de sus vidas.

Y la que lo cambiaría todo a partir de entonces...

EPÍLOGO

Ocho meses después, Gwen estaba presentando el cuarto libro de su saga con una barriga enorme.

Más que nada, porque al final resultó que Jeff no solo ganó la final de la Champions con un *hat-trick* que impresionó al mundo, sino que el día anterior metió el golazo de su vida, al embarazar esa misma mañana a su esposa, para alegría de los dos que cuando recibieron la noticia por poco no les dio algo.

Fue el momento más feliz de sus vidas y sin duda no lo iban a olvidar jamás.

Luego, semanas después descubrieron que lo que esperaban era una niña a la que decidieron que llamarían Audrey, que era un nombre que les encantaba a los dos.

Y el embarazo siguió su curso, con normalidad, hasta ese momento en que estaba de ocho meses y Jeff la miraba admirado desde la primera fila, mientras ella hablaba de su cuarta novela.

Y cómo no, hablaba del amor, algo de lo que Gwen sabía cada día más, como así reconoció en la presentación:

—Siempre he pensado que el amor era lo más grande, pero yo jamás había vivido una gran historia de amor como las de la ficción. Yo devoraba esas historias de amor, luego empecé a escribirlas, pero sin haber experimentado en mis carnes ese sentimiento arrebatador capaz de ponerte la vida patas arriba. Y eso que conocí a mi marido Jeff Bristol cuando tenía dieciséis años y podía haber tenido la oportunidad de descubrir el amor desde bien pronto, pero los prejuicios hicieron que nos detestáramos y tuvieron que pasar muchos años para que nos diéramos cuenta de todo lo que había detrás de ese rechazo visceral. Y lo que había era el amor más grande que jamás había podido haber imaginado, un amor que pronto dará su fruto y que nos colmará de mucha más felicidad. Pero el camino, como digo, no ha sido fácil... A pesar de que la atracción tan brutal que había entre nosotros nos lo puso en bandeja, tuvimos que enfrentarnos a nuestros miedos, inseguridades y prejuicios para que el amor se abriera paso y acabara triunfando. Y es que el amor es un regalo, pero también hay que cuidarlo, hay que construirlo cada día, hay que trabajar mucho para que sea algo firme y sólido. Y por supuesto hay que ser valiente, muy valiente, para apostar por alguien y darlo todo sin medida. Tal y como Jeff Bristol hizo conmigo. Apostó por mí, todo comenzó como un matrimonio imperfecto, si bien, a pesar de todo, nos dimos la oportunidad de conocernos, de equivocarnos, de perdonarnos y sobre todo de amarnos. Amarnos con toda la complejidad que entraña ese verbo en el que caben tantas cosas: buenos momentos, malos, complicidad, ternura, errores, aciertos, generosidad, entrega, lucha, magia, misterio, incertidumbre, paciencia, comprensión... El amor encierra demasiadas cosas y

las trasciende a todas. Y más si es un gran amor tan grande y tan de verdad como el que siento yo por mi marido. Un amor como el que yo solo había conocido a través de los libros. Una historia que me habría encantado escribir, pero que en su lugar estoy viviendo. Y es extraordinario, es algo tan hermoso, que quiero invitarles a que se enamoren, a que amen, a que se entreguen de verdad a alguien que merezca la pena, a que lo apuesten todo por él, porque no se arrepentirán. Yo desde luego que no me arrepiento de amar a mi marido y lo voy a hacer siempre. Y ahora que sé de primera mano lo que es el amor verdadero, puedo decirles que esta nueva novela que hoy presento plasma a la perfección ese sentimiento. Ese sobre el que un día escribí sin saber que a mí también me estaba esperando una grandísima historia de amor. Un amor de verdad. Así que, amigos, no lo duden, no dejen de creer y de confiar en que el amor existe. Y tanto si lo tienen, como si aún lo esperan, no dejen de devorar novelas de amor, de suspirar con ellas y de soñar locamente. Yo hoy les invito a que lo hagan con mi cuarta novela, en la que me he dejado el alma entera y en la que espero tocarles el corazón. Ya me dirán si he conseguido emocionarlos, hacerles sentir tanto como yo lo he hecho cuando he escrito esta historia. Ojalá que sí. Y ya para terminar, permitan que les recuerde que no hay nada más grande que un amor verdadero. Así que, por favor, lean historias de amor, vívanlas y disfrútenlas. Muchas gracias.

Todos rompieron a aplaudir, pero el que primero se acercó a su esposa fue Jeff que la besó apasionado en los labios y le dijo:

—Te amo. Te amo. Y te amo. Y no me voy a cansar nunca de decírtelo.

Gwen rompió a reír, puesto que ya no quedaba nada de ese hombre que estaba bloqueado por sus traumas. Jeff ahora expresaba sus emociones sin ningún problema y Gwen sabía que no solo era un marido maravilloso, sino que también iba a ser un padre excelente:

—¡Ni yo de escucharlo! ¿Qué tal he estado? A lo mejor me he puesto muy pesada con lo del amor...

—Eres una mujer enamorada y con un bombo de ocho meses fruto del amor más grande, ¿cómo no vas a ser plasta?

Gwen se echó a reír y en ese momento apareció Vivian con Brian, su prometido médico, los dos muy sonrientes.

Ambos la felicitaron y celebraron sus palabras porque ellos también creían en el amor fervientemente.

Tanto que cuando Max, que también se acercó al grupo, los escuchó hablar por poco no vomitó.

Estaban todos tan asquerosamente enamorados y lo peor era que Vivian, su Vivian, lucía un anillo con un pedrusco azul que tenía pinta de caro y que confirmaba que lo suyo iba completamente en serio.

Y no podía creerlo. Vivian no podía casarse con ese tío que no dejaba de mirarla con una cara

de pánfilo tremenda y al que detestaba con todo su ser.

Y no porque estuviera celoso.

No. Para nada.

Era porque Vivian era una mujer apasionada y muy inquieta y necesitaba a su lado un tío de más acción, más empuje, más garra...

Y así se lo hizo saber en cuanto se quedaron unos instantes a solas, en el restaurante en el que iban a cenar para celebrar un éxito más de Gwen.

—No me puedo creer que hayas llegado tan lejos con tu doctor...

Vivian miró a Max molesta porque no entendía que hacía opinando de su relación:

—Pues lo siguiente será la boda, después vendrán los niños... En fin, lo normal. ¿Tienes algún problema con eso? —le preguntó Vivian, a la defensiva.

Max tenía todos los problemas del mundo porque no le cabía en la cabeza que fuera a perder a Vivian.

—Brian es un buen chico, pero no es para ti.

Vivian no pudo evitar echarse a reír, porque aquello era el colmo:

—¿De veras? ¿Y por qué dices semejante tontería?

Max con unas ganas infinitas de agarrarla por la cintura, y besarla solo para que viera la diferencia que había con Brian, respondió:

—Porque tú necesitas otro tipo de hombre. Un hombre que te haga arder la sangre, que te vuelva loca, que te haga sentir muy viva, y Brian es solo eso, un buen chico.

Vivian pensó que hubo un tiempo en que hubiera necesitado a alguien así, alguien justo como Max, pero ahora quería algo muy distinto por eso replicó:

—Te equivocas. Brian es justo lo que necesito. Así que no te preocupes por mí...

Max pensó que cómo no iba a preocuparle si era una de las personas que más le importaba en la vida, por eso ni se lo pensó, la agarró de la mano, la llevó detrás de una columna, la estrechó contra él y la besó con auténtica desesperación.

Luego, se quedaron frente a frente, con las respiraciones agitadas y los corazones latiendo con fuerza y Vivian le preguntó con rabia:

—¿Por qué lo has hecho, Max? ¿Por qué justo ahora?

Max que no se arrepentía para nada de lo que había hecho respondió:

—Porque deseo lo mejor para ti.

Vivian se echó a reír y replicó harta de que ese hombre no la dejara ser feliz:

—¿Y qué es lo mejor para mí? ¿Tú que eres un maldito adicto al trabajo?

—Solo respóndeme a una pregunta. ¿Él te besa así? ¿Él te hace vibrar? ¿Él es realmente ese amor del que ha hablado mi hermana? ¿Es tu amor verdadero?

Vivian se apartó de él, con los labios que le ardían por el beso que había sido de impresión, y

solo pudo responder:

—En seis meses voy a casarme con Brian. Y voy a ser muy feliz con él. Lo quieras o no, Max Harper.

Y se alejó de él, dejando a Max con la misma sensación en los labios y en el cuerpo entero.

Porque el beso con Vivian había sido tan revelador que estaba a punto de cambiarlo todo.

Pero esa es la historia de Vivian y Max que merece otro libro...

La de Gwen y Jeff acaba aquí, la historia de un amor que empezó fatal y que siguió con un matrimonio imperfecto que les dio la oportunidad de conocerse de verdad y de descubrir que, en el fondo, a pesar de que les pareciera la cosa más increíble del mundo, estaban hechos el uno para el otro.

Porque juntos todo era mejor, porque en lo imperfecto eran perfectos y porque lo suyo solo podía ser para siempre...